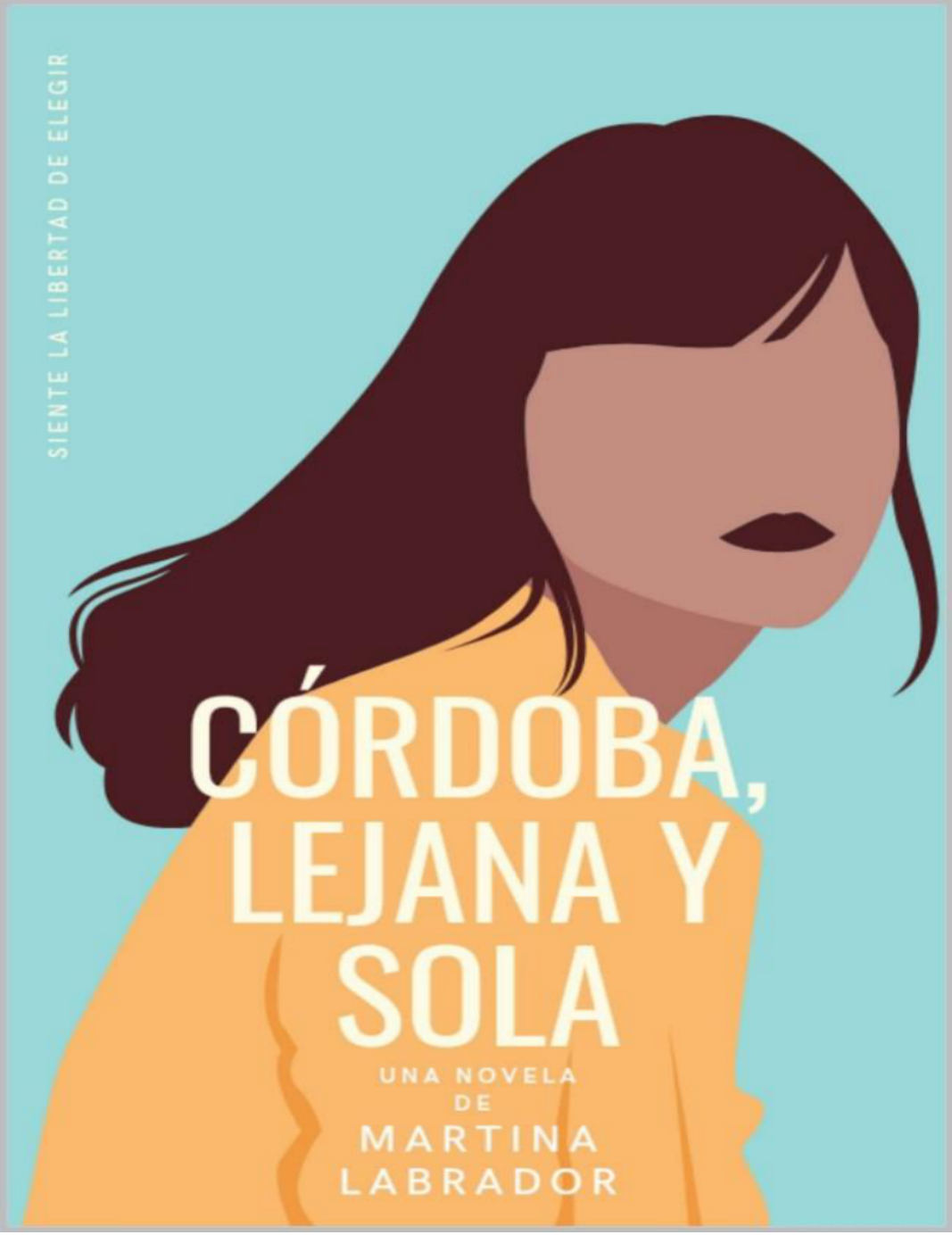
SIENTE LA LIBERTAD DE ELEGIR
CÓRDOBA, LEJANA Y SOLA
UNA NOVELA DE
MARTINA LABRADOR

Córdoba, lejana y sola

Martina Labrador

Los hechos, personajes y algunas de las localizaciones que se describen en este libro son ficticios, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Publicado por Kindle Direct Publishing, Amazon Media.
Copyright © 2021, Martina Labrador
Copyright © Córdoba, lejana y sola
Primera edición digital 2021.
ISBN papel: 9798599325628
Sello: Independently published

Todos los derechos están reservados. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Portada diseñada con fotografías tomadas de Unsplash con permiso del autor: Roberts Āboltiņš.

La naturaleza señala a los soldados de la vida el lugar en donde han de luchar por ella.
Blas Infante.

A los míos, os quiero.

Sobre la autora:

Martina Labrador estudió en la Universidad de Sevilla en los noventa. Leer y escribir le han apasionado desde pequeña y, sin embargo, se decantó por una carrera de ciencias, de lo que no se ha arrepentido jamás. Es una romántica empedernida que piensa que, aunque ahora sepamos explicar fisiológicamente por qué nos sentimos tan bien al enamorarnos, aún no alcanzamos a desentrañar el misterio de por qué algunas parejas lo son para toda la vida ni por qué nos enamoramos de una determinada persona y no de otra. ¿Seremos capaces de quitarle emoción al sentimiento más importante del mundo? Ella no lo cree. El amor seguirá siendo un misterio, aunque conozcamos el nombre de las moléculas que intervienen en su despertar.

Sinopsis

Al mudarse a un pueblo tras obtener una plaza fija en la administración, Paula añora su vida en la ciudad. No es capaz de dejar atrás las noches de marcha con las amigas, sus divertidas clases de zumba y las muchas distracciones que Córdoba ofrece. El pueblo le gusta, quienes no le gustan son sus vecinos de al lado. Le encantaría poder largarse de allí algún día y fantasea con regentar su propio hotel rural, pero sabe que eso es casi inalcanzable. Sin embargo, soñar es gratis y eso la lleva a un lugar idílico. En situaciones tan dispares como la boda de una amiga y un paseo por un cortijo abandonado conocerá a dos hombres que van a remover todo su mundo interior. Tendrá que decidir qué es lo que quiere realmente, si merece la pena luchar por ello y con quién desea compartir sus sueños.

Índice

1. La boda

2. Confusiones

3. Disculpas

4. Sueños

5. Despedida

6. Autoridad

7. Primera cita

8. Casualidad o no

9. Buenas noches

10. Martín

11. Buenos días

12. Sólo un café

13. Óscar

14. La cena

15. Conexión

16. Confesiones

17. Refugiados

18. Acogida

19. Pasado enterrado

20. Visita imprevista

21. Fatídico encuentro

22. Máxima tensión

23. Cumplir sueños

1. La boda

Nunca pensó que pudiera ser tan divertida una boda. Se supone que es el día más importante de su amiga Cristina, que está enamoradísima del que acaba de convertirse en su marido: Rubén. Pero esto Paula no lo entiende, ¿el día más importante?, ¿más que cuando terminas una carrera?, ¿más que cuando recibes tu primer sueldo?, ¿más que cuando te dicen que el tumor no es maligno? Habrá días más importantes a lo largo de la vida que el de la boda, ¿no?

Pero, claro, Paula qué sabe, si nunca se ha casado y probablemente no lo haga jamás. No le va ese tipo de compromiso para *toooda* la vida, aunque tampoco es categórica en esto. ¿Quién sabe? A lo mejor se vuelve loca de amor por un tipo que quiera llevarla al altar y ella abandona sus principios por él, vete a saber.

La de tonterías que puede hacer la humanidad por este sentimiento. Ella, desde luego, en la vida ha alcanzado ese nivel de atontamiento con nadie. ¿Es que no se ha enamorado nunca de verdad?

Pues probablemente no.

O tal vez sí y tampoco es para tanto.

Con los cuatro novios medio serios que ha tenido ha sentido más o menos lo mismo, es decir, poca cosa. Vamos, que no habría dado su vida por ninguno de ellos. ¿Y no es eso lo que hacen los enamorados, ser capaces de sacrificarse por el ser querido? Pues, definitivamente, ella nunca se ha enamorado, porque no habría dado medio meñique por ninguno, bueno, ni medio meñique, ni media uña. Les ha dedicado tiempo, eso sí, que para ella es más importante que el mismísimo oro.

¿Es una insensible? Pudiera ser, pero ningún tío le ha acariciado siquiera la superficie del corazón. Porque claro, el gusanillo inicial de los primeros meses de una relación le entra a todo el mundo, pero cuando deja de ser novedad, se esfuma como el viento.

Sin embargo, ella sí conoce el amor, lo profesa por su familia y por sus mejores amigas, de modo que no debe de ser ella sola el problema. Aunque tal vez lo que se sienta por una pareja sea completamente diferente. Pero entonces ¿por qué lleva el mismo nombre?

En el fondo tiene ganas de sentirlo, pero su buena predisposición nunca le ha otorgado la satisfacción del deseo concedido. Una pena,

pero es posible que enamorarse esté destinado únicamente a unos pocos elegidos, como su amiga Cristina y Rubén, su reciente marido (y tan reciente, apenas unas horas).

¿Será cuestión de compatibilidad de caracteres o simplemente suerte de encontrar al tipo adecuado que le active las feromonas exactas? Qué misterio esto de enamorarse. Más bien parece una lotería.

¡Pero si hasta hay pájaros que se enamoran de por vida! Los puñeteros pájaros tienen más suerte que ella en el amor.

No quiere parecer desesperada por encontrar la pareja de su vida, pero es que, si los cuatro privilegiados que lo sienten no hablaran tan bien del estado en que te deja el enamoramiento, ella no tendría esa curiosidad.

La literatura también está plagada de ejemplos. ¿Todos los escritores que escriben sobre el amor lo habrán sentido? ¿O pueden haberse colado algunos que embelesen con su palabrería sin tener ni pajolera idea de lo que cuentan? En tal caso podrían haber colocado el listón tan alto que sea imposible alcanzarlo, ese podría ser su caso.

Entonces ¿por qué su amiga afirma que está colada por su maridito? Rubén no está mal, pero tampoco es un Adonis ni derrocha gracia ni inteligencia, es más bien normalito, tirando a soso.

Va, ¿qué más da?, está claro que si te toca te toca y no se puede forzar por más que pongas de tu parte.

La única certeza que tiene en ese momento es que se está divirtiendo una barbaridad en la boda y tiene intención de seguir haciéndolo. Si hay un día para ligar, es éste, cuando más arregladitos y guapos están todos, aunque la que se muestre no sea la imagen de casi nadie en su día a día.

Porque desde luego, para ir a trabajar, ella no usa esos taconazos ni ese precioso vestido en color plata, con tremendo escote a la espalda, que marca con elegancia las curvas de su cuerpo. De algo tienen que servir las clases de zumba en las que echa hasta los higadillos.

La verdad es que le ha quedado muy bien aquella prenda. La ha confeccionado ella misma usando el patrón de una revista. Coser es una de sus aficiones y tiene una máquina que se compró con su primer sueldo.

Al verse sola en aquel pueblo, en el que ha terminado viviendo por motivos laborales, se ha dedicado a aprender costura siguiendo tutoriales en internet.

Las tardes de invierno de los días que no va a zumba se hacen largas sin sus amigas de Córdoba, así que se dedica a la confección de ropa. Y ha descubierto que le apasiona. Hace poco supo de una chica del pueblo que daba clases particulares de corte y confección. Nunca imaginó que se pudieran impartir clases de patronaje y costura, pero

allí se apuntó ella para absorber todo lo que pudiera de su maestra. Y bajo su supervisión se ha confeccionado, entre otros muchos, este precioso vestido.

En el banquete le ha tocado cenar en una de las mesas de solteros.

Cuando su amiga Cristina le comentó que la colocaría allí, en un principio se ofendió y la amenazó con no asistir. Era como situarse en la mesa de los señalados, de la minoría desparejada. Pero ahora se alegra, la suya es la mesa más divertida de toda la sala.

De las cuatro chicas que allí se sientan, incluida ella, conoce a Marga y a Alejandra. Y de los ocho chicos conoce sólo a otros dos: Jaime, el informático friki que ha ayudado a la pareja a diseñar la web de la boda, y Germán, amigo de la novia, como ella, y exageradamente gay.

¿Exageradamente gay? Eso es como decir exageradamente embarazada. Pero es que aquel chico amanerado se enorgullece de su condición sexual, como no puede ser de otra manera, le encanta su propio cuerpo y el de cualquier hombre guapo como él, no tiene ningún complejo en mostrarlo.

Hay personas que no se plantean su homosexualidad, lo tienen claro y la aceptan sin más; los hay que la esconden; algunos incluso la reprimen y luego está Germán, que la exhibe a los cuatro vientos, no en vano la naturaleza le ha dado ese cuerpazo que él se encarga de esculpir a base de ejercicio.

Al repartir los sitios, Cristina y Rubén han colocado en la misma mesa a otro amigo gay, también soltero, bastante menos llamativo que Germán, pues salvo los novios, nadie más sabe quién es. A Paula se lo comentó Cristina, pero sin darle el nombre. Así que se ha pasado la mitad de la cena intentando averiguar quién es.

Seguramente Germán ya lo tenga calado, pero ella aún duda entre un par de posibles candidatos. Le confunde la actitud de su amigo, tonteando mucho con dos chicos: el más guapo de su mesa (y tal vez de toda la sala) y otro chico más discreto y serio, también muy mono.

El guapo sentado a la izquierda de Germán se lleva casi todas las papeletas, pues tiene entendido que en este colectivo suelen cuidar mucho la imagen y tienen fama de estar buenísimos, y desde luego aquel chico es un pincel.

Germán es otro buen ejemplo de ello, solo que éste carece de la elegancia del guapo de la mesa.

El chico discreto tampoco está nada mal, buena estatura, bien proporcionado. Con cualquiera de los dos Óscar triunfaría, convirtiéndose en la pareja más guapa y deseada que saliera de esta boda.

Una lástima para las heteros.

Claro que, vestidos con esos trajes y a estas horas de la noche, todos

están elegantísimos, hasta Jaime el informático, y eso que se nota que es la primera vez que se viste así.

En aquella mesa de guapos solteros el encanto se desparrama por encima del mantel haciendo elevar las copas cada dos por tres para brindar por cualquier tontería.

Ya durante la preciosa ceremonia al aire libre, Paula había hecho un primer barrido para detectar a los tres o cuatro hombres más apuestos de entre todos los invitados y, qué casualidad, el único que tiene la edad apropiada para ella ha ido a parar a su mesa.

No es que esté obsesionada con la imagen exterior de los hombres, pero se ha tomado aquella fiesta como un escaparate y, como no quiere ponerse profunda hoy, decide seguir con su concurso mental de "Míster Boda del Año". Los candidatos son: el abuelo de la novia, que con sus cerca de setenta y cinco años le recuerda a Paul Newman; otro señor guapísimo de unos cincuenta, símbolo de elegancia y buen porte, a quien se ve felizmente casado con su bella esposa (debe de ser familiar del novio, porque Paula no lo conoce); un niño de tres años de preciosa melena castaña y ojazos verdes llamado Marquitos, sobrino de la novia, y por supuesto el guaperas que le ha tocado cerca, al otro lado de su amigo Germán, sentado a su izquierda. Con cualquiera de ellos se haría un póster para colgarlo en su habitación.

Al finalizar la ceremonia, justo antes del convite, los novios habían desfilado, dados de la mano ya como marido y mujer, por el pasillo de invitados que lanzaban arroz y pétalos de rosas a su paso.

Aquel chico le había tocado en frente y con sonrisa pícara le había lanzado a ella los pétalos, no a la novia. Paula le había devuelto la sonrisa arrojándole un puñado de arroz a modo de venganza.

Por eso tiene que admitir que se ha llevado un buen chasco cuando lo ha visto sentado junto a Germán. «Ya está, este es el amigo gay de Rubén que han colocado en esta mesa. Si es que no podía ser el chico perfecto para mí», ha pensado.

Qué descarada es Cristina. Porque aquello es cosa suya, seguro, esa mujer no da puntada sin hilo. Lo sienta junto a Germán para que no tengan que esforzarse en encontrarse. Como son minoría, hay que ayudar un poco ¿no? ¿Y a ella quién la ayuda, que también es minoría? Bueno, ahora que lo piensa, se supone que el estar precisamente en esta mesa es la ayuda.

Cristina se ha pasado un año entero preparando su boda y lo tiene todo súper organizado y bien atado. Se nota que se dedica a ello, que ésta es su profesión: *wedding planner*.

Si hasta se encargó de asesorarla a ella con las telas de su vestido, no fuera a ser que chirriaran con el color de los manteles y la decoración.

Qué poco confía en sus gustos. Y, sin embargo, mira qué bien le ha

quedado la prenda, le sienta como un guante, Paula se ve guapa con ella. Aunque debe reconocer que la elección del tejido es muy acertada, da gusto rozarla, la caída es preciosa marcando lo justo su figura, y el color le favorece. Pero el mérito también es suyo, ella ha sido la modista, con un poco de ayuda de su profesora de corte y confección, todo sea dicho.

Nada más llegar a sus asientos Germán y Paula, que se conocen bien de las clases de zumba que él imparte, se han saludado efusivamente y han chusmeado como dos marujas todo lo posible hasta que la mesa se ha completado. La gente va y viene de un lado a otro buscando sus nombres en los cartelitos de las mesas.

Tras el pequeño caos inicial, pues a casi nadie le ha dado por mirar las listas que hay a la entrada del salón con la ubicación exacta de cada invitado, el barullo se ha amortiguado un poco cuando han quedado todos sentados. Se han saludado brindando por los novios y tímidamente han comenzado a hablar unos con otros mientras se sirve la cena.

Paula, que conoce a Cristina desde hace años, deduce sus procesos mentales para la colocación de los invitados. Cada persona está situada en el lugar exacto en el que debe colocarse por alguna razón.

En su mesa se alternan chicos y chicas, todos solteros, los únicos que rompen aquella norma en todo el banquete son: Jaime “el friki”, Germán, el guaperas y el chico discreto; que forman un cuarteto de hombres flanqueado por cuatro parejas no relacionadas entre sí… de momento.

Comprende que haya hombres de más, puesto que dos de ellos son gays, pero en aquella mesa sigue sobrando un hombre y faltando una mujer. Cristina suele ser más metódica, por eso le extraña un poco esta excepción, pero seguro que sus razones habrá tenido para colocarlos de esa manera. También pudiera ser que haya cuatro homosexuales, en fin, esas son cosas que su amiga ya tendrá requetepensadas.

Cuando Germán ha visto lo que le ha tocado a su izquierda, ha dejado temporalmente abandonada a Paula. Será muy amiga suya, pero los dos hombres que tiene al otro lado lo dejan obnubilado.

La verdad es que los tipos merecen la pena, ella habría hecho lo mismo.

Aun así, Germán, que es todo un showman, muy acostumbrado a animar una clase de zumba de quince o veinte mujeres, vuelve a incorporarla al grupo, es más, toma la batuta de toda la mesa y no deja a ninguno de sus comensales fuera.

Es el más divertido del grupo, pero además está desplegando todo su arsenal de encantos hacia su izquierda. De vez en cuando mira a todos y si ve que alguno se retrae un poco, se las apaña para

introducirlo de nuevo en las conversaciones, siendo casi siempre él el protagonista, por supuesto.

Si el guapo es para Germán, entonces a alguno de los otros seis lo habrá puesto Cristina en la mesa para ella, seguro. En la confabuladora cabeza de su amiga ya tendrá pensadas hasta las futuras parejas, fijo. ¿A quién tendrá asignado para ella? Lo sabe porque su amiga está hecha una Celestina.

En las últimas semanas le ha escuchado decir varias veces la frase: "De una boda sale otra", y si esa es la tradición, ya se encargará ella de que ocurra. Claro que, seguro que no ha pensado en Paula precisamente, pues conociéndola, sabe que no es lo suyo esto de casarse. Tal vez haya pensado en Germán o en cualquiera de las otras dos amigas, Marga o Alejandra, sentadas en su misma mesa. Aunque también hay algunos candidatos más en la otra mesa de solteros.

El chico de su derecha es un pelirrojo bastante serio con un fuerte acento extranjero, un irlandés de Cork. Eso y que le encanta la cerveza es todo cuanto ha podido sacarle Paula. La barrera para comunicarse con él no es el lenguaje —ella se maneja muy bien con el inglés, como todo buen *millennial*— sino la timidez de aquél. Parece ser que aún no ha ingerido suficiente zumo de cebada, como seguro que demuestra horas más tarde.

Un brindis sigue a otro brindis y el salón se llena de voces y risas. Por encima de ellas se escucha de vez en cuando un "¡Vivan los novios!" al que todo el mundo responde coreando al unísono con otro "¡Viva!".

Antes de los postres algunos comensales ya han empezado a levantarse, la mayoría para ir al baño o para fumar un cigarro en el exterior de aquel salón.

Cuando quiere darse cuenta, Paula se encuentra sentada con la mitad de los compañeros de mesa, ninguno de ellos conocido. A su derecha el pelirrojo de Cork, que ya ha bebido aproximadamente dos litros de cerveza (por lo visto el vino es demasiado mediterráneo para él), se ha soltado un poco y charla mitad en inglés mitad en español con la única chica que Paula no conoce. En frente, otros dos amigos del novio hablan entre sí. Y a su izquierda, con la silla vacía de Germán en medio, está el chico guapo.

Ya no le da corte hablar con él. Desde que sabe su condición sexual para ella es como hablar con otra chica.

Siempre le ha puesto un poco nerviosa intercambiar más de dos frases seguidas con hombres desconocidos, más aún si son tan atractivos, pero con este chico no se corta ni mantiene ninguna pose, no necesita hacerse la interesante, no tendría nada que hacer con él.

Llegan a hablar hasta del color de su ropa interior. Es un tipo divertido con el que se ríe sin importarle enseñar hasta los empastes.

Empieza a envidiar a su profesor de zumba. El chico termina sentándose en la silla de Germán para hablar con Paula desde más cerca.

A esas alturas de la noche, se supone que Paula ya debe conocer su nombre, pero no recuerda si se lo ha mencionado. Además, el cartel en el que está escrito permanece tumbado desde el principio sobre la mesa, de manera que no puede leerlo, y ya le da vergüenza preguntárselo.

Llega la hora de la tarta y como Germán sigue sin aparecer, ella y su nuevo acompañante dan cuenta de aquella delicia codo con codo sin parar de hablar y reír. Brindan con champán a la salud de los novios y éstos hacen una pequeña ronda entre las mesas para supervisar que todo el mundo esté contento este día.

Qué formalitos son, piensa Paula. Cuando se acercan a la suya, la feliz pareja les pregunta qué tal todo, pero al ver que faltan invitados y que algunos han cambiado de sitio Cristina resopla diciendo que aquella mesa es un caos.

Mientras la novia refunfuña lanzando cariñosas reprimendas a los miembros que quedan en la mesa de irreverentes solteros, a Paula no se le escapa la complicidad entre el novio y el chico guapo sentado ahora a su lado.

Los observa hablando en voz baja y por primera vez los ve serios. Sólo alcanza a oír que nombran a una tal Bea mirando discretamente hacia una mesa cercana. No le da mayor importancia, no es asunto suyo.

Ya casi han terminado el postre, la cena va llegando a su fin y los novios se marchan para seguir su ronda de cumplidos saludos por las demás mesas. En seguida tocará bailar y dar paso a las bebidas de mayor graduación. Y allí quedan ellos retomando su alegre conversación regada con champán.

Por fin llega la hora de la apertura del baile. Es el momento en el que empieza la verdadera fiesta, aquel en el que las parejas con hijos pequeños deben marcharse muertas de envidia viendo cómo el resto de invitados sin carga familiar están a punto de pasarlo en grande.

También es el momento en el que algunas de ellas entran en conflicto porque uno de sus miembros decide que su diversión es más importante que el descanso de sus hijos. En algunos de esos casos termina casi toda la familia con caras largas esperando que el más borracho entre en razón para largarse de allí. Y en otros, directamente el que tiene la cara más dura se queda bailando como loco mientras el otro (que suele ser la de género femenino) se responsabiliza del cuidado de la descendencia llevándola a dormir —pero bajo la promesa de devolverle algún día la faena del sacrificio—. En cualquier caso, la hora de los niños ha pasado, el desfase con el alcohol y el

atronador volumen de la fiesta, la convierten en no apta para ellos.

Tras la apertura del baile por parte de los novios en el patio central de aquellas instalaciones, la pista se llena de engalanados cuerpos moviendo caderas, brazos y cuellos.

Cuarenta minutos después, la media de edad de la fiesta ha descendido considerablemente. Es la hora en que la tercera edad se va a descansar, con media hora de baile han tenido bastante. Ya sólo quedan los jóvenes de cuerpo o de espíritu, todos adultos.

2. Confusiones

La música le entra a Paula por los pies y le sale por brazos, hombros y cabeza. Se mueve desinhibida por la pista haciendo sacudir rítmica y sensualmente todo su cuerpo.

De repente nota que alguien la agarra de la cintura y la empuja al centro del patio cuando suena una de las canciones que baila en zumba. Es Germán, que la lleva a hacer una demostración de lo aprendido en sus clases, ¡qué divertido!

Allí se ve ella, con su profesor de zumba, tres amigas más y Cristina, la novia, en el centro de un círculo formado por el resto de invitados que las rodean jaleándolas. La canción no puede ser más ordinaria, machista y obscena, pero si sólo pudieran bailar las políticamente correctas, probablemente tuvieran que permanecer como estatuas de sal casi toda la noche.

La coreografía de Germán es divertidísima y se la saben bien de clase. Al bailarla al unísono queda genial, aunque es complicado ejecutarla con esos taconazos, pero afortunadamente no hay descalabro de nadie.

Cuando terminan hay aplausos y silbidos y Germán logra que todos los presentes le sigan en la siguiente canción. Unos tienen más gracia y otros menos, pero todo el mundo sin excepción baila.

Paula alcanza a ver a su guapo compañero de mesa divirtiéndose de lo lindo intentando seguir los pasos de Germán. Se acerca para bailar junto a él y éste al verla le regala una impresionante sonrisa mientras bailotea a su lado. Al poco se acerca Germán, pero no se queda junto a ellos más de lo que lo hace junto a cada grupo, lo justo para seguir animándolos a todos dando indicaciones.

A Paula no le parece que aquel chico se entristezca con la marcha de su profe de zumba. Tal vez no están hechos el uno para el otro. En fin, no es asunto suyo. En cualquier caso, ella se lo está pasando genial con él, que no se mueve nada mal y a quien también se le nota lo mucho que se está divirtiendo.

Por allí anda también el pelirrojo de Cork, saltando como loco a su bola; va desatado, no parece el mismo de antes en la cena. Es increíble cómo el alcohol puede transformar a alguien en su opuesto.

Con las canciones conocidas todos se vienen arriba, aunque con el resto tampoco para nadie. Ya se va notando el efecto de las bebidas de

alta graduación ingeridas entre los invitados.

Están bailando uno de los grandes éxitos del momento cuando Paula siente que la apartan de su compañero de baile con un empujón que casi la hace caer al suelo. Suerte que está cerca el chico discreto de su mesa, que con buenos reflejos la agarra antes de besar el suelo. Su propia imagen le recuerda a la pose de un tango en ángulo de cuarenta y cinco grados.

Cree que se ha debido de tratar de alguien borracho dando un traspiés, tal vez el de Cork, y se ríe nerviosa al verse en semejante situación. Pero en seguida ve cómo se acerca el chico guapo con cara de preocupación hacia ella y le da las gracias al discreto por haberla agarrado a tiempo.

Chico guapo, chico discreto… ya es hora de saber sus nombres de una vez ¿no? Se yergue sonriendo porque le parece graciosa la escena y también agradece el rescate de último momento.

—Gracias chicos —dice sonriendo a uno y otro.

Y cuando está a punto de confesar que no sabe aún sus nombres, el guapo la interrumpe:

—Perdona un momento.

Lo ve dirigirse hacia una chica, a escasos pasos de ellos, que los mira con cara huraña. La agarra del brazo y con tono enfadado la reprende:

—¿Y tú de qué vas, Bea? ¿Se puede saber qué te ha hecho para que la empujes así? Se podía haber roto algo.

Paula no da crédito, ¿cree que ha sido intencionado? ¡Pero si no conoce de nada a esa chica!

Se llama Bea, ¿no es ese el nombre que escuchó cuando hablaban el novio y él en la mesa? Interviene acercándose:

—No os preocupéis, no ha sido nada. No te enfades con ella, no ha sido queriendo, ¿verdad? —dice amable mirando a la chica.

Entonces ve cómo aquella aparta la cara con desdén e ignorando sus palabras le dice al chico guapo:

—¿Y ésta quién es, tu nueva conquista? ¿No podías esperar un poquito para volver a la carga?

¡¿Qué?! ¡Esa chica no se entera de nada! Si ya lo conoce debería saber que no le van las mujeres… ¡Ay, madre! Un momento, que quien no conoce a aquel chico es ella. ¡Pero, si le ha hablado hasta del color de sus bragas! Y ha bailado con él en plan *guarrona*, como lo hace con cualquiera de sus amigas para echar unas risas.

Paula empieza a sentirse avergonzada y tiene que dar media vuelta y apartarse de aquella pareja.

Claro, ¡ahora entiende por qué está esa chica tan enfadada! El guapo se ha pasado casi toda la boda hablando con ella y riendo juntos. ¿Pero Paula cómo iba a saber que era hetero? ¡Si hasta Germán

le ha estado tirando los tejos!

Ahora que lo piensa, seguramente la ha usado para poner celosa a su novia, y ésta ha terminado explotando agrediéndola a ella. Uf, ¡qué mal rollo! Lo mejor será desaparecer de allí.

Se escabulle entre la gente y se dirige a la barra, en la que un par de camareros sirven copas sin parar a los invitados. Se pide un gin-tonic para calmarse y mientras lo hace, una voz suave de hombre le habla a su lado:

—¿Te dejo unos minutos y ya la estás liando? —Es Germán con cara de guasa.

—¿Qué? ¿Quién yo? ¿Lo has visto? —Paula se lleva las manos a la cara.

—En toda boda tiene que haber alguna escena memorable y tú has formado parte de ella, guapi, así que vas a ser recordada para la posteridad. A lo mejor hasta te ha captado el cámara que graba la película de la boda —dice Germán soltando una carcajada.

—Mierda, Germán, no tiene ninguna gracia. —Pero la verdad es que sí la tiene y mientras termina de decirlo se contagia de la risa de su amigo.

En ese momento se acerca a ellos el chico discreto.

—¡César! —dice Germán cuando lo ve—. Ven, únete a nosotros.

Por fin Paula conoce el nombre del chico discreto. Le sonríe encantadora y vuelve a agradecerle su rescate en el aire. César la mira y le dice ruborizado:

—No tienes por qué agradecer nada, faltaría más.

Ella lo observa un momento, ¿se ha puesto colorado? Qué mono. Mirándolo bien, es guapo. Discreto, como bien lo ha catalogado desde el principio, y tiene un no sé qué misterioso que no termina de definir. Germán interviene preguntando:

—¿Qué te pido, César?

—Lo que estéis tomando vosotros, que os veo muy animados, a ver si me lo contagiáis.

Los tres echan unas risas tomándose sus bebidas contándole a César anécdotas y chismorreos que no hacen mal a nadie, pues ninguno de los allí presentes es devoto de hacer sangre con la información ajena.

—No miréis descaradamente, —dice Germán— pero la tal Bea está en el otro extremo de la barra bebiéndose de un trago un wiski sólo.

Discretamente Paula la observa y ve cómo el camarero le sirve otra copa que ella traga como si de agua se tratase. Menuda cogorza se va a pillar si sigue a ese ritmo.

—Pobrecilla, en el fondo me da pena —dice Paula a sus dos acompañantes.

—¿Pena? —dice incrédulo Germán—. O sea, que esa chica te lanza desde lo alto de tus tacones, haciendo que casi te descalabres

rompiéndote tres tobillos, ¿y a ti te da pena?

—Hombre, yo no habría agredido a nadie en su situación, pero tampoco me habría sentado nada bien ver a otra chica rondando a mi novio —la justifica Paula—. Aunque también os digo que yo no estaba ligando con él, lo juro. En mi defensa debo confesar que creí que era gay.

César y Germán se echan a reír.

—¿Y qué te hizo pensar eso, alma de cántaro? Con lo escaso del género, era lo más improbable —dice Germán cuando puede articular palabra.

—Pues yo qué sé, estaba sentado a tu lado y tú no hacías más que mirar hacia él y…

—Ay, Paulita, Paulita, qué ingenua eres, corazón, no te enteras de *na* —Germán le agarra la cabeza con las dos manos y besa su frente—. Yo a quién miraba era a César. A ver qué te piensas que hemos estado haciendo en el baño, guapi.

¿Cómo? Pero si César… Vaya, pues sí que está empanada, acaba de ver a César poniéndole ojitos a Germán mientras se sonríen. ¿Pero cómo puede equivocarse tanto? Menudo ojo tiene para los tíos. Paula vuelve a avergonzarse, había llegado a fantasear con la posibilidad de que ella y este chico discreto…

¡Claro!, eso es lo que le ha visto, ese no sé qué. Bueno, intuición tiene, aunque ande equivocada. Eso sí que no se lo va a confesar a sus acompañantes, bastante se han reído ya de ella, está harta de hacer el ridículo.

Según parece esta no va a ser su gran noche.

Después de ese primer gin-tonic viene otro, pero esta vez en la pista de baile. Tras el segundo copazo a Paula ya se le ha olvidado todo y la música vuelve a inundar su cuerpo. Si no puede ligar, al menos disfrutará haciendo lo que mejor se le da y lo que más le gusta: bailar.

Su agresora sigue junto a la barra y al guapo de su novio lo ha visto más allá con el actual marido de Cristina y unos amigos. Le parece que la mira en alguna que otra ocasión, pero no le hace caso, no le van los chicos que ya están pillados, por muy guapos y simpáticos que sean.

Hay un momento en el que, tras uno de sus rodeos por la pista de baile, a su vuelta ya no están Germán y César, no los ve por ninguna parte, ¿se habrán vuelto a meter en el baño juntos? En fin, es lógico, la noche es joven.

Se topa con la novia de la boda, que anda de un grupo a otro tan atenta a todo el mundo como siempre.

—¿Qué tal Paula, todo bien?

—¡Venga ya! —le contesta con confianza—. No seas tan formalita conmigo.

—Ay perdona, hija, es verdad. Es que llevo toda la noche con esa

frasecita y ya me sale sola.

—Y tú, Cristina, ¿lo estás pasando bien en tu día? —le devuelve Paula la pregunta—. Disfruta, que esta boda no se va a repetir.

—Tienes razón, ¿y sabes qué? —dice la novia—. Voy a arrancar a Rubén de donde esté y me lo voy a traer a bailar un rato, que llevamos la mitad de la noche cada uno por un lado hablando con amigos, pero todavía no hemos podido disfrutar plenamente el uno del otro en la ceremonia.

—¡Di que sí! —la anima Paula— La fiesta es por vosotros, no por los invitados.

—Pero te voy a necesitar para que me ayudes, tú distraes a su acompañante un momento y yo me llevo a Rubén.

—¿Y qué digo? —pregunta Paula insegura.

—Qué sé yo, pide fuego o algo. Venga, vamos. —Y agarrando a su amiga de la mano se la lleva hacia donde se encuentra su reciente marido.

Rubén está echándose un cigarro hablando con algún enchaquetado del que Paula sólo ve su impresionante espalda. Cristina le da un empujón hacia él, la noche va de empujones, y a ella sólo se le ocurre darle unos toques en el hombro para que se gire. La idea es que la novia se lleve al novio antes de que el hombre trajeado se dé cuenta. Paula se siente como el cebo de un anzuelo, pero, en fin, todo sea por una buena causa.

Mientras el tipo se gira, Paula le dice:

—Perdona, ¿tienes fuego?

¡Vaya por Dios, tenía que ser él! Mira que hay hombres en la fiesta, ¿y tiene que ser el guapo otra vez? Cuando él la ve, le sonríe divertido. ¿De qué se ríe? Lo cierto es que tiene una sonrisa encantadora y se queda unos segundos colgada de aquellos ojos que la miran cautivadores. No estará intentando ligar con ella, ¿no?

—¿Y dónde está el cigarro? —le pregunta el chico guapo entrecerrando un poco los ojos— ¿O te refieres a otro tipo de fuego?

Es cierto, no se le ha ocurrido pensar que el fuego se supone que era para encenderse un pitillo. ¿Y a qué se refiere con “otro tipo de fuego”? Paula se pone colorada.

—Es que… —dice buscando una excusa a semejante torpeza— te iba a pedir también un cigarro.

—Ya —dice él incrédulo—. Lo que pasa es que yo no fumo. Y tú tampoco deberías hacerlo. Pero si quieres te consigo uno.

Paula está bastante cortada, ahora que sabe que es hetero, ese chico le pone nerviosa. ¿Qué pensará de ella después de su actitud durante toda la noche con él? Ella en ningún momento se ha insinuado, eso seguro, siempre creyó que era gay. Y ahora que lo piensa, él tampoco lo ha hecho, si no, lo habría notado, ¿no? Claro que, viendo lo visto,

podría haber venido un elefante barritando hacia ella y no haberse dado cuenta.

—No, da igual —dice Paula cuando se percata de que su amiga Cristina ha conseguido llevarse a Rubén de allí—. Ya lo conseguiré yo en otro sitio.

Tiene que separarse de aquel chico antes de que llegue la loca de su novia, que a estas alturas ya estará como una cuba y más peligrosa que un alacrán.

—Espera —dice él agarrándola suavemente del brazo—. Quería disculparme por lo del empujón que recibiste antes. En parte fue culpa mía.

Vaya, al menos lo reconoce, piensa Paula. Si tiene remordimientos por haber dejado de lado a su novia, mejor lo habla con la interesada directamente. A ser posible antes de que pierda el conocimiento con el coma etílico que se está buscando junto a la barra. Pero agradece las disculpas.

—Por mi parte está olvidado. Pero tal vez tendrías que hablar con tu chica. Se está bebiendo medio bar ella sola.

—Ya no es mi chica —dice él algo molesto—. Eso es lo que quería explicarte.

—No, no, a mí no me debes ninguna explicación, en serio. Mira, no te conozco de nada. —Paula se acuerda ahora de que no sabe ni siquiera su nombre y a estas alturas tampoco quiere saberlo—. Y soy muy mala para hacer de asesora sentimental. El único consejo que te puedo dar es que lo hables con ella, no debe de estar pasándolo muy bien y es una pena, porque esta fiesta es de lo más divertida.

El chico la mira serio un momento y dice:

—Está bien, Paula, hablaré con ella para que no se pase bebiendo, pero deja que me tome una copa contigo después.

Su forma de decirlo y esa mirada tan penetrante dejan a Paula un poco confundida. Él se sabe su nombre y ella se ha tirado toda la noche pensando si preguntarle o no el suyo. Ahora sí que no lo hará, quedaría fatal. Pero, ¿por qué sigue ahí, mirándola? ¡Ah, claro!, espera la respuesta a su petición de tomar una copa juntos. Bueno, una copa no hará mal a nadie ¿no? ¿o tal vez sí? De sus labios salen sin permiso las palabras:

—Vale, pero sólo una.

El chico sonríe complacido. Es realmente guapo, Paula ya se está arrepintiendo de lo que acababa de soltar por la boca. Se acuerda de la chica de la barra, ¿a cuantas más habrá dejado este tipo en ese lamentable estado? Con lo bueno que está seguro que a demasiadas. Dios bendito, ¿en qué lío se está metiendo ella solita esta noche?

—¡Guay! —dice el chico guapo—. Te busco en unos minutos. ¿Qué estabas bebiendo, gin-tonic?

—Sí —contesta Paula aún perpleja.

Él desaparece entre los invitados en dirección a la barra y ella queda pensativa intentando hacer un repaso de lo sucedido.

Analizándolo con detenimiento el chico le ha dicho que la tal Bea ya no es su novia, sin embargo, ha aceptado hablar con ella para que no siga bebiendo. Por otra parte, le acaba de proponer tomarse algo con él, y aunque una copa en principio no significa nada, también puede ser que quiera algo con ella, ¡con ella! Bueno, bueno, sin emocionarse, que la cosa aún no está clara y no querría verse rodando por el suelo, con una loca agarrada a su pelo dando el espectáculo en la boda de su amiga. Tal vez debería rodearse de gente conocida para evitar que aquel guaperas la encuentre a solas y enfurezca aún más a su ex. Sí, eso hará.

De momento tiene que ir al baño, pero cuando se acerca a los aseos más próximos a la pista de baile, hay cola y ella lleva demasiadas copas y demasiado tiempo sin ir. ¿Por qué no lo habrá hecho antes de los postres como la mayoría de invitados? ¿Tal vez porque estaba entretenida hablando con el chico guapo?

Y eso que por aquel entonces aún pensaba que era gay.

Ya no puede más, la vejiga le va a explotar. Intercepta a uno de los camareros saliendo de un pequeño almacén y le pregunta si no hay otros baños. El muchacho la debe de ver bastante desesperada porque, compadeciéndose de ella, le dice:

—Hay unos aseos en la parte de atrás del comedor. Son baños de invitados, pero lo saben pocos y sólo los usamos los camareros. Tienes que rodear el edificio por la derecha, pero ten cuidado que el camino está algo más oscuro de la cuenta y el suelo es un poco irregular.

El chico se ha fijado en los taconazos de Paula y los señala mientras le advierte. Ella se lo agradece incluso con reverencias y va rauda a buscar aquellos servicios.

Pasa junto a la entrada del comedor y al doblar la primera esquina confirma lo que le ha comentado el camarero: efectivamente, aquello es la boca del lobo. Pero sólo ese primer tramo, en el que los faroles quedan tapados por la hiedra, más adelante las luces parecen alumbrar bien el resto del recorrido hasta los solitarios aseos.

Como casi nadie sabe de su existencia están muy limpios. Antes de irse, frente al espejo, se repasa el pintalabios, se atusa un poco el pelo y se mira desde todos los ángulos. Le encanta cómo le queda ese vestido.

Vuelve por el mismo camino, pero en esta ocasión ya no le parece tan oscura la zona menos iluminada, tal vez sus ojos se han acostumbrado a la penumbra durante esos minutos fuera de la pista de baile.

Al pasar delante de la puerta del comedor se le ocurre algo. Allí

siguen expuestas las listas de invitados con sus ubicaciones en las mesas. ¿Y si busca el nombre del chico guapo? Sabe exactamente dónde se ha sentado, dos asientos a su izquierda, así que será fácil averiguarlo. Pero, cuál es su sorpresa cuando lo que encuentra en su lugar es el nombre de otra chica, que además es conocida suya. No cree que hayan sido invitadas muchas Violetas Fernández a aquella boda y él no tiene pinta de llamarse así.

3. Disculpas

No le da muchas vueltas al tema, pero sigue sin saber el nombre de aquel chico. Se lo puede preguntar a Germán y a César, ellos seguro que lo saben, pero si lo hace probablemente empezarán a especular y a imaginarse cosas raras, a ver si se van a pensar que ella va detrás de él.

Mejor no preguntar nada, que Germán es una *marujona* de mucho cuidado y seguro que se comporta como un adolescente avergonzándola. Total, lo mismo le da saber su nombre que no, en unas horas no volverá a verlo en la vida.

En un lateral de la pista hay instalado un photocall, que consiste en un monitor con una cámara de fotos y una impresora. Los invitados se hacen retratos delante de un panel decorado con bonitos dibujos y se emperifollan con divertidos atrezos que hay a tal efecto en un baúl, tipo: pelucas, gafas desproporcionadas, sombreros (de vikingos, de mariachis y de fiesta), carteles con mensajes divertidos, etc. La impresora hace dos copias de cada foto, una para los fotografiados y otra para pegar en un álbum en el que hay que escribir alguna dedicatoria para los novios.

A medida que avanza la noche los comentarios son cada vez más divertidos y las letras más ilegibles. Las fotos también son más absurdas y desinhibidas.

Allí están Germán y César ataviados con bufandas de plumas de colores chillones y gorros de purpurina haciéndose una foto. Se une a ellos y de camino ve a su amiga, la novia, que también se dirige a la zona de retratos.

Germán, Cristina y Paula se hacen una serie de fotos divertidísimas, en una de las cuales aparece César saltando en el último momento por detrás de ellos sacando la lengua y con los ojos muy abiertos. Para ser tan discreto ahí está dando la campanada.

Paula ve acercarse al photocall a Rubén con un grupo de amigos, entre ellos aquel del que ella huye, y pone tierra de por medio antes de cruzarse con él.

Cuando le toca el turno al novio y su séquito, alguien le coloca un casco vikingo con enormes cuernos. Detrás de Rubén sus amigos salen en la foto partidos de risa señalándolo.

Aunque Paula ya casi no siente sus pies, vuelve a la pista a seguir

bailando. Mañana tirará aquellos zapatos de tacones asesinos a la basura, pero por ahora no piensa dejarse amargar por ellos.

—Con esta fiesta me podré saltar un par de clases de zumba ¿no? —dice divertida a Germán.

Pero en realidad las clases de zumba son ineludibles para ella, son su escape, la excusa para salir del pueblo.

Una o dos veces por semana Paula va en la pequeña tartana que tiene por coche a Córdoba para asistir a las clases que imparte su amigo.

En muchas ocasiones, coincidiendo con el comienzo del fin de semana, se ha quedado en casa de Cristina o en la de Óscar a dormir, porque se enreda hablando tras la clase, y terminan enganchándola a una fiesta improvisada por los animados bares del centro. Aquellas salidas se han empezado a convertir en costumbre y esos viernes salen, casi todas ataviadas con sus mayas y zapatos deportivos, a tomar cervezas "para reponer lo que han perdido en la clase de zumba", dicen. Aquellas salidas no se las puede perder, la marcha de Montilla no es comparable a la de Córdoba.

¡Ay!, ¿por qué se habrá ido a vivir tan lejos? Echa de menos a sus amigos. Sabe que antes o después no podrá seguir con ese ritmo de viajes a la capital y dejará de asistir a las divertidas clases de Germán.

Resulta que el trabajo es el que decide el lugar de residencia y ella ha conseguido un puesto de funcionaria en la administración de Montilla. No puede quejarse, muchas de sus amigas aún viven de sus padres, o con ellos, que es aún peor.

Pero ella tiene sus sueños, que no pasan por jubilarse en aquel pueblo, y no está dispuesta a renunciar a ellos.

Cuando se mudó a Montilla pasó una temporada triste y sola (como Fonseca) hasta que hizo amistad con algunos de sus compañeros de trabajo, la mayoría mujeres, pero todas mayores que ella.

La casa que tiene alquilada está muy bien, comparada con su antiguo piso compartido de Córdoba. Ahora, con su sueldo, puede permitirse vivir sola, los precios de la vivienda no son igual en la capital que en el pueblo, además le gusta disponer de toda la casa para ella. Pero al poco de instalarse llegaron unos vecinos muy ruidosos a vivir al lado.

Aparte de lo mal educado que es él, pues se le oye a menudo maldecir y soltar palabras malsonantes, casi a diario, a las seis de la tarde aproximadamente, pone a todo volumen la música de Michael Jackson. Paula empieza a sentir aversión por su discografía.

La explosión de sonido suele coincidir con la llegada del marido a casa o con su despertar de la siesta, no lo tiene claro, pero debe de ser él el fan del cantante fallecido, porque es al notar su presencia cuando se oye la estridente música.

Qué mal le cae su vecino, es un chulo soberbio, de unos cuarenta años; su mujer, en cambio, le cae bien, aunque nunca la ha visto sonreír. Ella parece buena persona, amable y educada, pero a Paula le da la sensación de que no es feliz con aquel impresentable que tiene por marido.

El niño pequeño, de unos cinco años, es bastante menos ruidoso que su padre, de hecho, apenas se le escucha, habrá salido a la madre y también parece un encanto. Únicamente la presencia del patriarca en la casa vecina hace que Paula quiera vivir en otro lugar. Por eso ha hecho planes en su cabeza que la alejan de permanecer allí muchos años.

Necesita beber algo, tiene la garganta seca, pero no se atreve a acercarse sola a la barra, no vaya a ser que aún esté aquella chica y quiera matarla.

¿Será posible que la tal Bea le condicione la fiesta?

En ese momento ve entre el gentío a Violeta, aquella que debería haber cenado en su mesa en lugar del guapo, y está bebiendo lo que parece ginebra. Le pedirá un traguito, ya le explicará luego por qué no se pide una copa directamente.

—¡Violeta! Me salvas la vida si me dejas dar un trago a eso que bebes —ruega uniendo sus manos a modo de plegaria.

—Claro, mujer, no faltaba más, si es cuestión de vida o muerte… —le contesta ésta con guasa pasándole su copa.

Paula se la acerca a la boca y bebe. ¿Qué porras es eso? ¿agua? Se bebe el vaso entero.

—Lo siento, tía. Luego te traigo otro, es que estaba seca. Muchas gracias —dice Paula—. Por cierto, ¿dónde te ha tocado cenar?

Violeta la mira extrañada. ¿A qué viene eso ahora?

—En la mesa de Marta y Carlos. También estaban Salud y Pedro. Al resto no los conocía —contesta, y poniendo cara de fastidio continua —. Me tocó junto a una tía que no hacía más que mirar hacia atrás. Y mejor, porque cuando miraba hacia delante lo único que hacía era tontear con todos los tíos de la mesa. Marta y Salud le lanzaban puñales por los ojos. Parecía odiarnos a todas, la muy imbécil, con lo divertidas que somos ¿verdad? Menos mal que a mi otro lado estaba Martita. Tu mesa sí que estaba bien ¿eh? No me extraña que la pedorra de al lado no dejara de mirar. Había unos cuantos tíos que estaban para hacerles un favorcito.

—Joder, Violeta, estás peor que yo —se ríe Paula.

—Mujer ¿a qué venimos a una fiesta, a debatir sobre Filosofía o a pillar cacho? A una fiesta se viene a comer, a beber, a bailar y a ligar, por no decir algo más fuerte, lo demás es mentira —dice su amiga.

—Ya te digo —le tiene que dar la razón Paula.

—Anda, vamos a por una copa que te has bebido la mía.

—¡Pero si estabas bebiendo agua!

—Ya, es que entre copa y copa me trago una de agua, para evitar la resaca del día siguiente —se justifica Violeta.

Paula pone cara rara, pero no quiere llevarle la contraria, allá cada una con sus manías. Se alegra de que su amiga la acompañe.

Cuando llegan a la barra la chica peligrosa no está y se piden unos gin-tonic, para no mezclar. Pero cuando se dirigen de nuevo a la pista, la temida Bea las intercepta. Violeta de un discreto codazo le da a entender que esa es la chica de la que le ha hablado. Paula se tensa, aquella es la única persona que le distorsiona la fiesta. Da un paso atrás dispuesta a esquivarla en caso de que se le eche encima. Pero entonces la tal Bea habla:

—Tengo que pedirte perdón por lo de antes —dice avergonzada.

Violeta las mira sin entender nada.

—No era contigo con quien estaba enfadada —continua Bea —, era con mi ex. Por primera vez en mucho tiempo lo veía reírse y me dio rabia.

La chica parece entristecerse, mira a Paula y, como si estuviera hablando ante un espejo, dice:

—Lo estropeé todo con él, no pude hacerlo peor. Le partí el corazón, lo humillé y hoy estaba dispuesta a seguir haciéndole sufrir, lo reconozco. Pero al ver que pasaba de mí y que no le afectaba que tonteara con otros, porque ni siquiera me miraba, me enfadé al darme cuenta de lo que había perdido y la pagué contigo. Lo siento, tía, no volverá a pasar, lo juro.

Paula ve cómo Bea busca la mirada aprobatoria de aquel chico y la encuentra cerca del photocall. Él ha estado observando la escena y asiente complacido desde la distancia.

—Vale, no te preocupes, por mí está olvidado. —Paula no sabe muy bien qué hacer con aquella disculpa—. Pero, ¿te puedo hacer una pregunta?

La chica sube y baja los hombros, sin mucha convicción, pero le da permiso.

—¿Por qué querías hacerle sufrir si aún quieres que vuelva contigo? —continúa Paula, que no entiende la actitud contradictoria de esta chica.

—Yo no quiero que vuelva conmigo, fui yo quien lo dejó. Supongo que sería la costumbre de tener yo el poder —dice algo molesta—. Pero eso a ti no te importa —añade dándose cuenta de que está contándole más cosas de la cuenta a aquella desconocida.

—Ha sido él quien te ha dicho que te disculparas, ¿verdad? — pregunta Paula mirando hacia donde él está y viendo que aún las observa.

—¿A ti qué más te da? Te he pedido perdón ¿no? Eso es lo que

importa —concluye Bea.

Paula se da cuenta de que la chica empieza a ponerse borde con ella. Se acabó el buen rollo. Más vale terminar la conversación antes de que vuelva a transformarse de Dra. Jekyll a Mrs. Hyde. Pero no entiende por qué él le ha pedido a esa chica que se disculpe, si al menos hubiese salido de ella… En cualquier caso, se levanta la veda y ya puede circular libremente por todo el recinto sin miedo a que una loca le pegue un empujón. ¡Yuju!

—Bueno, pues me alegro de que todo quede aclarado —dice Paula para intentar zanjar el asunto y largarse de allí lo antes posible—. Ya nos veremos por aquí.

Le sonríe amablemente y Bea le devuelve una falsa sonrisa antes de dar media vuelta sin decir una palabra más.

Violeta, que hasta ese momento ha permanecido callada, cuando ve que Bea se aleja, pregunta con cara intrigada:

—¿Qué ha pasado aquí?

Entonces Paula tiene que contarle todo lo ocurrido desde el principio, e incluso lo de los nombres cambiados en las mesas.

—¡La madre que lo parió! —exclama Violeta cuando Paula termina — Ese quiere algo contigo, está claro. Qué suerte tienes tía.

—¡Pero, ¿qué dices?! Yo lo que creo es que me ha usado para darle celos a su ex. Lo que no sé es con qué la habrá amenazado para conseguir que se disculpe.

—Pues pregúntaselo, porque viene hacia acá.

—¡¿Qué?! ¡No! Qué pesadilla de pareja. Violeta, sácame de aquí, rápido.

Ambas se escabullen entre los invitados muertas de risa. Parecen dos niñas jugando al escondite. De momento le han dado esquinazo al guapo.

Se terminan sus gin-tonics, bailan, fuman, ríen y Paula vuelve a acercarse a la barra. Ya no le da miedo toparse con Bea, ¡qué sensación de alivio saber que nadie la odia!

—¿Me estás esquivando? —escucha Paula que dice una voz a su espalda.

Se gira y ve que el chico guapo le habla a ella. Este chico no se rinde ¿o qué?

—Todavía me debes una —insiste él.

—¿Te debo una qué? —pregunta Paula sin comprender.

—Una copa. Me dijiste que te tomarías una conmigo si hablaba con mi ex.

Paula se queda hipnotizada unos segundos con aquel chico. Por otra parte, le inquieta el cuento que se trae con su ex. Empieza a cansarle, la verdad. Por muy atractivo que sea, su historia es demasiado complicada y no le apetece enredarse en ella.

—Lo siento, lo olvidé —dice finalmente—. Por cierto, tu chica me ha pedido perdón.

—Ya te dije que no es mi chica. Pero me alegro de que se haya disculpado —dice él serio sin dejar de mirarla a los ojos.

Paula tiene que apartar la vista un momento, tal intensidad le ruboriza. ¿Por qué se comporta ahora así con este chico? Parece una quinceañera ante su actor favorito. Tiene que controlarse o él se la va a merendar en un solo asalto. No hay escapatoria, debe tomarse esa copa con él.

Menos mal que ha bailado mucho quemando parte del alcohol que lleva encima y ha bebido agua (siguiendo la teoría de Violeta), que si no estaría dando tumbos en esos momentos. Cierto que la mitad de las copas las ha ido dejando por ahí a medias, para irse a bailar, y a la vuelta, o no recuerda dónde las ha dejado, o las ha recogido algún camarero al ver que no tienen dueño.

El siguiente gin-tonic se lo tomará con calma para no empezar a decir demasiadas tonterías.

—Está bien, vamos a tomar esa copa —dice Paula haciendo señas al camarero para que se acerque—. ¿Qué te pido?

—Un Chivas Regal, solo, sin hielo y una botella de agua del tiempo.

Paula se le queda mirando con cara pasmada. Entonces él le sonríe y le explica que el buen wiski se bebe solo, para apreciar todas sus propiedades organolépticas, estando permitido rebajar su graduación con un poco de agua, pero no hielo, pues bajando mucho la temperatura se anulan los aromas y sabores. Aquella explicación no hace que a Paula se le cierre la boca.

Cuando llega el camarero le piden el wiski de aquella manera servido.

—Pues yo me voy a tomar un gin-tonic normalito, con tu permiso —dice Paula, porque a ella no le agrada demasiado el wiski.

—Espera, no le eches cualquier tónica —le advierte su acompañante al camarero.

Entonces, dejando a Paula alucinada con su nivel de exigencia, le pregunta al barman si tiene una marca de tónica concreta, algo menos conocida de lo habitual.

—Sí —le confirma el camarero.

—¿Y qué ginebras tienes? —A continuación, enumera unas cuantas —: ¿Monkey, Mombasa, Tanqueray, Nordés…?

El camarero reconoce algunas.

—De esas tengo Nordés y Mombasa.

—Bien —dice complacido—. Pues ponle una Nordés.

El camarero asiente y va a buscar las bebidas.

—¿Qué tienes de botánicos? —insiste.

—Tengo menta, salvia, arándanos, cardamomo…

—¿Tienes uvas blancas?

—No, lo siento —se disculpa el camarero.

—Creo que he visto fuentes con frutas en el comedor y me pareció ver uvas allí —recuerda el chico guapo.

El camarero llama a su compañero y le pide que se acerque al comedor a por uvas mientras él atiende. Aquel invitado parece un poco pejiguera, pero tal vez aprenda algo de cómo servir una copa perfecta de gin-tonic. Paula observa y calla, se pregunta si será capaz de apreciar todo aquel esfuerzo.

Lo último que pide aquel sibarita al barman es una cuchara larga y una copa de balón con mucho hielo, a ser posible picado. El muchacho le trae todo aquello y deja que este peculiar invitado la sirva.

Mientras lo hace les va explicando a Paula y al camarero cada paso y, lo mejor, las razones por las que hace todo aquello. No resulta pretencioso, es simplemente una *MasterClass*. Que si las uvas refuerzan los matices del albariño de esta ginebra gallega, que si la cucharilla evita que se pierda el gas de la tónica, que si se pueden apreciar notas sutiles de enebro, salicornia, laurel… Con el toque de las tres uvas da por concluida la clase y le ofrece la copa a Paula.

Brindan con sus respectivas bebidas.

—No quiero que bebamos sin más, quiero que lo saboreemos —dice el chico mirándola de frente con su bebida en alto.

¿Se estará haciendo el interesante con ella?, piensa Paula. Porque claramente lo está consiguiendo.

Al dar un trago a su bebida cree saborear lo que este chico le ha comentado, claro que, no sabe a ciencia cierta si es pura sugestión o realmente lo que ella está catando.

4. Sueños

Llevan un rato sentados junto a la barra sin parar de hablar y, aunque la primera se la han tomado despacio, ya van por la segunda copa. Pero en esta última ocasión dejan que sea el camarero quien las sirva para comprobar que ha aprendido a hacerlo.

—La verdad es que di un curso de cómo dejar a una chica con la boca abierta —dice él con una sonrisa seductora.

—¡Venga ya!, en serio ¿por qué sabes tanto de servir copas? ¿Has sido camarero? ¿Has estudiado Hostelería? —pregunta Paula entre risas.

Comienza a subírsele el alcohol a la cabeza.

—Empecé la carrera de Enología en Cádiz y allí recibí algún que otro seminario sobre bebidas espirituosas —dice el chico, que de repente cambia la expresión y se pone serio—. Pero a mitad del segundo curso lo dejé porque falleció mi padre.

—Vaya, lo siento —dice Paula—. ¿Y no has pensado retomar la carrera algún día?

Ahora se arrepiente de haber sacado el tema. El chico parece triste al recordar a su padre.

—Mi madre insistió en que continuara, pero ese año no pude hacer más que salvar un par de asignaturas. Al curso siguiente, sin embargo, me fui a Granada a hacer el Grado de Administración y Dirección de Empresas. Allí es donde conocí a Rubén cuando aún era soltero, estudiamos lo mismo. Me venía mejor para sacar adelante la empresa de mi padre. Tengo muy buenos recuerdos de aquella época.

Ahora él sonríe de nuevo con la mirada perdida y Paula puede contemplarlo a sus anchas. El muchacho no tiene desperdicio. Posee un bonito perfil griego con esa nariz recta. Su corte de cara es anguloso y le va muy bien con aquella barba rala de dos o tres días bien cuidada. Cuando sonríe muestra una bonita dentadura. Goza de una buena mata de pelo castaña, ni demasiado corta ni demasiado larga, para el gusto de Paula. Su corte aparentemente despeinado le da un aspecto bastante sexi con algún que otro mechón cayéndole por la frente.

De repente él gira la cabeza y la observa de frente interceptando su mirada furtiva. Paula se ruboriza y para salir del atolladero se le ocurre preguntar:

—¿Y cuál es la empresa de tu padre?

—Es una almazara que tenemos en Cabra. Mi aportación ha sido producir aceite ecológico. He visto que hay menos competencia en ese sector… Pero no quiero aburrirte con mi trabajo. A mí me apasiona, pero puedo ser muy pesado si me pongo a hablar de él. ¿Y tú a qué te dedicas, Paula?

—Yo soy funcionaria, aprobé unas oposiciones, me saqué una plaza en la administración el año pasado y eso sí que es aburrido —dice ella, dejando claro que no le apasiona hablar del tema—. Pero tengo otros planes en mi vida, no me quiero jubilar siendo funcionaria.

—¿Qué planes son esos? —pregunta el chico interesado.

—Me encantaría regentar un hotelito rural, ya le he echado el ojo a un cortijo medio derruido en un sitio espectacular que tiene una alberca que podría transformar en piscina. Casi tengo pensadas hasta las reformas que haría en él—. Paula habla con pasión de ese proyecto.

—¿Y dónde sería eso?

—¡Ah, no!, lo siento, eso no te lo digo. Aún no lo he comprado y no quiero que me robes la idea —dice Paula medio en broma, medio en serio.

El chico se ríe, desde luego no entra en sus planes comprar un cortijo en ruinas, bastante tiene ya con su almazara. Pero le fascina la ilusión con la que habla ella de sus sueños.

—¿De dónde eres, Paula? —insiste él, quiere saber más sobre ella.

—Bueno, ya no vivo allí desde que me fui a estudiar, pero nací en Priego de Córdoba. Un pueblo precioso, ¿lo conoces? —Ahora le brillan los ojos, añora su pueblo.

—Sí, fui una vez, no está lejos de Cabra. Ahora que sé que eres de allí volveré a visitarlo —dice él con esa sonrisa y aquella penetrante mirada que tan nerviosa pone a Paula.

—Tú no pareces de Cabra, no tienes acento cordobés —dice ella antes de darle un trago a su enorme copa de balón.

—Soy de Valdepeñas y me pasó lo mismo que a ti, que salí para estudiar y no regresé más que para visitar a la familia. Pero mi sueño era tener una bodega, lo que pasa es que mi padre compró la almazara y tuve que cambiar de sector sobre la marcha cuando él murió. Ahora no me arrepiento, creo que producir vino en Valdepeñas no habría funcionado tan bien como el aceite de Córdoba, mi padre tenía mejor ojo para los negocios que yo. Además, me encanta esta tierra, su gente… sus mujeres.

Vaya, vaya con el castellanomanchego. ¿No está siendo demasiado directo?, piensa Paula. Pues no tiene intención de ponérselo fácil, a ver si se cree que en Andalucía todo el monte es orégano.

—¿Te gustan todas sus mujeres? Mira que somos muchas y te puede

dar un empacho —dice ella sobrada.

—Bueno, me gustan unas más que otras.

Se miran unos segundos sin decir nada hasta que una ruborizada Paula reacciona y, sin venir a cuento, le dice con un tono algo más agudo de la cuenta:

—¿Nos hacemos unas fotos?

No quiere que acabe la diversión y la cosa le parece que se está poniendo seria. Se levanta del taburete en el que lleva sentada un rato junto a aquel chico y al comenzar a andar en dirección al photocall nota los efectos del alcohol ingerido. Su cuerpo se empeña en desviarse de su trayectoria hacia un lado, pero como debe esquivar a los incansables invitados que aún siguen bailando, no se nota demasiado.

Él la sigue hasta aquel rincón del patio en el que se encuentran el monitor, la cámara de fotos y la impresora frente al panel decorado que hace las veces de fondo para las fotografías.

Rebuscan entre los divertidos atrezos del baúl de los disfraces y se plantan ante la cámara haciendo el tonto. Él se pone un colorido sombrero mejicano junto con un bigote y un cartel en el que se lee: "Soy tu amante bandido". Paula, con el casco vikingo de enormes cuernos, ladea la cabeza de manera que parece estar clavándole uno de ellos a él en el corazón mientras saca la lengua y guiña un ojo.

Solicitan una copia para cada uno al chico que se encarga de imprimirlas y luego pegan otra en el álbum para los novios con un divertido comentario. Se hacen alguna más aprovechando que no hay nadie esperando turno y se las reparten.

Vuelven a la pista con sus bebidas, unas copas así no pueden perderlas, aunque todas sean gratis esta noche.

—Perdona, tengo que ir al baño un momento —dice Paula a su acompañante, que no parece tener intención de separarse de ella en lo que quede de noche.

Le pide que custodie su copa y mientras se aleja en dirección a los aseos se le dobla un poco el tobillo desde lo alto de sus tacones dando un pequeño traspiés, pero en seguida se endereza, pues sabe que él la observa desde atrás. Gira el cuello para comprobarlo y sus miradas vuelven a encontrarse. Cuando dirige la vista de nuevo al frente sonríe y se muerde el labio mientras se pierde entre los invitados. No se ha dado cuenta de que alguien más la observa; sí, es Bea.

Atraviesa todo el patio pasando por delante de la puerta del comedor. Rodea aquel edificio y se interna en la franja en penumbra del lateral lleno de vegetación, no tiene intención de hacer cola en los baños próximos a la pista de baile.

Alcanza la zona iluminada de los aseos y disfruta de la calma de aquel lugar. La música llega hasta allí amortiguada y sólo escucha el

ruido de sus propios tacones sobre el pavimento, le gusta como suenan. Lástima que sea tan incómodo ir de puntillas toda la noche. Comprueba que aún no tiene ninguna dolorosa rozadura y decide colocar una tirita donde más le molesta, así aguantará un poco más con ellos puestos.

Al salir del servicio, bebe un poco de agua en el lavabo, acordándose de su amiga Violeta. A ver si va a tener razón y es verdad que puede reducir así la resaca del día siguiente.

Se mira en el espejo y vuelve a sonreír ruborizada. ¿Seguirá él allí de pie esperándola cerca de la pista? Desde luego no va a correr para comprobarlo. Pero no va a negar que le encantaría que así fuera. Se repasa el pelo, saca de nuevo el pintalabios y se esmera repasándose los labios.

Se demora cuanto puede y cuando se ve bien guapa sale de los aseos internándose de nuevo en la zona oscura.

Lleva recorrido un tercio del lateral en penumbra del edificio cuando ve una sombra acercándose a ella de frente. El instinto le hace parar en seco un segundo, pero al pensar dónde se encuentra, reanuda la marcha acercándose a ella. En una calle oscura de la ciudad habría tenido miedo y tal vez habría dado media vuelta, pero en aquella fiesta no le va a pasar nada, muchos se conocen, además podría tratarse de una chica.

Se inquieta acordándose fugazmente de Bea, pero se calma al recordar que se ha disculpado y prometido que no volverá a agredirla. Claro que, eso fue antes de que ella empezase a tontear de verdad con su ex, ¿los habrá visto sentados en la barra o haciendo el tonto en el photocall? Seguro que sí, han estado mucho tiempo juntos.

La figura se acerca, parece corpulenta, debe de ser un chico. Sí, lleva pantalones, no vestido. Uf, menos mal. Casi respira tranquila. Alguien tendría que arreglar lo de las luces en este sitio, aunque cuando lo hagan, a ella ya le va a dar lo mismo, es altamente improbable que vuelva a una celebración en aquel mismo lugar.

Se aparta un poco rodeándolo para no chocar con él cuando lo sobrepasa, pero en ese momento se le vuelve a torcer el tobillo, esta vez por culpa del pavimento irregular. Siente que antes de perder del todo el equilibrio el dueño de aquella silueta oscura la sujeta de la cintura y la levanta antes de caer al suelo. Es él, claro.

—Cuidado —escucha que le dice.

Paula logra enderezarse.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta con la respiración un poco entrecortada del susto.

—Vi que te dirigías a esta zona en lugar de a los servicios cercanos y como tardabas tanto me inquieté y vine a buscarte. Me alegro de haberlo hecho.

A pesar de tener ya los pies bien plantados en el suelo el chico la sigue sujetando de la cintura.

—Ya… puedes soltarme —dice Paula, aunque la verdad es que le agrada la cercanía.

Puede oler su aroma y sentir su calor a esta escasa distancia.

Pero él no sólo no la suelta, sino que se acerca más. Paula está a punto de dejarse llevar, magnetizada por aquellos labios que se aproximan a ella en la oscuridad, cuando de repente echa el cuello hacia atrás haciéndole la cobra en el último momento. Colocándole las palmas de las manos en el pecho, lo para en seco.

—Espera, ¿qué haces? —dice.

—Voy a besarte como hace rato llevo queriendo hacer.

—Muy seguro estás tú de que yo quiera, ¿no? —dice Paula con poca resistencia.

—De lo único que estoy seguro es de que me muero por esos labios desde el primer momento en que los vi —su voz es ronca—. Pero si tú no estás segura aún, puedo intentar seducirte un poco más.

Paula traga saliva, siente el corazón de aquel chico bajo su palma derecha latiendo deprisa, su pecho sube y bajaba con intensidad y sabe que no podrá mantener la distancia mucho más tiempo, está a punto de sucumbir. Entonces recuerda algo.

—No sé cómo te llamas y no me beso con desconocidos —confiesa con un último atisbo de desafío.

Distingue sus dientes blancos en la oscuridad.

—Por eso no he oído mi nombre de tu boca en toda la noche ¿no? Pues yo supe el tuyo a los tres minutos de verte —dice él con voz profunda.

—Es que me daba corte preguntártelo después de hablar tanto tiempo contigo. No veía tu cartel en la mesa y en las listas no salía tu nombre en el lugar en el que te sentaste —se justifica Paula, que cada vez tiene más claro que desea lo que está a punto de suceder.

—¿Te has tomado la molestia de buscar mi nombre en la lista? —dice levantando una ceja, aquello sólo puede significar que a ella también le interesa él—. Eso es porque cambié los carteles para sentarme en tu mesa cuando te vi allí con tu amigo Germán. Fue muy descarado, ¿no te diste cuenta? —Y el chico la atrae por la cintura un poco más.

—No, no me di cuenta —dice Paula, a quien le gusta lo que oye—. Además, cuando te vi allí pensé que eras gay.

Esta vez él suelta una risa sonora. Aquello ayuda a destensar la situación, pues él sigue sujetándola de la cintura y ella no aparta las manos de sus pectorales.

—¿Y ahora lo sigues pensando? —pregunta él con media sonrisa.

—Bueno, lo que yo piense es lo de menos. Es lo que pienses tú lo

que cuenta —dice ella burlona.

—Yo creo que no lo soy, si no, no estaría aquí intentando comerme esa boca que no para de hablar.

—Pues esta boca seguirá hablando hasta que sepa el nombre del chico que quiere comérsela —dice Paula pellizcándose el labio inferior con los dientes, conteniendo también las ganas de besarlo.

—Me llamo Martín —dice él acercándose a ella, rozando su boca mientras lo pronuncia.

Dicho así no se le va a olvidar en la vida.

Paula siente el aliento cálido de Martín sobre sus labios antes de que los aprisione contra los suyos.

Aquel beso húmedo y suave, con un toque sensual, los deja sin respiración unos segundos. Se separan un poco, se contemplan en aquella penumbra, a cuya falta de luz sus ojos ya se han acostumbrado, y tomando aire, vuelven a atraerse como poderosos imanes.

Aquella sensualidad inicial se va convirtiendo poco a poco en pasión. Paula lleva sus manos a la nuca de Martín y él sube la suya hasta el escote de su espalda para apretarla contra él sintiendo sus pechos blandos contra su torso. No se atreve a bajar más su otra mano, pero se muere de ganas por acariciar las curvas de sus nalgas.

A Paula le impresionan sus interminables hombros. Todo él es una roca, no hay nada blando en su cuerpo salvo sus labios y esa lengua que recorre toda su boca buscando la suya. Además, comienza a notar algo más contra su vientre.

Siendo conscientes del lugar en el que se encuentran, ninguno quiere subir la intensidad de aquel beso. Continúan un buen rato besándose y acariciándose hasta donde el nivel de intimidad permite, rodeados de aquella oscuridad sin querer ni poder separarse el uno del otro. Ahora son sus cuerpos completos los que se atraen como polos opuestos, no sólo sus labios.

De pronto escuchan voces a punto de doblar la esquina. Se separan y ven aparecer dos figuras que comienzan a adentrarse en la misma penumbra que los protege a ellos de miradas indiscretas. Son dos chicas que se quejan de la oscuridad del camino entre risas y gritos. Paula, en un susurro, le dice a Martín mientras se escurre de sus brazos:

—Voy al baño a retocarme el pintalabios. Y tú tal vez deberías pasarte un clínex por la boca; te debes de haber comido la mitad de mi carmín.

Mientras ella se aleja camino del aseo, él saca un pañuelo de tela de su bolsillo y hace lo que le ha sugerido Paula. La separación también le sirve para enfriar un poco su recocido cerebro. Uf, ese beso le ha puesto a mil.

Las dos chicas llegan hasta donde él se encuentra y gritan cuando se percatan de su presencia, como si acabaran de ver un fantasma o algo peor. Martín las saluda riendo y cuando una de ellas lo reconoce se paran un segundo a quejarse de lo oscuro que está todo. Sin embargo, les resulta divertido aquel túnel del terror.

Martín se despide de ellas advirtiéndoles que tengan cuidado con el pavimento, que se lleva bastante mal con los tacones de aguja. No les comenta el traspiés que ha dado Paula gracias al cual ha terminado en sus brazos, eso se lo guarda para él. ¡Bendito pavimento irregular!

En los aseos Paula se ha retocado los labios de nuevo. No tiene ganas de que nadie la reconozca y ser la comidilla de la fiesta, por si acaso la han visto con Martín, así que se mete tras una de las puertas del baño y cierra antes de que lleguen aquellas dos chicas. Escucha que hablan entre risas de él.

—Mujer, el novio de Bea, Martín. Ese chico tan guapo con traje gris claro y corbata morada. El que está como un queso.

—¡Ah, sí! El tío buenorro —dice la otra—. ¿Pero sigue con Bea? Porque no los he visto juntos en toda la noche. De hecho, a él lo he visto ligando con otras.

—¡¿Qué me dices?! Pues va a haber que ponerse a tiro. No me importaría hacerle un favor a ese hombre.

Y las dos ríen como locas. Paula, tras la puerta, se tapa la boca con la mano para no reír ella también. Si éstas supieran…

Allí se quedan las dos un rato, hablando por los codos de unos y otros invitados. Son dos arpías poniendo de vuelta y media a todo el que se les ha cruzado a lo largo de la noche. Cuando por fin terminan y se retocan, vuelven a marcharse con la misma escandalera con la que han llegado.

Paula sale por fin del aseo. Mientras se atusa el pelo ante el espejo y espera a que se alejen, aún las oye gritar y reír por la zona oscura. Menos mal que no la han visto. «A saber lo que habrían ido contando por ahí después —piensa—. ¡Menudo par!».

Aguarda a que esté despejado el camino para volver al patio de la pista de baile. Ha permanecido más tiempo de la cuenta en el baño por culpa de esas dos pérfidas y se muere de ganas de reunirse con él.

Pero al salir de la zona oscura no le gusta lo que ve.

Reconoce aquella espalda de anchos hombros con traje gris claro y cabellos castaños que va agarrado a la cintura de Bea. Ambos se marchan hacia los aparcamientos muy juntitos.

5. Despedida

La punzada en la boca del estómago que siente no es normal. Por un momento piensa que le está dando una arcada y que vomitará hasta la última cena. Pero nada tiene que ver con expulsar comida o bebida de su cuerpo. Nota que se le cierra la garganta, como si la agarraran del cuello. A pesar de sentirla seca apenas puede tragar saliva, no tiene. Es una sensación extraña que nunca antes había sentido.

Necesita beber algo.

Se acerca a la barra, pero se da cuenta de que ya no le apetece beber alcohol, sin embargo, sigue teniendo la boca seca. Pide al camarero un botellín de agua, es el mismo que le sirvió el último gin-tonic.

De pronto es como si todo el alcohol que ha ingerido se le hubiera bajado a los pies. ¿Qué le está pasando?

Su cara debe de ser un poema porque Germán, cuando la ve, le pregunta preocupado:

—¿Estás bien, Paulita? Te veo pálida. ¿Qué te has metido en el cuerpo, chiquilla?

—Estoy bien, Germán. Sólo dame un minuto.

—Vale, estoy aquí al ladito vigilándote. —Su amigo la deja un momento sola sin quitarle ojo de encima por si se desmaya o le necesita.

Paula reflexiona un momento. Lo que ha visto es innegable, el chico se ha ido con su ex. Partiendo de ahí, todo lo anterior ha sido una farsa y ella se siente como una tonta a la que hubieran utilizado y luego desechado cuando ya no es útil.

Vale, es una putada, él se ha comportado como un cerdo y ella ha sido una estúpida por caer en sus redes habiéndolo visto venir desde hacía rato, aunque siendo tan insistente y fingiendo tan bien habría sido casi imposible no sucumbir a sus encantos. Pero es que los tipos como él saben muy bien qué regalar a los oídos de una chica para seducirla. Y ella, como buena tonta, se lo ha tragado todo.

Pero nada de eso justifica el mal cuerpo que se le ha quedado al verlo agarrado a aquella chica. Si lo piensa fríamente ¿a ella qué más le da? No debería importarle. Se ha morreado con el guapo de la fiesta y a otra cosa, mariposa. Pero no, su cabeza insiste en fastidiar a su

cuerpo, atormentándolo.

Ahora se da pena a sí misma, pobre imbécil, ¡¿se había ilusionado?! Eso es, ¡se lo había creído y se había hecho ilusiones con él! ¡Pero si sólo ha sido un beso! Con un beso no se prenda nadie de un tío, por muy bien que éste lo haga o muy guapo que sea.

Ay, Dios, no puede ser. No se ha enamorado nunca y justo ahora, por unos minutos ha llegado a sentirlo. Si no ¿a qué se debe ese dolor en el pecho?

La herida ha sido superficial, se dice a sí misma, sanará mañana por la mañana, cura sana, culito de rana. Pero de momento, joder, cómo escuece. Eso le pasa por desearlo tanto. «Cuidado con los deseos —dice siempre su madre— que a veces se cumplen». Y ¡zasca!, sucedió.

A pesar del fogonazo que ha experimentado decide ponerse una tirita y seguir con su vida. De hecho, rebusca en su bolso y encuentra una de verdad, se abre un poco el escote y se pega el apósito a la altura del corazón. Luego se acerca a Germán y le dice:

—Llévame a bailar, anda.

—¿Qué te ha pasado, corazón?

Paula le muestra la tirita que se ha colocado en el pecho. Su amigo la mira sin entender nada, pero como ella no da más explicaciones, la agarra de la mano y se la lleva a la pista con toda la fanfarria que puede.

Germán es único haciendo que el cuerpo se evada de la mente. Con cada canción que bailan no para de jalear, de cantar, de animar. Es capaz de hacer que hasta el más sinvergüenza se ruborice con sus movimientos, porque no hay nadie más descarado que él. Pero sobre todo logra hacer que la cabeza se centre sólo en el cuerpo y en moverse al ritmo de la música, como si los problemas no existieran en esos momentos.

Media hora más tarde Paula baila como loca los grandes éxitos de diez años atrás, con los zapatos en la mano y el pelo despeinado.

Cuando el DJ cambia de tercio y empieza a poner reguetón, Paula tiene que parar. Aunque lo bailan de vez en cuando en las clases de zumba, no es su género musical favorito. Pero no para únicamente porque no le guste aquella música, sino porque está exhausta. La cabeza le da vueltas, tiene los pies molidos y todo su cuerpo empieza a venirse abajo.

Hace enormes esfuerzos por olvidar lo que ha ocurrido en la oscuridad de aquel rincón apartado y sobre todo lo que vio al doblar la esquina tras volver de los baños.

Aquel chico ha desaparecido definitivamente de la fiesta con su ex.

Sólo bailando ha conseguido borrar de la memoria temporalmente esas imágenes, gracias a Germán, pero su organismo le está diciendo que hasta aquí ha llegado. Ahora le apetece que el sueño la ayude a

reponer cuerpo y espíritu. Se acuerda de las blancas y lisas sábanas del hotel y éstas la llaman atrayéndola como el canto de las sirenas. Es hora de irse.

Localiza a Germán y le comunica sus intenciones. Su amigo protesta e intenta disuadirla prometiéndole la guinda final de la fiesta. Pero ella, lamentando ser de las cobardes que se largan antes de que los echen a todos, le explica que se va para no perder la dignidad cuando tengan que llevarla a rastras.

Aprovechará para subir al microbús contratado por los novios que cada hora en punto lleva invitados hasta el centro. Y es que el lugar en el que se celebra la fiesta está en el quinto pino, a las afueras de Córdoba. El próximo sale en diez minutos.

Algunos invitados han venido en coche, pero ella, prudente, lo ha dejado cerca del hotel que tiene reservado en el centro de la ciudad. Por no molestar prefirió declinar las invitaciones de quedarse en las casas que varios amigos le ofrecieron, empezando por la de Cristina, la novia, pensando que así podría irse de la fiesta a la hora que le diera la gana, como es el caso.

Se despide de Germán, quien desde la pista le dedica un baile homenaje mientras se aleja de él. Está cantado a quién darán el título de M.V.P.[1] de la fiesta.

Ella, por su parte, tiene claro a quién le daría el premio al más ruin.

No quiere irse sin hablar con Cristina y Rubén. Pobrecillos, se sienten en la obligación de permanecer hasta el final, aunque ya sólo queden una cuarta parte de los invitados, los más sedientos de fiesta, como Germán, que no se pierde una, el *jodío*.

La feliz pareja se marchará a la mañana siguiente de luna de miel, ¡qué locos! La resaca la pasarán en el avión y les esperan cerca de ocho horas de vuelo. ¡Ocho horas, madre mía! Su destino será Canadá y, una semana después, Estados Unidos, allí se quedarán al menos otra semana más. Quieren aprovechar al máximo los días que les corresponden en sus respectivos trabajos por casarse.

Paula localiza a los novios y se da cuenta de que Rubén está bastante perjudicado. Todos han bebido más de la cuenta y a esas horas el novio empieza a no poder mantener el tipo. La cara de Cristina lo dice todo. Se desespera para que su marido mantenga la compostura.

—Rubén, cariño —oye Paula que le dice la novia—, deja de beber ya que estás como una cuba.

—Es que tengo que dar ejemplo, que para eso soy el novio —le contesta él con la lengua de trapo arrastrando las vocales.

A Paula se le escapa una risita que Cristina escucha.

—Ay, Paula —dice su amiga—. Mira con lo que me he casado.

Rubén, al escucharla, levantando un dedo le dice no todo lo firme

que hubiese querido:

—Tú no te preocupes, mi amor, que yo esta noche cumplo contigo.

Y se deja caer pesadamente en una silla, salpicando con la bebida su traje hecho a medida por un sastre.

—Ay, por Dios, Rubén, ¡no te eches eso encima! —le regaña Cristina, y dirigiéndose a su amiga le pregunta— ¿Qué hago con él, Paula, lo llevo ya a casa? Mañana no va a ser persona. Menos mal que lo tengo todo preparado para el viaje.

Él, que aún le quedaba algo de consciencia, le dice a su reciente esposa:

—Yo no me voy de aquí hasta que se hayan ido tooodos los invitados. Que soy el novio, joder —y al ver a Paula añade señalándola—. Yo tenía que decirte algo… pero no me acuerdo.

—Anda, quédate ahí quietecito y duerme un poco, yo te aviso cuando se haya ido el último invitado —le dice Cristina a su marido.

—Bueno, Rubén, yo me despido de vosotros y os deseo un feliz viaje. —Paula da dos besos al novio.

—Pero yo tenía que decirte algo —repite este con una borrachera como un piano—. Tú eres como una hermana para Cristina. Y por eso ahora también eres de mi ffffamilia. Eres mi cuñada. No, tú eres mi heeeermana —dice Rubén en este momento de exaltación de la amistad—. Y ya no me acuerdo qué más tenía que decirte.

—Bueno, ya me lo contarás a la vuelta. Adiós Rubén, cuídame a Cristina —se despide Paula riendo, no recuerda haber visto nunca tan borracho al novio de su amiga.

Luego se dirige a la novia y se abrazan.

—Pasadlo bien al otro lado del charco y subid alguna foto de vez en cuando a Facebook o a Instagram —dice Paula.

—De eso nada. Voy a intentar evadirme de las redes sociales durante la luna de miel, así que no creo que tengáis noticias nuestras. Pienso apagar los dos móviles —le asegura Cristina—. Pero te llamaré a la vuelta del viaje ¿vale? Serán sólo dos semanitas. Adiós, guapísima.

Hay lágrimas y risas antes de que Paula se marche en dirección al microbús que la llevará derechito a su cama, que es lo que más desea en el mundo en esos momentos.

Con ella suben al vehículo otras cuatro personas más. Piensa que es un desperdicio aquel viaje con tan poca gente, pero agradece que parta a su hora, como tenía estipulado.

Se sienta en los asientos del final. El resto de pasajeros lo hace muy cerca del conductor, charlando más animados de la cuenta con él y haciendo reír al hombre, que de vez en cuando aparta la vista de la carretera para seguirles la conversación. Sin duda llevar a una panda de alegres borrachos bien vestidos es la parte menos aburrida de su

trabajo nocturno.

Paula no tiene ganas de hablar con nadie, mira por la ventanilla, pero la oscuridad del exterior le devuelve su propio reflejo en el cristal. El interior del microbús parece un escaparate andante iluminado de noche.

Vuelve a pensar en Martín y en aquel beso perfecto y se estremece. Luego recuerda cómo se tuvieron que separar con la llegada de aquellas dos chicas. Y después es inevitable acordarse otra vez de él marchándose de la fiesta agarrado a la cintura de Bea.

Sin darse cuenta se le han llenado los ojos de lágrimas. No tiene nadie cerca y se deja arrastrar por la amargura, pero luego se siente una estúpida llorando por algo así. Se convence de que aquello es un comportamiento muy infantil, de modo que se seca los ojos y se suena la nariz.

La saca de sus pensamientos un frenazo que hace caer su bolso del asiento al suelo, acompañado de un pitido y la voz del conductor.

—¿Dónde vas con tanta prisa? ¡Imbécil!

Afortunadamente van despacio porque están llegando a un cruce. Paula se agacha a recoger el bolso, ya casi lo tiene cuando el autobús acelera mientras gira, haciendo que ella caiga también entre la fila de asientos de delante y la suya. Aquella estrechez hace que le cueste levantarse, menos mal que no tiene a nadie cerca porque se siente ridícula allí atrapada.

Consigue incorporarse cuando ya han pasado el cruce, el chófer sigue despotricando. Los otros pasajeros no dicen nada y a Paula le da en la nariz que la culpa la ha tenido el conductor del microbús, como poco a poco va confirmando él mismo a medida que recrea la escena para intentar justificarse. Al final el hombre ha de admitirlo:

—Vale, yo no tenía preferencia, pero ese coche iba muy rápido.

«Asunto zanjado», piensa Paula. Por lo menos le ha servido para no acordarse del otro tema que la martiriza.

Por fin llegan al centro de la ciudad, los demás pasajeros se apean en una plaza cercana a la parada final y como sólo queda Paula, el conductor se ofrece a llevarla donde mejor le venga. Ella le indica el hotel en el que se aloja y el hombre la deja en la misma puerta. Paula se lo agradece, se ha dejado los pies en la pista de baile esa noche.

Al salir del autobús el conductor la sorprende diciendo:

—Adiós, muchacha. Y no te preocupes, que ya te llegará.

—¿Qué es lo que me llegará? —pregunta Paula sin comprender.

—El día en que tú también te cases —dice el hombre, como si esa fuera la máxima aspiración de una mujer.

—Perdone, pero yo no tengo ninguna intención de casarme.

—Bueno, pues encontrarás a alguien que te quiera —insiste el conductor—. Eres una muchacha aún joven y guapa. Todo llegará, ya

lo verás.

Paula está a punto de soltarle una contestación ácida. ¿Joven y guapa son los atributos más valorados en una mujer? Los únicos, por lo visto. Y cuando desaparezcan ambas ¿qué, a la basura? ¿Ese señor cree de verdad que las mujeres están tan desesperadas por encontrar a alguien que las quiera?

Pero se contiene, el hombre no parece expresarlo con malicia, aunque a ella le esté sentando fatal. Además, la ha acercado hasta el hotel sin tener por qué hacerlo. No le parece malintencionado, es sólo que está siendo un poco torpe metiéndose donde no le llamaban y Paula no entiende a qué se deben esos comentarios tan desafortunados. ¿La habrá tomado por una solterona desesperada, o qué? Tampoco es tan mayor a sus veintiocho años… ¿no?

—No se preocupe usted por mí, que no necesito ningún hombre en mi vida, me ha ido muy bien hasta ahora, gracias —dice con el tono más suave que puede.

—Ya, bueno, lo que tú digas. —El hombre la mira con una cara que ella no sabe descifrar—. Buenas noches, muchacha.

—Adiós, buenas noches, caballero. Gracias por acercarme.

Entra en el hotel bastante ofendida. Lleva los zapatos en una mano y en la otra el bolsito. Pasa delante de recepción dando las buenas noches también al muchacho que allí trabaja. Éste le devuelve el saludo y la contempla con cierta curiosidad. Paula piensa que debe de tener un aspecto lamentable, descalza y despeinada.

Es al entrar en el ascensor y verse reflejada en el espejo del interior cuando se da cuenta del porqué de los comentarios del conductor y de la mirada del recepcionista. Lleva el pelo un poco revuelto de tanto meneo de cabeza en la pista de baile y aunque su maquillaje no es malo, en el autobús se ha restregado los ojos para limpiarse las lágrimas. El rímel y la sombra de ojos le han manchado la cara y además tiene la nariz colorada. Vamos, que se nota que ha llorado.

El conductor, al verla triste, habría supuesto que era mal de amores, y no se equivocó mucho, aunque a ella le fastidie reconocerlo. Probablemente el muchacho de recepción habrá imaginado que le ha dado una de esas borracheras de llanto.

En fin, que piensen lo que les dé la gana, que a ella a estas horas ya todo le da lo mismo.

Llega a su habitación, lanza los zapatos a un rincón y cae en la cama boca abajo con los brazos abiertos. No le da tiempo ni a quitarse el vestido, se queda dormida casi inmediatamente.

6. Autoridad

Han pasado ocho días desde la boda.

Es fin de semana y Paula ha ido a ver el cortijo de Zuheros, ese al que ella ha echado el ojo en ese pueblecito en la frontera entre la campiña cordobesa y el Parque Natural de la Sierra. No está lejos de Montilla, donde ella vive; en su coche tarda unos cuarenta minutos.

La primera vez que pisó aquel sitio fue por casualidad. Quiso escapar del pueblo en el que trabaja, se subió al coche y puso rumbo a algún lugar desde el que contemplar la llanura.

Instintivamente había tomado la dirección de su pueblo, Priego de Córdoba, pero decidió que quería estar sola. A sus padres los ve a menudo y ese día le apetecía silencio y contemplación, de modo que se desvió hacia Zuheros y en sus alrededores se perdió intencionadamente. De este modo fue a parar a aquel rincón tan solitario y agradable, lo suficientemente cercano al pueblo como para poder llegar en una buena caminata, pero a su vez apartado y tranquilo.

Hoy se ha acercado hasta el cortijo en su coche, no como la primera vez, que lo descubrió paseando.

Es un lugar es muy apacible y bastante aislado. La carretera discurre por la ladera del monte y pasa por una pequeña explanada en la que se encuentra la entrada a la finca. La puerta es una verja oxidada con un pestillo sin candado muy fácil de abrir.

Deja su coche a unos doscientos metros y pasea hasta la entrada, el camino merece la pena. La vez anterior también se atrevió a traspasar aquella cancela.

Días atrás se informó de quiénes son los dueños y, aunque en principio nadie le ha dicho que tengan intención de vender, sabe que todo depende del dinero que les ofrezca por la propiedad.

Ella ha conseguido ahorrar algo, pero tendría que pedir un préstamo si quisiera comprarlo. Sin avales ni posesiones lo tiene bastante crudo para que se lo concedan. Sus padres no son precisamente ricos y no podrán ayudarla con esto. Tendrá que conseguirlo por sus propios medios.

De todas formas, no está dispuesta a renunciar a aquel sueño, al menos no tan pronto. Ya se le ocurrirá algo. De momento le gusta soñar con el proyecto que ha creado en su cabeza.

Desde aquel lugar con vistas privilegiadas se imagina la alberca ampliada y convertida en piscina para los tórridos días del verano cordobés. Pasea por las estancias y se imagina la decoración y los colores de las paredes. El exterior sería todo blanco y las buganvillas se encargarían de alegrar los rincones con sus llamativos colores. Imagina los patios con árboles bajo cuyas sombras se sentarán al fresco los huéspedes.

Tendría que rehacer algunos techos y paredes, de modo que también debería contar con presupuesto para una buena obra.

Se sienta en uno de los preciosos patios al fresco de la tarde disfrutando de aquel silencio. De pronto le sobresalta el ruido del motor de un coche acercándose por la carretera. Se incorpora y se dirige a la reja de entrada.

Le da tiempo a cerrarla ya desde fuera antes de que una patrulla de la guardia civil la vea y se detenga junto a ella. Se bajan dos agentes y la saludan educadamente. El más joven se dirige a ella:

—Buenas tardes, señorita. ¿Es suyo ese vehículo estacionado en la cuneta?

—Sí ¿Por qué, está mal aparcado? —pregunta preocupada Paula.

—No está ni bien ni mal —dice el agente, áspero—. Sólo queríamos saber si era suyo.

«Que hombre más borde», piensa Paula, ha llegado a creer que le pondrían una multa por ello.

—¿Está usted sola? —pregunta el otro agente, un tipo grande de unos treinta años en mejor forma física que su compañero.

—Sí —responde Paula un tanto seca, recordando aún el tono del primer agente.

—¿Qué está usted haciendo aquí sola? —vuelve a preguntar el más joven.

A Paula no le gusta el tono que emplea con ella, le hace sentir como si fuera sospechosa de algo. El hombre es más joven que ella y sólo por eso le debe un mínimo respeto.

Sabe que ha entrado en una propiedad privada, pero está abandonada, además los agentes no han podido verla, ya estaba fuera cuando se encontró con ellos. Tampoco ha robado nada, pues nada hay que robar en aquel cortijo sin apenas puertas ni ventanas. El saqueo ya ocurrió años atrás.

—Estoy dando un paseo. ¿He cometido alguna infracción, agente? —dice Paula ahora ya claramente molesta.

—Enséñeme su documentación, señorita —le espeta el guardia civil.

—¿Por qué, me va a multar? —pregunta incrédula.

—¡Le estoy diciendo que me muestre su documentación!

—Vale, vale —dice Paula cambiando a un tono conciliador, no gana nada enfrentándose a él—. Ahora mismo la traigo, agente, la tengo en

el coche.

—No llevar la documentación encima puede conllevar una sanción —le dice el guardia civil antipático.

—Le digo que está en el coche. Es que no suelo llevarla si me bajo un minuto a pasear por el campo, lo siento —dice Paula señalando su coche y volviendo a adoptar el tono de discusión con aquel hombre tan desagradable que la amenaza con multarla por una tontería así—. No pensé que para caminar por un lugar tranquilo en el que no hay nadie hubiera que ir con ella encima.

—¡Señora, está usted hablando con un agente de la guardia civil! —sube la voz bruscamente aquel hombre, claramente irritado con ella por la forma que emplea al dirigirse a él.

—¡Cabo! Modere el tono, no es necesario intimidar a la señorita —interviene de pronto el otro agente.

—Sí, sargento —se cuadra el joven, quien desde ese mismo instante pierde todo el protagonismo y parte de su autoridad.

—Señorita, la acompaño para que me muestre su documentación —dice entonces el de mayor rango.

Ese tono ya es otra cosa, piensa ella. El anterior la hace sentir como una delincuente.

Mientras camina con aquel hombre hacia su coche, cuya superioridad sobre el otro es más que evidente, éste se disculpa ante Paula:

—Perdone a mi compañero, es joven y aún está aprendiendo cómo debe comportarse ante un ciudadano de a pie. La guardia civil ya no es el monstruo de la época de Franco y no debemos fomentar esa imagen.

—La verdad es que me estaba haciendo sentir como la sospechosa de un crimen —aprovecha Paula para decirle a este agente tan educado.

Por un momento Paula piensa si no estarán jugando a eso de poli bueno/poli malo con ella. Uf, quizá ha visto demasiadas series americanas.

Él le sonríe mirándola y añade:

—A veces viene bien la actitud de mi compañero para que no se venga arriba el sujeto al que abordamos. Pero en esta ocasión no había amenaza alguna —le explica el sargento.

—Ya, porque soy una mujer desvalida y sola, ¿no? ¿Y si resulta que soy una psicópata que tiene una pistola en su coche? —suelta Paula, que queda tan alucinada con sus propias palabras como el mismo agente.

El hombre la mira sorprendido, pero al ver el desconcierto en la cara de Paula, estalla en una carcajada. Ella sonríe tímidamente.

Qué bruta es, ¿cómo se le ocurre decir algo así a un agente de la ley

armado? Menos mal que se lo ha tomado a broma, porque podría haberla esposado y reducido contra el suelo, o algo peor: haber pedido ayuda a su compañero, ese tan estúpido.

—Esperemos que no sea cierto eso, pero por si acaso la estaré vigilando de cerca en todo momento —dice el guardia civil divertido.

A Paula le agrada su sonrisa. Se fija en él, en lo corpulento que es y en lo bien que le queda el uniforme, no como al otro agente a quien le sobra camisa por los hombros y le queda estrecha por la cintura. Éste la rellena bien por arriba y los brazos asoman musculosos por las mangas cortas.

A pesar de ser mayor que su compañero —tendrá unos treinta, calcula, y el otro poco más de veintitrés— no le sobra grasa abdominal. Se ruboriza imaginando la tableta de chocolate que debe de tener en su abdomen. Tiene pinta de ser de los que se machacan haciendo ejercicio en el gimnasio.

Llegan al coche y Paula lo abre sin la llave, ni tan siquiera lo había cerrado. Busca la documentación en su bolso, que es como un agujero negro que se traga todo lo que en él entra y luego no deja escapar nada, ni siquiera la luz.

Se pone un poco nerviosa al no encontrar su cartera dentro.

—¿Ocurre algo, señorita? —pregunta el agente.

—Es que no encuentro mi DNI —dice apurada.

—No se preocupe, con el carnet de conducir es suficiente.

—Pero es que iban juntos en la misma cartera. —Paula empieza a agobiarse.

—Sin carnet no vamos a poder dejar que se marche en el coche. Tendrá que venir su marido a buscarla —dice el sargento.

—Ya, ¿y las que no tenemos pareja qué hacemos? —pregunta nerviosa Paula.

—Bueno, si no tiene ningún pariente o amigo cercano, nosotros podemos llevarla hasta Zuheros, pero luego tendrá usted que ir a su casa en transporte público.

Paula, desesperada, saca el bolso del coche y lo vuelca sobre el capó. De él salen barras de cacao, pintalabios, tiques de compra, llaves, bolígrafos, paquetes de kleenex, una compresa de emergencia plegada, una navaja suiza, unas monedas sueltas…, pero ni rastro de su cartera con la documentación y sus tarjetas de crédito.

El agente se fija en la navaja, probablemente no esté permitida por sobrepasar su hoja determinada longitud, pero no será él quien le quite esa útil herramienta a esta mujer.

Para Paula el dinero de la cartera es lo menos importante, no suele llevar mucho. El móvil lo tiene en el bolsillo, menos mal. Se repasa todo el pantalón por si la llevara encima, a veces hace eso, la guarda en el bolsillo trasero, pero ahora la maldita cartera no aparece.

Después de todo lo que les ha dicho a los agentes, aquello es lo peor que le puede ocurrir.

—No me van a detener, ¿verdad? —pregunta agobiada.

Piensa sobre todo en el otro compañero tan antipático que espera junto al coche patrulla. La multa será lo de menos cuando aquél se entere.

—No se preocupe. Por el momento no es delito ir indocumentado —dice el agente con una sonrisa tranquilizadora—, pero va a tener que darme sus datos: nombre y apellidos, dirección, número de DNI si se lo sabe…

El agente saca una libreta y anota todo lo que Paula le va diciendo. Luego la mira un momento, recapacitando si exponer o no lo que piensa. Finalmente le dice:

—No voy a multarla por esto. Pero mejor no se lo comentemos a mi compañero, ¿de acuerdo? Luego comprobaré sus datos y los del vehículo en la oficina. De todas formas, he visto que no tenía cerrado el coche. ¿Es posible que se la hayan robado mientras daba el paseo? ¿Ha oído o visto usted que pasara algún coche o moto antes que nosotros?

—No he oído nada. Además, no he ido tan lejos.

Entonces Paula piensa que tal vez se le pueda haber caído cuando se sentó en uno de los patios del cortijo. ¿Debe decirle al agente dónde ha estado antes? El hombre le inspira confianza y hay algo familiar en él. Opta por sincerarse.

—La verdad es que estuve allí y es posible que la haya perdido dentro —dice señalando la finca.

—¿Ha entrado usted en esa propiedad privada? —pregunta el sargento para confirmarlo.

—Sí —contesta ella mordiéndose el labio con gesto de culpa y cara de niña buena.

—Eso es allanamiento, señorita. ¿Y para qué ha entrado? —dice serio el agente.

—¡Pero si es un cortijo abandonado y ruinoso! Es que tiene unas vistas espectaculares. ¿Las ha visto usted? —intenta justificarse ella.

Parece que lo consigue pues el agente le propone entrar a buscarla. Vuelven a pasar cerca del compañero que espera en el coche patrulla.

—¿Ocurre algo, sargento? —pregunta aquel cuando los ve pasar de largo dirigiéndose a la puerta del cortijo.

—Luego le informo, cabo —es la escueta respuesta de su superior.

Paula y el sargento vuelven a desandar el recorrido que ella ha hecho a través de las estancias y patios. En uno de ellos el sargento se percata de que hay un ave muerta, un milano. Ella no parece haberla visto.

—Me senté un momento allí —dice Paula señalando hacia un

rincón a la sombra en un precioso patio.

Cuando se acercan encuentran la cartera en el suelo junto al poyete en el que ha estado sentada.

—¡Aquí está! —dice contenta, como quien encuentra un tesoro.

Saca su documentación y se la entrega al agente. Éste la estudia y antes de devolvérsela añade serio:

—La dirección que usted me ha dado es de Montilla y no coincide con la del carnet.

—¿Qué? —Paula tiene que comprobar que es su DNI el que le ha entregado, luego recuerda—. Ah, sí, es que le he dado mi dirección actual, la del carnet es la de mis padres, en Priego de Córdoba.

—¿Eres de Priego? —pregunta el sargento tuteándola de pronto.

—Sí, mis padres aún viven allí.

—Yo soy de Carcabuey y estudié en el instituto de Priego, tal vez por eso me sonaba tu cara. ¿Puede ser que coincidiéramos algún año? —dice él animado.

Paula estudia su rostro atentamente para intentar encontrarlo en los archivos de su memoria, no es mala fisionomista así que, si alguna vez lo ha visto, lo recordará.

El pelo tan corto le despista y aquellas incipientes entradas, que no le restan un pelo de atractivo, le indican que ha pasado más de una década desde entonces. De repente se le enciende la bombilla.

—¿Tú no serás Óscar Guerrero? —pregunta sorprendida, también tuteándolo.

—El mismo.

—Estabas en tercero cuando yo entré en primero —comenta ella.

—¿A ti te llegó a dar clases de matemáticas “El Pitágoras”? —pregunta él.

—Sí y “La Sargento García”, gimnasia —recuerda ella divertida.

—Los dos eran unos carcamales, debieron de jubilarse poco después —dice Óscar.

—Tú salías con Laura ¿no? —dice ella—. Esa chica tan mona era la envidia de todas las niñas.

—¿Y eso por qué? —pregunta él, curioso.

—Por ser tan guapa y tener ese pedazo de novio —dice Paula sin parecer darse cuenta de que le está hablando de él mismo.

Óscar se ríe algo turbado, no está acostumbrado a que le piropeen.

—¡Un novio guapo, con moto y que la llevaba a casa! ¡Era el sueño de todas nosotras! —continúa Paula.

Entonces es cuando se da cuenta de que se dirige al mismo del que habla y añade:

—Te conservas muy bien.

—Gracias, intento mantenerme en forma. Tú también estás muy bien. A ti te recuerdo de los recreos, creo que os había echado el ojo a

ti y a tu amiga, pero erais de las pequeñas y yo por aquel entonces tenía novia.

Paula recuerda a su amiga Sofía, ahora andará por Málaga, lleva cerca de dos años sin verla, tiene que llamarla y de paso ponerle los dientes largos contándole que ha visto a Óscar, el chico del instituto por quien ellas suspiraban.

—Bueno, pequeña, pequeña… Me llevaba dos años contigo. —Paula se ruboriza al darse cuenta de que están coqueteando.

En ese momento oyen la voz del compañero de Óscar llamándolo:

—¡Sargento! ¿Va todo bien?

—¡Sí, todo bien, Ramos! ¡Ya salimos! —dice Óscar elevando la voz. Qué inoportuno el cabo.

Antes de que éste pueda aparecer junto a ellos regresan por donde han venido.

—Sígueme la corriente para evitar que mi compañero quiera tenerme haciendo informes o poniendo multas —le comenta Óscar por el camino a Paula.

Ella asiente intrigada. Llegando a la puerta se cruzan con el cabo y Óscar le dice:

—La señorita había creído ver una rapaz cayendo dentro del cortijo. He comprobado que hay un milano muerto en uno de los patios, no creo que haga falta llamar a los forestales por eso, no es un ave protegida.

Y queda zanjado el asunto. También podría haberle dicho la verdad, total, el cabo Ramos va a hacer lo que él diga, pero de esta manera cree que impresiona más a Paula.

Óscar vuelve a acompañarla hasta el coche. Su compañero, que no es tonto del todo, se imagina que al sargento le gusta esa chica porque nunca se toma tantas molestias, así que lo mejor que puede hacer es apartarse. Espera no haber metido la pata antes, cuando le ha hablado con autoridad, o al menos que su superior se olvide pronto del asunto.

—¿Qué fue de Laura? —pregunta Paula a Óscar antes de llegar a su destino.

—Me casé con ella, nos fuimos a vivir a Baena y tuvimos un hijo.

—Ah, enhorabuena —dice ella cortada, ahora se arrepiente de todo el flirteo que ha tenido con él—. ¿Qué edad tiene tu niño?

—Año y medio. Se llama Alejandro. —Los ojos le brillan de orgullo al hablar de su hijo.

—¿Y qué tal está Laura?

—No lo sé. Desde que nació Alejandro empezamos a distanciarnos hasta que finalmente nos separamos. De esto hace ya más de medio año. Con ella apenas hablo. Lo que más me duele es no poder ver a mi hijo a diario. —La expresión en el rostro del guardia civil ha cambiado, ahora refleja una mezcla de dolor, tristeza y enfado.

Nota resentimiento en su voz.

—Vaya, lo siento —dice Paula que tras el giro no sabe cómo continuar la conversación—. Bueno, ya hemos llegado. Gracias por todo, Óscar.

—Me alegro de haberte visto, Paula.

Se quedan callados un momento sin atreverse a decir nada. Tampoco saben si deben darse dos besos para despedirse o simplemente decirse adiós. Finalmente, Óscar se atreve a proponerle algo:

—¿Quieres que quedemos algún día para tomar un café o una cerveza? Vivimos a media hora.

—Vale —dice ella tocándose el pelo—. Ya te di mi número. Llámame cuando quieras.

—De acuerdo —dice Óscar, a quien parece que el uniforme le impide despedirse con dos besos—. Adiós, Paula.

—Adiós, Óscar —se despide ella regalándole una bonita sonrisa.

Paula se mete en el coche y él le cierra la puerta mientras comprueba que ella se coloca el cinturón de seguridad. Antes de darse la vuelta y regresar al coche patrulla se le escapa un saludo con la mano cerca de la sien. Ella sonríe divertida imitándolo.

Arranca el coche mientras lo mira alejarse. Tiene un bonito culo. Y es que a quien es dueño de un cuerpo como el suyo le sienta bien hasta el uniforme de guardia civil. Se acuerda de nuevo de su amiga Sofía y tiene que sonreír.

En ese momento le suena el teléfono. Duda un segundo si descolgar o no, pues ya está girando el volante para salir del arcén. Echa una ojeada rápida hacia los guardias civiles y, viendo que ninguno de los dos la mira, lo coge.

—¿Diga? —pregunta al ver que no conoce ese número.

—Debería multarla por hablar por teléfono mientras conduce —se escucha al otro lado de la línea.

—¿Qué? —pregunta desconcertada.

Mira de nuevo a Óscar y lo ve girarse hacia ella con una sonrisa y el móvil en la oreja.

—Serás… tonto —ha dudado si insultarlo o no, al fin y al cabo, es la autoridad.

—Ja, ja, ja —se ríe Óscar—. ¿Qué tal el martes por la tarde?

—Vale, yo tengo la tarde libre.

—Entonces paso a buscarte a las siete, ¿de acuerdo? —dice Óscar con seguridad.

—Muy bien. Hasta el martes.

—Hasta el martes. Y no vuelvas a coger el móvil conduciendo —zanja Óscar.

«Será capullo», piensa Paula con una sonrisa mientras se aleja con

su coche por la carretera.

7. Primera cita

Está nerviosa, se ha pasado dos días pensando en la cita que tiene con Óscar esta misma tarde. En el fondo se alegra porque, gracias a aquella invitación a salir, ha conseguido olvidarse casi por completo de Martín, ¡por fin!

Hasta antes de encontrar a Óscar en el cortijo de Zuheros los recuerdos de aquel beso en la boda de Cristina la torturaron a menudo. Nunca antes se había sentido tan sola como durante aquella semana.

Su vida de soltera siempre le había gustado. Disfrutaba viviendo sola, teniendo su propio sueldo, yendo a sus clases de zumba en Córdoba y saliendo con sus amigos sin dar explicaciones a nadie; en definitiva, siendo dueña de su propia existencia. Sin embargo, tras aquel maldito beso se había dado cuenta de que quería algo más, necesitaba rellenar el hueco que había a su lado, ansiaba sentir el calor de un cuerpo que la arropara.

¡Se había sentido tan bien entre aquellos poderosos brazos! Porque Martín la había desarmado y, pillándola con la guardia baja, la dejó en la estacada haciéndola sentirse estúpida por colgarse de él en cuestión de minutos. Y lo peor de todo es que llegó a creer que el sentimiento era mutuo.

Si es que no se puede ser más patética.

Pero todo eso acabó. Gracias a Óscar vuelve a ilusionarse con una cita. Martín ha conseguido que ahora se encuentre en modo búsqueda y el guardia civil le viene como anillo al dedo apareciendo en el momento oportuno.

Recordando su escultural cuerpo sonríe azorada, el hombre está para ponerle un piso, como diría su abuela.

La mañana pasa más lenta de la cuenta en el trabajo, las horas parecen no avanzar hacia el mediodía. Su compañera, Charo, la ve inquieta y se acerca a su mesa.

—Niña, ¿qué te pasa hoy que no paras de morder el boli? ¿A ti no te enseñaron que el plástico no se come? A ver, cuéntale a la Charo lo que está pasando por esa preciosa cabecita tuya.

Charo es una mujer simpatiquísima, redondita y sin complejos. Es la persona más feliz de la oficina y puede que de una superficie mayor del planeta. Tiene un marido, Tomás, que la adora y que trabaja como

guardia jurado en el mismo edificio que ella, de modo que a menudo se deja caer por allí, porque no puede pasar demasiado tiempo sin verla.

Es curiosa esta pareja, él tan alto y fornido y ella tan pequeña y rellenita. Llevan quince años casados y tienen tres hijos. Tomás parece poco hablador y serio para quienes no lo conocen, pero cuando está junto a su mujer se transforma en un gigante risueño y elocuente que sorprende a todos con sus chistes, parece un saco sin fondo de chascarrillos, nunca repite uno. Le encanta hacer reír a su mujer, pues ésta se ríe de manera escandalosa y con todo su cuerpo; para ella su marido es el hombre más gracioso sobre la faz de la tierra. Y no anda muy desencaminada.

A Paula la han invitado alguna que otra vez a su casa y da fe de que en aquel hogar se respira alegría por todos los rincones, hasta los hijos son risueños y chistosos. Es un buen chute de felicidad lo que se lleva de vuelta consigo cuando les hace una visita, además de unos cuantos gramos de más en sus carnes, porque en aquella casa se sirven raciones de comida dignas de un ejército vikingo tras una incursión de saqueo en costas británicas.

Paula mira a su compañera y, cuando se da cuenta de que la observa esperando respuesta a la pregunta sobre su estado de ánimo, dice sin poder disimular una sonrisita:

—Es que he quedado esta tarde con alguien para tomar un café.

Charo se sienta en el pico de la mesa de su compañera.

—¿El mismo por el que has estado suspirando desde que volviste de la boda de tu amiga?

—No, ese es agua pasada —dice Paula rotunda, se le ha borrado la sonrisa de la cara.

Charo la mira divertida entrecerrando los ojillos.

—Entonces hay un hombre por ahí que te ha invitado a salir ¿no? Ya me parecía a mí que estabas tardando tú en darte una alegría, con lo guapísima que eres. Ya era raro que a este *solete* —dice zarandeándola por la barbilla— nadie le hubiera entrado antes. Sé de un concejal que se va a llevar un disgusto, pero mira, que se hubiese espabilado.

Charo se echa a reír con una cantarina carcajada que le hace convulsionar todo el cuerpo.

Su marido debe de haberla oído, porque al poco aparece por allí.

—¿De qué se ríe mi reina mora? Ha pasado por la puerta el productor del Hormiguero y me ha preguntado por la dueña de esa risa, quiere invitarte como público a su programa.

El carcajeo de su mujer vuelve a llenar toda la oficina.

—La niña, que ha quedado con un muchacho esta tarde —le dice a su marido.

—Ay, se nos hacen mayores —dice Tomás dándole a su mujer un abrazo y un beso en la coronilla mientras mira a Paula de forma paternal—. Cuando nos queramos dar cuenta se nos han ido de casa.

—Es que nuestra Paulita vale mucho —dice Charo pellizcándole a ésta la mejilla.

—Al final vais a hacer que me ponga colorada. Es sólo un viejo amigo del instituto.

—Uy, uy, uy ¿un amor de juventud? —pregunta con guasa su compañera.

Paula le lanza el capuchón del boli que andaba mordisqueando mientras le dice con una sonrisa que indica todo lo contrario:

—No. Y cállate ya. Sólo voy a tomar un café con él y vamos a hablar de cuando éramos adolescentes, nada más.

—Claro… hablar —vuelve a reír Charo.

Tras un rato en el que el matrimonio no da tregua a Paula, Tomás se separa de su mujer con un beso en los labios y, ajustándose la porra al cinto, se despide:

—Reina, me voy, que se me cuelan los delincuentes en el edificio, no vaya a ser que se lleven los cuadros de escenas de caza y me toque pintarlos para disimular el robo. Ya sabes que a mí no se me da bien ni dibujar un emoticono y no creo que cuele. —Y adoptando de nuevo el dramatizado tono patriarcal se dirige a Paula—. Niña y tú a ver qué haces con el maromo ése. Como se propase contigo voy a tener que sacar la porra a pasear por primera vez en mi vida.

—Pues lo llevas claro porque él te gana con su pistola —Paula acaba de dejar boquiabiertos y ojipláticos a sus interlocutores, por lo que tiene que aclarar—, es que es guardia civil.

La risa de Charo se vuelve a escuchar en todo el edificio, a estas alturas ya se deben de haber enterado todos los funcionarios de esta oficina y la contigua con quién va a salir la nueva.

Terminada su jornada laboral, Paula se va a comer a casa. En un rato vendrá Óscar a buscarla, tal vez le dé tiempo de echarse una siestecita.

Pero, aunque lo intenta, no consigue pegar ojo en el sofá tras el almuerzo, ni siquiera poniéndose un documental sobre romanos de Mary Beard. ¿Demasiado interesante el documental o demasiado nerviosa ella?

No quiere arreglarse en exceso, con la ropa de ir a trabajar va más que bien. Es sólo un café o una caña lo que tomarán, así que se arregla un poco el pelo, se repasa los labios y se perfila los ojos sin excesos.

A las siete en punto suena el timbre de su puerta, ni un minuto antes ni uno después. Ayer le envió a Óscar la ubicación de su casa a través del móvil. Aquella puntualidad hace gracia a Paula, ¿habrá esperado en la puerta para llamar a la hora exacta?

Al abrir se topa con un Óscar que la mira con tal intensidad que se queda parada sin poder articular palabra. Está tremendo con unos simples pantalones negros y una camisa vaquera remangada por debajo del codo que no puede esconder su tremenda musculatura, las prendas se ajustan a su escultural cuerpo a la perfección. Sin duda ese hombre debe de vestirse en tiendas de ropa a medida.

—Ni un inglés habría llegado con tanta exactitud —logra decir Paula mientras parpadea repetidamente para salir de su embobamiento.

—Soy un hombre de palabra que siempre cumple lo que dice. —Su sonrisa seductora la desarma—. ¿Vamos?

Paula afirma con la cabeza y sonríe nerviosa. Coge el bolso y la chaqueta que tiene colgados en un perchero junto a la puerta y, aprovechando que él no la ve, abre los ojos y descuelga la boca en una divertida y muda expresión de asombro. Antes de volver a aparecer frente a él ha logrado relajar el rostro disimulando sus agitados pensamientos.

—Lista —dice cerrando la puerta tras de sí.

Óscar no le quita ojo y empieza a ponerse nerviosa.

—¿Miras así siempre a todas las personas sospechosas? No me extraña que confiesen.

—Sólo a las guapas —se ríe el guardia civil.

Paula trata de dar un empujoncito con el hombro a Óscar, pero rebota contra él y es impulsada en dirección contraria con igual intensidad, no ha calculado su robustez y éste apenas se desplaza. «*Vaya, es como si hubiera chocado contra un muro*», piensa mientras se frota disimuladamente el brazo.

Él la observa divertido, esa chica es un libro abierto, su cara lo refleja todo y eso le gusta, no ve maldad en ella.

Aunque el pueblo no es una gran urbe, Paula no vive en el centro y Óscar ofrece su coche para poder acercarse un poco más a la zona de bares y cafeterías. Sabe de un sitio céntrico en el que, tirando de influencias, puede aparcar sin que lo multen. De algo tiene que servir pertenecer al cuerpo, pero no quiere alardear demasiado de ello.

Se dirigen a la terraza de un bar situada en una bonita plaza donde se piden un café y hablan recordando viejos tiempos. Cuando están a punto de pedir la cuenta, Paula ve acercarse hacia ellos a su compañera de trabajo, Charo, de la mano de su marido, Tomás.

No da crédito, ¿vienen a cotillear quién es su acompañante? Porque su compañera es muy capaz. En la oficina a la mañana siguiente le cantará las cuarenta. Pero no puede dejar de sonreír a la que considera su mejor amiga en el pueblo.

Tras saludarlos y presentárselos a Óscar, se quedan charlando un rato en su mesa hasta que llega el camarero y les pregunta qué van a

tomar. En ese momento se levantan y se disculpan, sólo estaban dando un paseo, no pretendían sentarse ni interrumpir la cita de Paula. Pero antes de despedirse, mientras Óscar da la mano a Tomás y éste le cuenta alguno de sus chistes, Charo guiña el ojo a su compañera y, apartándola un poco de los hombres, le habla disimuladamente.

—Vaya pedazo de maromo. Es más fuerte que mi Tomás. Tú no te conformabas con uno normalito ¿no? Por Dios, si parece que le van a explotar los bíceps y los pectorales. Señor, Señor.

Hace reír a Paula, que no sabe cómo justificar su risa ante las miradas curiosas de los dos hombres. Tiene que dejar que Charo de una absurda explicación que ella avala para poder aparcar el tema. Por supuesto nadie se traga nada, pero lo dejan correr, porque lo que quiera que sea probablemente va a ser bochornoso para todos.

A Óscar le ha caído muy bien aquella pareja y le alegra saber que Paula se rodea de personas así de sanas y positivas. Por unos minutos ha conseguido relajarse delante de gente extraña, sin necesidad de tener que mantener la imagen de tipo serio que suele dar ante los desconocidos. Nunca se sabe qué intenciones traen los demás.

Desde que ingresó en el cuerpo de la Guardia Civil se relaciona casi exclusivamente con compañeros, salvo un par de amigos de juventud y algunos más del gimnasio al que va casi a diario, pero en general con gente afín a él. Con ellos puede sentirse seguro sin tener que mantenerse alerta, todos cuidan de todos.

No es que sea un tipo desconfiado, pero en sus años de servicio ha visto de todo y cree empezar a distinguir a las personas. Y está claro que aquella pareja amiga de Paula no tiene maldad, a eso se refiere cuando las cataloga de gente sana.

Por supuesto Paula también es honesta y le gustaría que no tuviera que enfrentarse nunca a la crueldad que a menudo emponzoña la convivencia pacífica de los ciudadanos. Para eso está él allí. Personas como Paula y sus amigos le hacen reafirmarse en su convicción de que merece la pena luchar por ellos.

Pagan los cafés y dan un pequeño paseo por el pueblo sin dejar de contarse sus vidas, pero ya ellos dos solos. La aparición de Charo y Tomás les da para un buen rato de conversación, así como también el hijo de Óscar o su nula relación con su ex.

Paula le habla de su poco emocionante trabajo, soportado gracias a la presencia de algunas compañeras y sobre todo de la mujer que acaba de presentarle; también de sus clases de zumba y sus salidas casi sagradas por Córdoba con sus amigas.

Por supuesto le habla de Sofía, su amiga inseparable de la adolescencia con la que cuchicheaba y reía cada vez que lo veían pasar por el recreo. Y él la recuerda perfectamente, se había fijado en ellas dos desde el principio, de no haber tenido novia por aquel

entonces otro gallo habría cantado, dice.

Conversan sobre los años de instituto, conocidos comunes, compañeros de trabajo… Y pasando junto a la famosa casa de los azulejos de Montilla, Paula propone entrar en un pub a tomar una cerveza. Se acerca la hora de ir a casa a cenar, al día siguiente hay que trabajar, pero aún es pronto y pueden alargar un poco más la buena compañía y la conversación. Óscar no lo duda, se lo está pasando muy bien con ella.

La cerveza se convierte en un par de rondas y al salir del pub es Óscar quien propone tapear algo por Montilla. De modo que la velada se alarga hasta algo más de las once de la noche, momento en el que Paula dice:

—Creo que no debería abusar más de ti y dejarte marchar. Te queda aún un trecho en coche y no quiero que la fatiga te juegue una mala pasada al volante. Además, llevamos ya varias cervezas en el cuerpo, a ver si vas a tener problemas con la guardia civil.

Esto último lo dice con retintín.

—La verdad es que me perviertes —dice Óscar con una sensual sonrisa—. Voy a tener que apartarme de tan mala influencia.

—Oye, que aquí nadie te ha apuntado con un arma para que te las bebieras —se hace ella la ofendida.

—Según a qué llames tú arma. ¿Las de mujer no cuentan?

Paula baja los ojos y se sonroja al sentir que Óscar se pone demasiado intenso. No quiere que él piense que es una chica facilona que se insinúa al primero con el que sale. En esta primera cita lo ha pasado muy bien, pero tendría que conocerlo mejor para pensarse si dar algún paso más.

Físicamente Óscar es un pecado, pero aún no ha conectado totalmente con él. La seguridad que emana de todo su cuerpo y el escrutinio al que la somete con la mirada, a veces la bloquean haciendo que no logre separar la persona que él es de la profesión que ejerce. Pero a diferencia de lo que le ocurrió con su compañero, aquel guardia civil tan antipático, Óscar no la juzga, sólo la escudriña.

¿Qué pensará de ella? Esa misma forma de mirar notó que había empleado con sus amigos, Charo y Tomás. Debe de ser deformación profesional, piensa, así que no le da más vueltas al asunto.

Sin embargo, su insinuación acerca de las armas de mujer dice muchas cosas, entre otras que ella lo está seduciendo, que no deja de ser verdad en cierto sentido. Pero eso no significa que busque ya algo con él, se justifica mentalmente, para ella únicamente se trata de un hombre al que no le importaría conocer un poco más.

Óscar, percibiendo su rubor, inmediatamente añade:

—Pero tienes razón, te acerco a tu casa y me voy antes de que se me haga demasiado tarde, que mañana hay que levantarse temprano

para ir a trabajar.

Paula agradece aquella diligencia, Óscar controla la situación sin que ella tenga que molestarse en hacer nada, se adelanta a sus deseos e inquietudes. Con él es tan fácil y cómodo dejarse llevar.

Se dirigen al coche, que no anda aparcado lejos. Y aunque al principio Paula se niega a que la lleve a casa, tiene que ceder. La determinación de Óscar es inquebrantable, la llevará de todos modos porque tiene claro que quiere alagar unos minutos más su compañía. Aunque la excusa que alegue sea la de la hora tardía.

Tras aparcar frente a su puerta, él se desabrocha el cinturón. Paula lo imita y cuando va a darle las gracias por llevarla hasta su casa y por lo bien que lo ha pasado esta tarde, queda momentáneamente muda al ver cómo Óscar se acerca a ella desde su asiento, y le pregunta desde muy cerca:

—¿Puedo besarte?

Ella asiente despacio, está hipnotizada, el cuerpo de aquel hombre tiene un magnetismo difícil de rechazar que desarma la poca seguridad que le queda.

Nota cómo Óscar le pasa suavemente la mano por detrás de la nuca y la atrae para besarla. Ella no puede más que dejarse hacer. Se inclina hacia él y se apoya en su robusto brazo, permitiéndose tomar medidas de su envergadura y rigidez acariciándolo hasta el hombro. Aquella dureza contrasta con la calidez que desprenden sus músculos, la lógica sugiere que esa solidez se corresponda con una fría roca, pero Óscar emana calor, mucho calor.

Sus labios se unen en un contenido y templado beso. Vaya, ese hombre no besa nada mal.

Cuando por fin se separan, se miran unos segundos a los ojos hasta que Paula logra decir:

—Gracias por acercarme a casa Óscar, lo he pasado muy bien contigo.

Va a abrir la puerta cuando él la retiene un segundo.

—Espera Paula. Yo también lo he pasado bien y quiero volver a verte otro día, pero esta vez me gustaría invitarte a cenar. ¿Te apetece?

Claro que le apetece, pero tiene que tomar cierta distancia para analizar lo que quiere con aquel hombre. Tal vez una segunda cita la ayude a aclararse, pero… ¿una cena?

—Por favor, di que sí —ruega Óscar, y por primera vez nota cierta inseguridad en el tono de su voz al ver que ella no responde de inmediato.

—Vale —dice finalmente Paula sin darle muchas vueltas más, lo cierto es que le apetece y no ve ningún impedimento.

Óscar vuelve a retomar su seguridad y, con una amplia sonrisa de

satisfacción, fija:

—Entonces resérvame el sábado. A las ocho te recojo aquí en tu casa.

—De acuerdo —dice Paula al salir del coche, y cerrando la puerta se despide de él con la mano—. Hasta el sábado a las ocho.

Antes de arrancar de nuevo, Óscar se cerciora de que Paula entra en su vivienda.

«*Ni que me fuera a pasar algo en los diez pasos que hay del coche a mi casa*», piensa ella con una amplia sonrisa en los labios.

8. Casualidad o no

A Paula y a Germán les ha encantado la obra.

Se trata de un espectáculo de danza contemporánea muy original, en la que seis bailarines pretenden hacer llegar al público un mensaje muy actual: "El concepto de hombre, desde el punto de vista machista, está obsoleto".

Este viernes Germán ha adelantado la clase de zumba para que a él y a Paula les diera tiempo de ducharse y arreglarse para ir al teatro a ver la obra.

Se han puesto guapos, pero no elegantes. Germán viste unos Dockers anaranjados y camisa azul oscura ajustada, lo justo para dejar entrever su escultural cuerpo, y Paula un vestido midi negro con estampado de florecillas, unos botines tobilleros y su chaquetilla motera de cuero negra.

Esta noche ella se quedará a dormir en casa de Germán. Ha venido en autobús desde Montilla para poder salir a tomar algo tras el espectáculo y no tener la tentación de volver tarde en coche a su casa después de haber bebido.

Espera que Germán no le haga una de las suyas desapareciendo, como ocurre a veces. Se pegará a él como una lapa, aunque eso suponga para su profesor de zumba no poder ligar en toda la noche, pero bueno, ella tampoco va a pillar cacho con él al lado. Claro que, como ya tiene una cita el sábado para cenar con Óscar, tampoco está en modo búsqueda.

Ahora Paula se alegra de haber contribuido a la difusión de aquel espectáculo, aunque sólo sea un poquito, colocando en su muro de Facebook el cartel de esta obra con sus horarios. Ha sido todo un acierto venir a verlo.

Así lo comentan cerca de la salida del teatro cuando de pronto Paula tiene que parpadear para confirmar lo que ven sus ojos. A pocos metros de ellos, en el hall del teatro, está Martín, el chico tan atractivo con el que se besó en la boda.

Al principio ella no puede dejar de mirarlo, está tan guapo con aquellos chinos de color beis y aquella cazadora marrón con camisa a cuadros debajo. Se ha acordado demasiado de él estas dos últimas semanas, o al menos hasta el día en el que se topó con Oscar y quedó con él unos días después para tomar una cerveza, que terminaron

siendo varias y una cena improvisada a base de tapas por Montilla. El guardia civil consiguió arrastrar hasta un rincón apartado de su mente aquel mítico beso de la boda.

Hasta ahora.

Desvía la mirada y reza para que Martín no la haya descubierto. No le apetece reabrir aquel arañazo que le causó verlo marcharse de la fiesta con su exnovia minutos después de haber estado besándola a ella.

Pero ya es tarde, Martín la ha visto y se dirige directo hacia donde ellos están.

—Hola Paula, hola Germán —dice muy sonriente.

—¡Hombre! —exclama Germán sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí, guapísimo?

Martín va a darle la mano, pero Germán pasa de ella y le recibe con los brazos abiertos estampándole dos sonoros besos y un achuchón. ¿Es que no ha visto la obra o qué?

Y, claro, Paula y él tienen que darse dos besos también. Mientras lo hacen ella vuelve a percibir aquel aroma que no ha olvidado.

No sabe qué cara poner, le ha pillado por sorpresa su presencia en el teatro.

—No sabía que te gustara la danza —dice ella por hablar de algo.

—La verdad es que es la primera vez que vengo a un espectáculo de este tipo —confiesa Martín sin dejar de mirarla sonriente, parece realmente feliz.

—¿Y qué? ¿Te ha gustado? —pregunta Germán interesado en la opinión de aquel hombretón.

—Sí, he silbado al final y todo —dice con cierto punto de emoción —. Da que pensar, eso seguro. Me ha sorprendido gratamente, la verdad. Tendré que venir a más espectáculos de danza. Y, en general, más al teatro.

Sigue dando su opinión sobre la obra y Germán parece maravillado con su presencia. Contrasta con la expresión sombría de Paula que trata de disimularla mirando a todos lados, como quien busca a alguien.

—¿Has venido acompañado? —pregunta Germán a Martín haciendo que Paula se interese por la respuesta.

—No, he venido solo —contesta él, interceptando la mirada de ella.

Paula desvía rápidamente la vista hacia otro lado.

—Íbamos a ir a tomar algo, ¿te apuntas? —dice Germán.

Ella abre mucho los ojos, como si quisiera lanzar rayos a través de ellos a su amigo. ¿Cómo se atreve a invitarlo sin preguntarle a ella primero?

Pero claro, él qué sabe, Paula no le ha contado a nadie lo sucedido en la boda de su amiga Cristina.

Martín no se hace de rogar y acepta encantado la invitación.

En la barra de una taberna con fama de hacer buena cocina toman unas cervezas con tapas. Tras el picoteo se dirigen a un bar más céntrico, uno que les gusta a Paula y a Germán, en el que suele haber música en directo. Tienen costumbre de terminar allí los "viernes de cerveza" tras la clase de zumba.

Se trata de un pequeño local alargado, medio en penumbra, con escasas mesas y un escenario encajonado al fondo, en la parte más estrecha, que es la zona más iluminada. La barra es casi tan larga como el bar, tras ella la luz parece ascender desde el suelo dando un inquietante aspecto al camarero. Dispone de numerosos taburetes a lo largo de ella, entre los que es difícil encontrar uno libre.

El camarero reconoce a Paula y a Germán. En esta ocasión van mejor vestidos, y les hace saber que su atuendo es más apropiado para el tipo de música que están tocando en directo en ese momento.

Sobre el pequeño escenario del fondo un muchacho elegante y apuesto canta tangos con una melodiosa y grave voz mientras otro músico lo acompaña rasgando la guitarra. Deben de ser argentinos, por el acento del cantante y por el género musical elegido.

Se sientan en una de las pequeñas mesas y el camarero les trae en seguida las bebidas.

Durante toda la noche Paula ha estado bastante callada y poco participativa, la música le da una excusa para desconectar de sus dos acompañantes, pero ellos no se lo van a poner fácil.

—Paulita, amor, ¿qué te pasa esta noche? —le pregunta Germán.

—¿A mí? Nada, ¿por?

—Porque no hablas apenas, corazón —y dirigiéndose a Martín le pregunta—. ¿A que no?

—La verdad es que en la boda eras más dicharachera —dice Martín mirándola con una sonrisa.

Ella no se la devuelve y en seguida aparta la mirada de él para dirigirla hacia el cantante.

—Es que este chico canta muy bien y está como un tren —dice haciéndose la ausente.

Le da un trago a su copa y sonríe levemente. Siente la mirada seria de Martín clavada en ella, pero no aparta la suya del cantante.

Entonces escucha hablar a Germán.

—Es verdad, está rebueno. Pero, guapi, me da a mí que éste, con toda esa elegancia, es de los míos.

A Paula se le borra la leve sonrisa y para colmo tiene que escuchar la risita de Martín. Por la noche asfixiará con un cojín a su profesor de zumba cuando se quede dormido.

Tras apurar la primera ronda, Germán se levanta sin previo aviso para ir a pedir otra a la barra. A Paula no le da tiempo de decir que

ella también va, no quiere quedarse a solas con Martín, pero tiene que permanecer donde está, aquel ya se ha escabullido entre la gente.

Un incómodo silencio se instala entre los dos. Para colmo, en ese momento ha acabado la canción, entonces él aprovecha para hablar:

—Paula, supongo que estás así conmigo por haberme largado de la boda sin decirte nada, pero no tuve más remedio.

Paula calla tensa.

—Como no volvías del baño, no pude hacer otra cosa —dice él haciendo que ella evoque la escena en el aseo con las dos cotorras que no paraban de repasar a los invitados—. De todas formas, le pedí a Rubén encarecidamente que te lo dijera.

—No hizo falta, te vi marcharte con tu ex.

—Pero le dije que te explicara que me iba a llevar a Bea a su casa porque estaba borracha.

—Rubén estaba como una cuba también y no se acordaba ni de su nombre cuando me despedí de él —dice Paula con desdén.

—¿Entonces no te dijo que yo iba a volver en seguida? —pregunta preocupado Martín.

—No —responde Paula incrédula.

—¡Mierda! —Martín parece realmente afectado—. Te juro que volví a la boda derrapando. Casi me arrolla el microbús que se llevaba a algunos invitados de la fiesta. Cuando pasé despacio junto a él al torcer en el cruce, miré por si tú ibas dentro, pero no te vi.

Paula recuerda aquel frenazo que hizo que se le cayera el bolso. Se había agachado para recogerlo y cuando el autobús arrancó de nuevo había quedado atrapada entre los asientos de aquella ridícula manera. ¿Sería entonces cuando pasó Martín y no la vio?

Ahora comienza a dudar. Su expresión se suaviza.

—Cuando vuelvan del viaje de novios voy a despellejar a Rubén —dice Martín con rabia contenida—. Al llegar de nuevo a la fiesta estaba Germán metiéndolo en el coche, se lo llevaban él y Cristina a dormir la mona. Cuando me di cuenta de que no estabas allí, ya era tarde y no pude pedir tu teléfono a nadie. He estado llamando a Rubén a Canadá y Estados Unidos a lo largo de estas dos semanas, pero no me ha cogido el teléfono el muy tacaño. No sabes lo que me ha costado encontrarte.

Ahora Paula lo mira de frente, empieza a creer lo que él le cuenta, al menos coincide con la versión de Germán acerca del final de la fiesta, cuando se llevaron al novio. Pero aún sigue un poco resentida por lo mal que lo ha pasado estas dos semanas atrás.

—Entonces, ¿esto no ha sido un encuentro casual? —pregunta Paula.

—Qué va. Cuando ya pensaba que no volvería a saber de ti hasta que los novios volvieran del viaje, se me ocurrió buscarte en las redes.

A través de Rubén entré en el Facebook de Cristina e investigué todas las Paulas que tenía de amigas. Erais tres. Una subía fotos suyas ante el espejo con todo tipo de modelitos. Otra, imágenes de la Feria y El Rocío. Y la tercera apenas subía fotos, sólo algunas de paisajes, detalles urbanos, telas o confecciones variadas y algunos eventos. Descarté las dos primeras y aposté por la tercera, aunque no salieras en ninguna.

Paula lo mira alucinada.

—La de sitios a los que he ido, madre mía —continúa Martín, meneando la cabeza—. Seguí cada publicación que hacías en tu muro y no desistí hasta encontrarte.

—¿Y a qué sitios has ido? —pregunta Paula curiosa.

—Pues a todos los que anunciabas en Facebook —Martín comienza a enumerar levantando un dedo cada vez—. A la inauguración de una exposición de pintura. Al concierto de un grupo de rock en un pueblo perdido entre Córdoba y Jaén. El miércoles pasado me fui a Madrid en AVE a la presentación de un libro a la que asistieron apenas cinco personas, incluido yo. ¡Ah! Y a una charla sobre micromachismos en la Universidad de Córdoba, además de a este último espectáculo.

Paula se lleva las manos a la boca sonriendo avergonzada. Todos esos eventos los ha colgado ella en su muro a lo largo de estas dos semanas y a ninguno ha asistido.

—¡Tú estás loco! —dice alucinada.

—Reconozco que con este espectáculo de danza estuve a punto de darme por vencido y no venir, porque sabía que los novios regresaban a comienzos de la semana que viene. Pero me alegro de haber acudido porque por fin te encontré. Además, éste y el concierto de rock, han sido los eventos que más me han gustado.

Ahora Paula sonríe abiertamente mirándolo con los codos en la mesa y la barbilla apoyada en el puño. Se miran en silencio unos segundos, hasta que Paula habla.

—Pobrecito, tú buscándome todo este tiempo y yo odiándote e intentando olvidarme de ti.

No quiere decirle que incluso ha ligado con un guardia civil bastante cachas que le trae recuerdos de su adolescencia.

Pero al pensar en Óscar se acuerda de que ha vuelto a quedar con él, y de pronto se siente incómoda. Tiene la sensación como de estar engañándolos a ambos. Pero ¿por qué? No le debe explicaciones a ninguno de los dos. No pertenece a nadie, puede besar a quien le dé la gana. Alguna ventaja tiene que tener la soltería ¿no?

El martes anterior, cuando quedó con el guardia civil, tras las cervezas y las tapas, él se ofreció para llevarla en coche hasta su casa. Antes de arrancar para marcharse se atrevió a besarla. Había sido tan respetuoso con ella que hasta le había pedido permiso para hacerlo.

Paula se había apoyado en su brazo al inclinarse hacia él notando su recia musculatura bajo la camisa.

Había sentido una poderosa atracción animal hacia Óscar aquella noche. Pero a pesar del tiempo que lleva sin acostarse con un hombre, no quiso invitarle a entrar cuando llegaron a su casa casa, ¿por qué no lo habría hecho?

Tal vez la respuesta la tenga delante, en este bar oscuro con la música de tango sonando en directo. Aún no había olvidado el otro beso, el de este chico que tiene ahora en frente y que le había susurrado su nombre en los labios. El que le había hecho florecer un sentimiento que desconocía, provocando una tormenta en su interior. El mismo que minutos después la había decepcionado dejándola en un estado catatónico, del que salió con esfuerzo y empeño ella sola.

No quiso contarle a nadie lo sucedido, aquel chasco era sólo suyo.

Por eso cuando Óscar la besó, las aguas aún andaban revueltas y ella no pudo abrirse del todo. La atracción física era otra cosa. En cualquier otro momento no habría dudado en invitar a Óscar a pasar la noche en su casa, pero por aquel entonces se sentía vulnerable y confusa. ¿Y si se hacía un lío con los sentimientos? Al fin y al cabo, eso de sentir era algo nuevo para ella.

La voz de Martín la devuelve al presente:

—Me torturaba pensando que alguien como tú no permanecería libre mucho tiempo.

—Ahí te equivocas, Martín. Libre voy a seguir siéndolo siempre —dice Paula sin acritud.

Él la mira intensamente, le maravilla la fuerza que emana del interior de aquella chica.

—Pues a mí me encantaría que fueras mía —dice, apoyando los codos en la mesa frente a ella, observándola aún más de cerca.

—Puedo ser de quien yo quiera por voluntad propia, sin dejar de ser libre, porque sea yo quien elija. —Ella le sostiene la mirada.

Ambos se contemplan a dos palmos de distancia, con la mesa como un gran océano que se interpone entre ellos.

La canción ha terminado de nuevo.

Sus respiraciones son más agitadas de la cuenta para estar tan quietos. Entablan todo un diálogo con los ojos. Si la distancia entre los dos se reduce un solo milímetro más, se activará el campo magnético que existe entre sus bocas y aquella mesa dejará de ser un obstáculo.

En ese momento aparecen entre ellos tres cervezas y escuchan la voz de Germán que dice:

—Bueno, ¿qué? ¿Ya lo habéis solucionado? Porque llevo en la barra un rato y me he bebido una ronda allí solo. Lo siento, no quería interrumpir, pero como os he visto sonreír he supuesto que ya estaba todo arreglado o al menos en punto muerto. Ahora bebed conmigo

que tengo la garganta seca de rajar con mi amigo el camarero.

Paula sonríe ruborizada y mira de soslayo a Martín que también sonríe con el comentario de Germán.

Los tres brindan en alto con sus cervezas y disfrutan del final del concierto. El resto de la noche chusmean[2] sin abusar del alcohol, es más divertido controlar que sobrepasar el límite.

El último bar que visitan tiene un Cadillac empotrado en el techo y en él se suele escuchar buena música, a veces incluso en directo. Allí pueden bailar otro estilo musical que nada tiene que ver con el de las clases de zumba ni con el concierto que acaban de disfrutar. En este bar se pincha rock clásico. A Martín y a Paula les encanta, no así a Germán que aguanta un tiempo antes de desaparecer sin avisar.

Tras un par de rondas y bailar durante un buen rato, se percatan de que el profesor de zumba se ha largado y no ha vuelto.

Lo buscan fuera del local y no hallan rastro de él. Tampoco coge el teléfono ni responde a los mensajes que Paula le deja; algunos intimidantes, cierto, casi constitutivos de delito por amenazas graves.

Al principio no lo han notado porque es una práctica habitual en Germán, suele largarse sin decir nada y al rato aparece. Pero a veces no lo hace, como esta vez; todo depende de con quién se encuentre por el camino.

Por eso Paula teme salir sola con él, porque en ocasiones le hace estas jugarretas.

Pero hoy está bien acompañada y por eso no se ha dado cuenta de que su amigo lo ha vuelto a hacer hasta que ha pasado cerca de una hora.

Empieza a ser tarde y el problema es que ella tiene que quedarse en casa de Germán a dormir y no tiene la llave. Ha dejado su coche en Montilla y ha venido en autobús para evitar así la tentación de cogerlo tras haber bebido. No le queda más remedio que ir a casa de Germán. Pero ¿dónde se habrá metido el condenado?

9. Buenas noches

Fuera del local Martín nota un poco nerviosa a Paula.

—No te preocupes, no vas a dormir en la calle. Te acompaño a su casa y si no está, tengo reservado un hotel… Pero te llevo a la tuya en Montilla si hace falta —añade inmediatamente.

—Ya, pero tú también has bebido —dice Paula omitiendo deliberadamente la opción del hotel—. De todas formas, antes o después tiene que aparecer Germán.

—Puedo conducir perfectamente, pero si no te fías lo esperamos juntos.

—Sí, prefiero esperarlo, tengo mis cosas en su casa.

Martín asiente. Queda un rato callado, la mira con firmeza y le dice:

—Paula, ¿te puedo invitar mañana a comer? Por la tarde podríamos ir al cine a ver una película aquí en Córdoba, ¿te apetece?

—Es que… no puedo —dice ella con ciertas dudas.

—¿Por qué no?

—Porque… me han invitado a cenar mañana sábado y tengo que pasar por mi casa antes a vestirme —dice un poco cortada.

—¿A qué hora has quedado? —pregunta Martín intentando ayudar a resolver sus problemas de agenda.

—Óscar dijo que me recogería a las ocho, pero necesito una hora para arreglarme, además tengo que contar con lo que tarda el autobús en llegar hasta mi casa.

—¿Óscar? —pregunta sorprendido—. ¿Es… una cita?

—Sí —dice Paula con remordimiento.

—Mierda. Lo sabía, tardé demasiado en encontrarte —dice Martín casi en un susurro mirando al suelo. Se frota la nuca con una mano y le pregunta—. ¿Estás… con él?

La mira sin pestañear y los dos segundos que tarda ella en contestar le resultan eternos.

—No, bueno, sólo hemos salido una vez esta semana a tomar unas cervezas. Y me propuso cenar el sábado —dice Paula observando su reacción.

—No vayas —casi le suplica él.

—Lo siento, Martín, ya he quedado —dice ella firme.

Martín se queda serio mirándola, parece preocupado. De pronto le

dice en un arrebato:

—Deja que te invite a comer mañana.

—Pero Martín…

—Por favor, por favor —le corta él antes de recibir una negativa por respuesta—. Te prometo que a las seis estarás en tu casa, yo te llevo.

No es normal que le inviten dos chicos el mismo día, uno a comer y otro a cenar. Paula duda.

—¿Por qué no lo dejamos para otro día?

—No, tiene que ser mañana —dice él tajante.

—¿Por qué?

—Porque no quiero darle tanta ventaja. Y si aún no estás con él, no es tarde para mí.

Paula se emociona, pero ahora tiene en la cabeza también a Óscar, debe pensarse bien lo que quiere hacer. Martín le gusta mucho, tal vez demasiado, pero debe aclarar sus ideas con respecto a Óscar; con los dos.

De Óscar sabe que es bastante formal, que está separado y que tiene un hijo pequeño. Para ella eso no supone ningún problema, además se lo pasó muy bien con él el martes de cañas, es bastante seductor y le hace sentir como si no existiera nadie más en el mundo.

Tiene un exceso de seguridad que no sabe si le gustaba o no. Por un lado, con él siente que todo está controlado, pero por otro la hace dudar hasta de sus propias decisiones. Siente hacia él cierta atracción animal, física, de la que a veces se avergüenza. Y su pasado común durante la adolescencia tiene también su peso.

Por otra parte, Martín es más racional. Muestra mucho interés en todo lo que ella le cuenta. Parece atento a cada gesto suyo. Es guapísimo y elegante, lo que provoca cierto recelo en ella. Siempre ha pensado que los chicos guapos son vanidosos y egoístas, aunque lo cierto es que Martín, hasta el momento, no le ha dado motivos que confirmen semejante teoría.

Además, él juega con ventaja, la ha besado primero y ha dejado huella, cosa que nadie ha hecho antes. Sin embargo, también está el miedo que siente al pensar en lo que podría hacer aquel chico con sus emociones. Será difícil olvidar el arañazo que sufrió por dentro al verlo alejarse agarrando la cintura de Bea tras la boda.

Enamorarse está bien, siempre y cuando sea recíproco ese sentimiento, pero creer no ser correspondido es demasiado doloroso, y ella lo experimentó todo el mismo día.

Paula no puede decir que no a la invitación de Martín para comer al día siguiente, la acepta, y la alegría que él le transmite compensa sus dudas.

Como ya es tarde y quiere marcharse a casa de Germán, Martín le

pide que le deje acompañarla para alargar un poco más su tiempo junto a ella. Además, es probable que tenga que esperar en el portal o en la escalera sola.

Paula mira los mensajes y vuelve a llamar a su amigo, pero este sigue sin dar señales ni responder. Probablemente se le haya agotado la batería del móvil o no pueda oírlo con la música del local en el que esté. En el mejor de los casos lo tendrá apagado para ir a dormir, pero esto último es poco probable en un animal nocturno como Germán.

Se dirigen a la casa en una agradable caminata pasando junto a las imponentes columnas del Templo Romano de Claudio Marcelo. Córdoba de noche es una ciudad muy animada, sobre todo en esta época del año en la que el calor empieza a hacer su aparición al mediodía, pero las noches son aún frescas y agradables.

En las zonas de marcha nocturna la gente se concentra en las puertas de los locales a chusmear y reír, fumando y tomándose su cerveza al fresco. Las plazas más turísticas, por el día plagadas de mesas de restaurantes con guiris degustando las típicas tapas cordobesas, quedan vacías a esas horas y se puede pasear por las calles aledañas casi sin gente.

En estos momentos Paula agradece la compañía de Martín, no le hace gracia andar sola a estas horas por ciertos lugares, a pesar de ser una ciudad bastante segura.

Por fin llegan al portal de la casa de Germán. Llaman al telefonillo de su piso y esperan. Nada. Vuelven a hacerlo y sigue sin contestar nadie al otro lado.

Como sospecha, Germán aún no ha vuelto de marcha. Le tocará esperar hasta que su anfitrión decida acordarse de que ella existe y mire su móvil.

De todas formas, no tiene prisa por entrar, le gusta la compañía, se encuentra muy a gusto con Martín y no tiene ganas de despedirse de él todavía.

Él tampoco parece querer irse, además no lo haría nunca dejándola allí sola.

Se sientan en el escalón de la entrada y siguen hablando en voz cada vez más baja. La puerta no es muy ancha, se encuentran muy cerca el uno del otro.

Ahora Paula se pregunta por qué Martín no habrá intentado besarla en toda la noche. Ha habido un par de ocasiones en las que le pareció que se lanzaría, pero no llegó a atreverse, tampoco ella.

Soñó días con esa boca devorándola, se torturó recordando aquellos minutos tan intensos en la boda y miró una y otra vez aquellas fotos que se sacaron en el photocall de la fiesta.

Tenerlo tan cerca ahora, hablándole con esa voz tan serena y grave, rozándole de vez en cuando la pierna con su rodilla, hace que Paula

no pueda resistirse. Se gira hacia él y, aprovechando una de las veces que la mira, se acerca un poco más y une sus labios a los suyos.

Martín le devuelve el beso sin dudar un segundo. Después de dos semanas de búsqueda, por fin la ha encontrado y no piensa dejarla escapar de nuevo. Además, ahora tiene competencia y no puede ir demasiado despacio, debe arriesgarse.

Lo ha cavilado mucho durante toda la noche y no se ha atrevido a lanzarse por miedo a ser rechazado por ir demasiado deprisa y por desconocer hasta dónde llega su relación con el otro tipo. Pero ahora es ella la que le acaba de besar, así que ya no hay dudas que valgan.

Paula le eriza la piel cuando lo roza con aquella boca jugosa. Siente un cosquilleo que le transporta a un estado de seminconsciencia que nunca antes ha apreciado con nadie y en el que sólo existen sus cuerpos unidos por aquel beso.

Se esmera en corresponderla de la mejor manera posible, y no debe de hacerlo mal porque escucha un ligero gemido emergiendo de su preciosa garganta. De pronto necesita morder su cuello, quiere oír una vez más ese sonido y lo busca por allí.

No tiene que esperar mucho, ella le ofrece su garganta con los ojos cerrados. En cuanto un sonoro suspiro sale de ella, regresa de nuevo a su boca pasando por su barbilla, esa barbilla que lo vuelve loco. Paula es perfecta de frente y de perfil gracias a ella, a esa armonía que tiene con su nariz, sus pómulos y sus ojos. Los carnosos labios entreabiertos de Paula le invitan a seguir devorándolos, a seguir introduciendo la lengua en su boca buscando la suya.

Debe ir más despacio, le dice su consciencia, pero su instinto lo enloquece. Tiene que reprimirlo, ordenar a su cuerpo que se calme, aunque a ella no parezca importarle que quiera comérsela entera. La desea allí y ahora.

Se controla para no marcarla, sabe lo delicada que es la piel del cuello y lo fácil que resultaría dejarle su huella de un solo chupetón, pero no lo hace.

Paula está extasiada, nunca pensó que un beso pudiera llevarla tan al límite del deseo. Sus dedos se entierran en el pelo de Martín cuando éste roza con los dientes su garganta, no le importaría que siguiera besándola durante horas. Le da todo igual, incluso aunque fuese de día y la calle estuviera llena de transeúntes mirándolos, se olvidaría de la vergüenza. Desea seguir abrasándose con su boca.

De haber tenido la llave del piso o incluso sólo la del portal no sabe qué habría pasado. O, mejor dicho, sí lo sabe. Aquel chico consigue que pierda el norte.

Siente un zumbido dentro de su bolso. Quiere ignorar el dichoso teléfono, pero la vibración insiste, y ahora Martín también lo ha oído. Maldice mentalmente aquel aparato del demonio.

Se separan unos centímetros mirándose a los ojos y luego ella echa mano del bolso para sacar aquel corta-rollo. Debe contestar, seguramente sea Germán, estará preocupado, aunque ya ves la pena que le da.

—Germán, ¿qué pasa? —contesta Paula al descolgar la llamada, aún un poco turbada por aquel apocalíptico beso.

Martín la observa expectante, desea que Germán permanezca un rato más en la fiesta o bar en el que se encuentre para poder hacer él lo mismo con Paula, aunque estén en la calle.

No quiere separarse a pesar de haber quedado para comer al día siguiente. Si por él fuera permanecería despierto con ella toda la noche, hablando, besándose, allí mismo, sentados en aquel escalón, que en ese momento le parece el mejor sitio del mundo en el que estar.

—Sí, estoy con él. Estamos en la puerta de tu edificio —sigue diciendo ella.

Paula se ruboriza un momento al escuchar lo que quiera que le esté diciendo Germán, desvía la mirada de Martín y no sabe qué contestar, de modo que esboza una sonrisa avergonzada y le dice:

—Anda, cállate ya, Germán… Sí, no te preocupes… Hasta luego —y dirigiéndose a Martín—. Era Germán. —Vuelve a enrojecer, es evidente con quién ha hablado—. Dice que ahora viene, está de camino. Me ha insistido en que te pida que te quedes aquí conmigo mientras llega y no. Pero de verdad que no es necesario, Córdoba es bastante segura. Además, es tarde para ti.

—No pienso irme hasta ver las luces del piso encendidas —dice Martín sin dejar de mirarla.

Ella le sonríe, en el fondo se lo agradece, a pesar de lo dicho prefiere su compañía. Sin embargo, está algo cohibida. Después de haber hablado sin parar durante buena parte de la noche, ahora no sabe qué decir. Germán los ha cortado en mitad del beso y para colmo la ha hecho ruborizarse con sus desvergonzados comentarios, aunque sabe que es casi imposible que Martín los haya escuchado.

Pero no es necesario hablar, Martín le acaricia la cara y roza sus labios con el pulgar. El mero contacto con ellos le hace desearlos de nuevo. Se acerca y vuelve a besarlos, esta vez de forma más contenida.

Son conscientes de dónde se encuentran y de que pronto aparecerá el anfitrión de la casa en la que ella se alojará.

Ahora sus lenguas juegan sin invadir en exceso la boca del otro. Así permanecen durante mucho tiempo, tanto que no advierten la llegada de Germán. Sólo cuando escuchan sus pasos a pocos metros de ellos se separan un tanto turbados.

—Chicos, chicos, chicos. Si llego a ser un ladrón os podría haber desvalijado sin que os dierais cuenta —dice Germán—. ¡Por Dios, qué

pasión!

Martín y Paula, algo cortados, se levantan del escalón para dejarle abrir el portal. Aquel intruso les ha devuelto otra vez a la realidad. Con lo bien que estaban en su nube.

Mientras Germán introduce la llave, Paula le pregunta:

—¿Por qué nos abandonaste, traidor?

—Pues para que os pudierais morrear a gusto, bonita —dice él con desparpajo—. Os lo notaba en las caras, majetes. Y mira, se ve que ha funcionado.

Germán abre la puerta y, viendo que Martín se queda rezagado despidiéndose de Paula, le pregunta:

—¿Tú no subes?

—No —contesta Martín—. Es tarde y querréis acostaros ya.

—Pues por eso —dice Germán—. Os puedo dejar mi cama que es grande. Yo duermo en la pequeña, no me importa. Hoy vengo sin compañía, como veis.

Martín se queda sorprendido sin saber cómo responder a aquello y mira a Paula que se ha puesto colorada. Germán, sin embargo, queda tan pancho esperando la respuesta con la puerta abierta.

—Gracias, Germán. Pero mejor me voy —dice finalmente.

—Ay, es verdad, —vuelve a hablar Germán —se me olvidó que vosotros, los heteros, vais “des-pa-cito”.

Y se introduce en el portal canturreando y moviéndose al ritmo de aquella canción con pegadizo estribillo, dejando la puerta abierta para que Paula se despida de ese chico tan mono. Él nunca habría dejado pasar una oportunidad así, pero allá ellos.

Fuera del portal quedan los dos, ella cortadísima por la poca vergüenza de su amigo (le cantará las cuarenta al llegar arriba), y él sonriendo por el descaro de Germán que tanto ruboriza a Paula.

—Tranquila —dice Martín—, yo nunca habría subido sin una clara invitación tuya. Además, no necesitábamos su casa, antes te habría invitado al hotel en el que me alojo. Pero todo a su tiempo. Como dice tu amigo: “des-pa-cito”.

Paula tiene que sonreír, aquella última palabra la ha pronunciado también cantando.

Se acerca a él y le da un casto beso de despedida.

—Buenas noches, Martín.

—Buenas noches, Paula.

Antes de entrar en el portal, ella se gira y lo mira unos segundos dudando. Él se queda muy quieto a la espera de cualquier indicación o pequeño gesto que lo inviten a cruzar ese umbral, pero finalmente ve cómo Paula se vuelve hacia el interior y desaparece engullida por aquel portal cuyo acceso se cierra tras ella.

Lo cierto es que Paula ha llegado a pensárselo varias veces, pero el

recuerdo de Óscar se interpone en todas las ocasiones. El guardia civil no se merece que ella se precipite en su decisión, fue él quien la rescató de su melancólico letargo cuando andaba lamentándose de su truncado conato de enamoramiento.

Va a ser cierto eso de que "la mancha de una mora, con otra verde se quita", porque fue Óscar quien consiguió que se ilusionara con su cita y se olvidara de Martín. Pero cuando todo parecía haberse encauzado, llega de nuevo Martín y la convence de que para él todo fue un cúmulo de catastróficas desdichas hasta llegar por fin a ella.

Uf, tiene un lío de narices, pero es que este chico besa tan bien y es tan guapo…

Martín permanece un rato en la acera imaginándola mientras sube las escaleras. Da unos pasos atrás alejándose de la puerta, mira hacia la fachada del edificio y ve cómo se enciende la luz de una de las ventanas del segundo piso. «Segundo B del número 58», memoriza. Ahora, además de haberse intercambiado los teléfonos, conoce la dirección de uno de sus amigos.

Ya no se le volverá a escapar. O eso espera.

10. Martín

Aquellas dos semanas sin verla han sido desesperantes.

Dejó muchas tareas pendientes en el trabajo dedicando todos sus esfuerzos a encontrarla. Había abandonado sus obligaciones en la empresa. Afortunadamente tiene empleados muy eficientes que le han solucionado los despistes; tendrá que ir planteándose subirles el sueldo para mantenerlos junto a él.

Al final todo su esfuerzo mereció la pena, ha llegado a tiempo por los pelos. Pero al recordar que al día siguiente ella tiene una cita para cenar con otro tipo, no le gusta la sensación que le provoca este incómodo pensamiento.

Sin embargo, aún no hay nada perdido. Tal vez después de esta noche le saque suficiente ventaja a su rival. Si logra conquistarla antes de quince horas, con suerte el otro tipo no tendrá nada que hacer.

Pero, ¿podrá conseguir que ella no desee a otro? ¿Y si no lo logra? No, esa no es una opción. Está convencido de que es Paula la definitiva, la única, la mujer con la que quiere quedarse.

En la boda conectaron, lo tiene claro, una descarga le recorrió el cuerpo cuando la tuvo entre sus brazos. Y con el beso en el portal ha vuelto a pasar.

La desea como no ha deseado a nadie, ni siquiera a Bea. Pero esto tendrá que guardárselo para sí, no puede decírselo a ella de esta forma o la asustará, él mismo está sorprendido de lo que siente. Por eso debe avanzar con paso firme, no quiere estropearlo por forzar más de la cuenta. El problema es que sólo tiene un día, más bien medio. Tendrá que aprovecharlo al máximo.

El camino hacia el hotel lo recorre sin prisa, la noche ha sido demasiado intensa y tiene mucho que meditar, a pesar de lo tarde que es. Le da vueltas al asunto del día siguiente: la invitación a comer. Tiene que recuperar el tiempo perdido y hacerlo eficazmente, se lo juega todo.

Recuerda el día de la boda, cuando su mirada se clavó en Paula por primera vez y ya no pudo dejar de buscarla en todo momento. Fue como si brillara por encima del resto de invitados, que a partir de aquel momento le parecieron una masa de personas sin singularidad y sin color en comparación con ella.

Le atrajeron sus movimientos, su sonrisa y por supuesto su belleza.

Mujeres hermosas hubo muchas, todo el mundo luce guapo en una boda, pero ninguna como ella, no vio nada en Paula que no sumara: el color de su pelo, sus hombros, su barbilla, sus caderas, su cuello, su perfil, todo, lo tenía todo. Físicamente era perfecta, fue por lo que se fijó en ella de entrada, pero es que su forma de sonreír, de hablar, de observarlo todo, de moverse, también lo eran.

Tras la ceremonia se había colocado estratégicamente frente a ella en el pasillo que hicieron los invitados para arrojar arroz y pétalos a los recién casados. Tuvo que empujar disimuladamente a una de las damas de honor para que le dejara sitio justo allí, delante de Paula. Quería encontrarse con su mirada y al lograrlo la euforia hizo que le arrojara a ella los pétalos que la pobre dama de honor le había dado a cambio de sus disculpas por el discreto empujón.

Sin duda la había sorprendido con aquel gesto porque reaccionó riendo y arrojándole a él el puñado de arroz que tenía reservado para los novios.

Se había sentido como un adolescente en el instituto; de haber estado en el recreo la habría perseguido para seguir lanzándole pétalos y recibiendo puñados de arroz de su parte entre risas huyendo de él.

Aquella chica había conseguido que olvidara por completo a su ex.

Meses atrás él y Bea, como pareja, habían recibido la invitación conjunta a la boda y tiempo después cortaron definitivamente su relación, de modo que su temor de encontrársela allí con cualquier otro no era injustificado.

Sabía que les habrían asignado juntos en la mesa del convite porque no habían hecho oficial su ruptura ante sus amigos. No le iba a quedar más remedio que sentarse junto a ella, pero no le apetecía nada verla tontear con otros, aunque ya no fueran pareja.

El daño que le había hecho durante demasiado tiempo aún no lo había olvidado. Hasta el mismo día de la boda se había seguido torturando por ser incapaz de dejar de pensar en la mujer que tanto jugó con sus sentimientos, a pesar de decirse a sí mismo una y otra vez que dejarlo había sido lo mejor para los dos. Aquella relación fue siempre tóxica, aunque él no hubiese querido verlo desde el principio.

Sin embargo, desde que vio a Paula en la ceremonia, Bea había desaparecido de su cabeza, para él se volatilizó de la boda y ni siquiera se dio cuenta de cuándo había llegado, con quién ni dónde andaba, y lo mejor de todo, tampoco le importaba.

La ninfa que en aquellos momentos contemplaba embelesado hacía parecer una vulgar polilla a cualquier otra mujer. No dejó de observarla en todo momento, a ella y a todo aquel con quien se relacionaba, la mayoría amigas.

Un hombre bastante llamativo por su físico también parecía tener

mucha familiaridad con ella, pero algo le decía que no era su pareja. Luego se dio cuenta, cuando lo vio gesticular, que no era ningún rival, no cabía duda de que para ella era como una amiga más.

Tardó poco en averiguar el nombre de aquella criatura de ensueño: Paula. Por eso, sin poder creerse que a semejante mujer la hubieran sentado en la mesa de los solteros, hizo todo lo posible por cambiar de asiento durante el banquete. En cuanto la vio hablando junto a la mesa con el que luego supo que era Germán, y aprovechando el caos de los que iban y venían buscando los carteles con sus nombres para sentarse, tomó el primero que vio de aquella mesa y lo cambió por el suyo. Tenía que estar cerca de ella, oír su voz. Su risa ya la había escuchado e intuyó que un sonido precioso debía de brotar de aquella divina garganta al hablar. Y no se equivocó, su melodiosa voz lo dejó absorto.

Lástima que a quien más se escuchara fuera a su amigo. Pero también gracias a él, a Germán, pudieron entablar conversación. Aquel tipo, que inicialmente había intentado ligar con él, los integró a todos en el grupo que conformaba aquella mesa tan divertida de solteros.

En cuanto Germán vio que su interés no iba dirigido a él, sino a la chica que tenía a su lado, dejó el flirteo centrándose en el otro tipo que tenía Martín a su izquierda y con quien desapareció antes de los postres dejando la silla contigua a la de Paula vacía. Momento que aprovechó Martín para sentarse junto a ella acortando la distancia y así poder seguir hablando.

Cada vez que le arrancaba una carcajada se iba colando más por ella, ¡y era tan fácil hacerlo!, qué sencillo era hablarle, qué bien se sentía a su lado. Además de guapa era divertida. Con la poca ilusión que le había puesto a ir a la boda, y sin embargo en ese momento ya no quería que se terminara nunca.

La facilidad con la que mantenían amenos diálogos contrastó con la timidez que mostró ella más tarde, tras la irrupción de Bea en escena.

Luego supo que lo había tomado por gay, que fue lo que hizo que se relajara con él. Lo cierto es que lo había sospechado cuando Paula y él hablaron acerca del color de la ropa interior que llevaban puesta.

No es que pensara que las mujeres hablan todo el tiempo de trapos, es que esos temas jamás los comenta él con nadie, sólo a ellas se les ocurre hablar de absolutamente todo, hasta de aquello. Sin duda son infinitamente más interesantes que ellos, los hombres suelen tener más tabúes a la hora de comunicarse entre sí.

Se había divertido tanto con Paula durante la cena que no se había acordado de Bea hasta que su amigo Rubén, el novio, le preguntó por ella.

Fue entonces cuando la vio en su mesa y se topó con su oscura

mirada, pero no se le ocurrió pensar que se debiera a su actitud con Paula. Al fin y al cabo, había sido ella quien lo dejó y quien le puso los cuernos para que la cosa quedara bien clara entre ellos. Además, él había perdido a un buen amigo por su culpa, aunque ahora se daba cuenta de que tampoco lo fue tanto. Un amigo de verdad no te hace algo así.

El incidente del empujón de Bea a Paula en la pista de baile le hizo darse cuenta de lo peligrosa que podía ser su ex todavía. Pero también le dejó claro que ya su corazón estaba a salvo de ella. Era como si la luz que desprendía Paula lo protegiera de cualquiera que intentara dañarlo de nuevo.

Al verla a punto de caer al suelo por culpa de los supuestos celos de Bea su corazón dio un respingo. Afortunadamente el amigo de Germán había estado atento y la cogió al vuelo, lo que habría dado por ser él quien la hubiese sujetado así.

Entonces la rabia hacia su ex explotó como nunca antes había surgido. A él podía machacarlo, nunca la reprendería por ello, pero el instinto de protección hacia Paula hizo que le dejara las cosas claras a su ex. Que no se le ocurriera tocarla o se las vería con el enemigo que nunca tuvo.

La alarma saltó cuando vio que, por culpa de Bea, Paula lo rehuía. A partir de ese momento la fiesta se convirtió para él en una persecución a la caza de la chica de sus sueños que jugaba con él al gato y al ratón. Porque la actitud de su ninfa había cambiado, ahora se escabullía entre los invitados cada vez que intentaba acercársele.

Cuando por fin consiguió llegar a ella se disculpó por la actitud de Bea. Pero hubo de ser Paula quien le dijera que debía hablar con su ex para dejar las cosas claras y que le advirtiera de que tuviera cuidado con el alcohol. Es que no podía haber un ser más adorable sobre la faz de la tierra. De modo que consiguió por ella lo que nunca se hubiese imaginado que pudiera ocurrir: que Bea se disculpara.

Bea siempre ha sido una muchacha caprichosa y un poco soberbia, acostumbrada a que todos a su alrededor le den cuanto pide.

Él se había esforzado al máximo por complacerla mientras estuvieron juntos, pero es una mujer que no tiene límites y llegó el día en que no le quedó más remedio que fallarle. Era inevitable, había cosas que no estaban a su alcance. Y es que no todo puede comprarse con dinero.

Fue el principio del fin, a partir de entonces sintió de verdad cómo Bea se alejaba de él y lo trataba de aquella forma desdeñosa.

Sufrió mucho por ella. Pero no era el momento de recordar todo el mal que esa mujer le había hecho.

Paula le sugirió que hablara con ella y lo hizo como mucho antes debió haber hecho, dejándole claro que él ya no era su marioneta.

Usando toda la inteligencia emocional y madurez de la que disponía, logró que Bea se disculpara con Paula y que por fin lo dejara a él en paz, debía buscarse a otro que la soportara. Podían terminar como amigos o como enemigos, dependía de ella.

Complacido observó cómo su ex se disculpaba y convencía a Paula de que entre ellos dos no había nada, para él era importante que así fuera.

A pesar de todo, aún tuvo que sufrir un poco más sin la preciosa compañía de Paula y no le quedó más remedio que socializar con el resto de invitados. Habló con el novio, se fotografió con los amigos haciendo el tonto, bebió con todos ellos, mantearon a Rubén, le hicieron cantar para vergüenza de su ahora mujer, brindaron por ellos... Hasta que sintió que alguien le daba unos toques en el hombro y al volverse se topó con Paula.

Pareció tan sorprendida como él, pero aprovechó su azoramiento para engancharla. ¿De verdad le pedía fuego? Porque tenía todo el que quisiera para darle.

Por fin pudo tomarse una copa con ella sin miedo a que se le volviera a escurrir entre la gente.

Charlaron de cosas serias y se sorprendió hablándole de la muerte de su padre, de su trabajo, de sus aficiones. Y al hacer aquel repaso de su vida se dio cuenta de que lo único que le faltaba en ella era Paula. Nada parecido había sentido con Bea, ni en los mejores momentos de su relación.

El vértigo hizo que no se lo dijera de forma tan cruda: «Nena, eres lo que le falta a mi vida». No, no podía atajar de esa manera, debía seducirla, convencerla de que a ella sí le conseguiría la luna, que la haría feliz si se quedaba con él, porque tenía claro que sólo con ella él también lo sería. Ya entonces lo era con su sola presencia.

No se le volvería a escapar, además notaba que él también le atraía. Paula era transparente, todo se reflejaba en sus ojos, en sus ademanes, en su expresión y lo que veía en su interior le maravillaba.

Ahora se da cuenta de que ha sido una suerte todo lo que le ha ocurrido hasta la fecha, porque de otra manera no la hubiera encontrado en las mismas circunstancias. De lo que está convencido es de que le habría atraído igualmente de haber seguido con Bea, en tal caso el problema habría sido que no habría podido acercarse a ella o que ella le habría rehuido, con razón, por tener pareja.

Pero su situación entonces era la perfecta. Ella no había sido cazada por nadie aún, al menos en el momento de la boda, y él acababa de salir de una relación tóxica, así que quien consiguió atraparla fue él.

La había seguido con la mirada cuando se adentró en la zona oscura que rodeaba el edificio del comedor para ir a los servicios. Tras un rato de espera decidió ir a buscarla adentrándose en la penumbra. No

iba a arriesgarse a perderla de nuevo (empieza a pensar que ese es su sino con ella).

Fue entonces cuando se encontraron a mitad de camino. Ella no lo reconoció a juzgar por cómo se separó de él para rodearlo y seguir su trayecto, pero el azar quiso que sus tacones le jugaran una mala pasada en aquel pavimento irregular. En esta ocasión él sí estuvo presto y la sujetó para que no cayera.

Aprovechando la cercanía de su cuerpo intentó besarla y, para su sorpresa, ¡ella le hizo la cobra!

Ahora Martín, de camino a su hotel en Córdoba, tras haber pasado otra noche de marcha con ella, evoca ese primer beso.

Ella le había confesado que no sabía su nombre. Se ríe sólo de pensarlo. Paula no había querido besarle hasta saberlo, de modo que se lo susurró rozando sus labios y ella no pudo resistirse.

Uf, ese beso. Había concentrado en él todas las ganas que le tenía desde que la vio ese mismo días horas antes, que parecían semanas. Había temblado el suelo bajo sus pies. Es posible que hubiera habido un terremoto y lo hubiera achacado a aquel beso o tal vez el beso los hubiera realmente sacudido de esa manera, quién sabe.

Lo que tiene claro es que habían conectado, y de qué manera.

Pero entonces todo se torció. Llegaron dos chicas a esa zona apartada y oscura de la fiesta y se tuvieron que separar. Paula le sugirió que se limpiara con un pañuelo porque debía de haberse llevado buena parte de su maquillaje (aquel pañuelo de hilo, manchado de carmín, aún lo conserva intacto en su casa).

Volvió a la fiesta para esperarla, pero en lugar de reencontrarse junto a la barra alguien le comentó lo mal que estaba Bea y tuvo que marcharse para llevarla a su casa. La pobre estaba tan borracha que no se sostenía en pie. Intentó hacer tiempo para decírselo a Paula, pero ésta no regresaba del baño y Bea parecía demasiado perjudicada.

Antes de subirla a su coche le había dejado dicho a Rubén que se lo explicara todo a Paula. Su intención era regresar en cuanto dejase a Bea en su casa. Se lo repitió varias veces haciendo hincapié en que era de vital importancia para él, pero debió elegir a otra persona para tal encargo, el novio tenía casi la misma cogorza que la chica a la que se llevaba, solo que por ser el anfitrión de la fiesta se esforzaba por mantenerse en pie.

Se marchó de allí sosteniendo a Bea, que en cualquier momento podía perder el conocimiento, ¿cómo había llegado a tan lamentable estado? Condujo como un loco y llegó en tiempo récord a su destino, pero se demoró más de la cuenta ayudando a meterla en la cama. Además, ésta, pareciendo intuir su prisa, lo entretuvo con amagos de lamentos a los que él no sucumbió. Tenía una misión mucho más importante que consolar a su ex. Le dio las buenas noches y voló hacia

la fiesta de nuevo.

Llegó justo a tiempo de ver cómo metían a duras penas al novio en un coche para llevarlo a su casa a dormir la mona. Buscó frenético entre los invitados, que aún era unos cuantos, recorrió todos los aseos y preguntó por Paula. Se estaba desesperando, los novios se acababan de ir y también Germán, no veía a ninguna de las amigas con las que ella había estado bailando, ¿es que no quedaba nadie en la fiesta que la conociera?

No.

De modo que no le quedó más remedio que volver a su hotel en Córdoba. En un último y desesperado intento por encontrarla hizo la locura de preguntar en recepción si se alojaba allí alguna Paula esa noche, ni siquiera sabía su apellido. El muchacho que lo atendió lo vería tan desesperado que le hizo el favor de buscarla en el ordenador, aunque estuviera terminantemente prohibido dar esa información a nadie que no fuera la policía.

Pero tampoco hubo suerte. Nunca debió abandonar la fiesta sin haber hablado antes con ella.

Aun así, no perdió la esperanza de localizarla, aunque no pensó que tardaría tanto. Casi dos semanas.

Desde el día siguiente y durante una semana llamó todos los santos días a su amigo Rubén, pero maldita la hora en que la parejita decidió deshacerse de los móviles para disfrutar de su viaje de aquella manera *retro*. Sí, todo muy original y *vintage*, pero a él le estaban jodiendo la vida sin poder encontrarla.

A medida que avanzaban los días su desesperación aumentaba.

Entre tanto se le ocurrió investigar a través de Facebook. Estaba casi convencido de que quien colgaba en su muro todos aquellos programas era ella, las otras Paulas estaban descartadas, por eso acudió a todos los eventos que ella iba subiendo.

Comenzó a perder la esperanza justo antes del espectáculo de danza, casi dos semanas después. No faltó a ninguna de aquellas citas, pero precisamente la danza era algo que nunca le había llamado la atención y a esta función no le apetecía demasiado ir. Además, su amigo Rubén volvía en escasos días de su viaje de novios y su mujer, Cristina, era amiga de Paula, de modo que ya quedaba poco para encontrarla.

Menos mal que decidió acudir.

El espectáculo le había sorprendido, había disfrutado, le había hecho reflexionar y, lo más importante de todo, había conseguido volver a verla.

De no haberlo hecho habría llegado a ella demasiado tarde.

Aun así, casi lo es. Ese tipo que anda tras ella se le ha adelantado.

No se puede permitir otro traspié. Es vital para él alcanzar su

corazón el primero. Le da miedo pensar que el otro lo haya conseguido ya. Pero no va a echarse atrás hasta que ella se lo diga. Además, los besos que se han dado en aquel escalón han tenido que significar algo también para ella.

11. Buenos días

El timbre ha estado sonando, pero no es eso lo que la ha despertado, sino la voz de Germán. Aquel estridente sonido, repetido varias veces, ha sido incorporado a su sueño.

Está dando un bucólico paseo por el monte cuando una vaca salida de detrás de unos arbustos le advierte con un mugido extraño de que tiene una cría. No debe acercarse demasiado o la embestirá. De pronto la vaca se arranca hacia ella, pero por más que corre intentando alejarse del animal, la res no hace más que acortar la distancia entre las dos.

Ahora la vaca la zarandea, pero no con los cuernos sino con el morro. Comienza a darle pequeños bocados en el brazo y en los hombros. Casi le hace cosquillas, pero ella está asustada ¿qué hace esa vaca? ¿se ha vuelto loca? Además ¡la está llamando por su nombre!

Entonces es cuando se despierta.

Abre los ojos y se encuentra a Germán en su habitación diciéndole que se levante, que les traen churros para desayunar, que se van a enfriar y los churros fríos no son lo mismo. Pero ella no entiende muy bien el mensaje, aún está pensando en la vaca que le daba bocaditos en el brazo.

—Vamos Paulina, que está subiendo tu churri por la escalera y te va a ver en bragas.

Sólo al escuchar esta última frase se incorpora alarmada.

—¿Qué? —dice Paula levantándose de un salto—. ¿Quién viene?

—Martín. Ya le he abierto el portal y la puerta de arriba.

—¡Cierra la puerta, Germán! ¿Por qué no me has despertado antes? ¿Qué hora es?

—Tranqui nena. Son las once, yo también estaba dormido, pero se ve que este chico duerme poco o tiene muchas ganas de verte. A ver si piensa lo mismo cuando te vea con esta pinta. —Y se echa a reír.

Paula agarra una toalla y sale corriendo al baño donde se encierra para darse una ducha. Abre el grifo, se quita las bragas y la camiseta que han hecho las veces de pijama y en cuanto el agua sale caliente se mete debajo. El chorro en la cara le despeja las ideas, va colocando a la vaca, a Germán y a Martín en su sitio. Luego le dirá a su profesor de zumba que se ha reencarnado en una res dándole pellizcos para despertarla. Seguro que no le hace ninguna gracia imaginarse en el

cuerpo de ese animal. Menudo es Germán con su propia imagen.

Ella siempre ha sido de buen dormir, la verdad, y en casa de Germán se descansa bien, a pesar de tratarse de un piso en la ciudad. La calle en la que se localiza es peatonal y muy tranquila y él no escatima en colchones.

No es una vivienda grande, tiene un par de habitaciones, y a Germán siempre le visitan amigos a los que le gusta alojar bien. El salón-comedor-cocina es lo suficientemente espacioso como para organizar en él alguna fiestecita íntima, de no más de ocho personas. Pero sus reuniones son casi siempre en la calle, en los bares o en casas de conocidos con más dinero, que los tiene, sobre todo los que viven en pareja (dos hombres ganan bastante más que un hombre y una mujer o que dos mujeres).

Y en cuanto a Martín, ¿no han quedado para almorzar? ¿Cómo se presenta sin avisar a esas horas? A ella le encantan los churros, ¿a quién no? Pero preferiría un simple café bebido en un bar, a encontrarlo allí, con ella sin arreglar.

Termina de ducharse y cuando cierra el grifo escucha voces en el salón. Aquella voz grave y pausada es la de Martín, es inconfundible, siente un cosquilleo en la boca del estómago que le hace estirar los labios en una sonrisa tonta.

Se seca el pelo rápidamente con la toalla y en ese momento se da cuenta de que no tiene allí ropa con que vestirse. La camiseta con la que ha entrado al baño está tirada en el suelo, la ha usado como alfombrilla al salir de la ducha y está mojada. Maldita sea, cogió sólo la toalla y ahora debe pasar por el salón para llegar hasta su cuarto envuelta en aquel trozo de tela, que además no le cubre del todo el cuerpo.

Busca por el baño el albornoz de Germán, pero recuerda que lo llevaba puesto cuando la despertó zarandeándola. Germán duerme desnudo y, tras pasar por el baño, es lo único que se pone cuando tiene visita, y no siempre, ella ya le ha visto en más de una ocasión tal y como su madre lo trajo al mundo.

Siempre ha sido un poquito exhibicionista.

Pero ahora debe pensar qué hacer para salir de allí sin enseñar más de la cuenta, pues todo lo que tiene Germán de descarado, lo tiene ella de pudorosa, al menos con los menos íntimos. No le importa enseñarle las bragas o el sujetador a su anfitrión, como a ninguna otra de sus amigas, pero a otro hombre sí.

Piensa en envolverse con la cortina de la ducha, pero le parece demasiado ridículo. Finalmente se ajusta la toalla como puede, cubriendo desde el pecho hasta justo debajo de sus nalgas, y abre la puerta del baño esperando pasar desapercibida hasta su habitación. Sin embargo, en cuanto pone un pie fuera del aseo, Germán y Martín

se vuelven hacia ella. Paula estira cuanto puede el cuello y le da los buenos días lo más dignamente posible sin entretenerse, como si con esa actitud pudiera conseguir que todos se olviden de su casi completa desnudez.

Observa que Germán sonríe y que Martín se la queda mirando embobado unos segundos antes de desviar la vista hacia otro lado, algo turbado, sin poder articular palabra. Se mete rápidamente en su habitación, termina de secarse el cuerpo y se viste lo más rápido que puede con unos vaqueros ajustados y una alegre camisa de manga corta.

Al verla aparecer de nuevo, Martín, ya recompuesto de aquella perturbadora visión que recordará durante mucho tiempo, le habla.

—Buenos días, Paula. Perdona que no te saludara antes, pero es que me quedé petrificado al ver emerger a una ninfa del agua.

Menuda labia tiene, piensa Paula regalándole una bonita sonrisa.

—¿Y dónde fue a parar esa ninfa? —pregunta ella coqueta.

—Sigue ahí dentro, por supuesto —dice Martín señalándola, intentando no desviar demasiado la mirada de sus preciosos ojos para evitar recrearse en su cuerpo.

Pero en cuanto Paula se acerca al armario de la cocina para coger una taza, siente a su espalda que él la devora con ellos. Es consciente de que lleva un pantalón muy ceñido y que la camisa se le sube cuando levanta el brazo, dejando asomar el final de su espalda y su vientre plano. Le gusta la sensación de atraer a Martín, eso la hace moverse de diferente manera.

En circunstancias normales no giraría sutilmente hacia atrás el culo al estirar el brazo para alcanzar la taza; no ladearía tanto la cadera y el cuello al girarse hacia Martín; tampoco echaría los hombros hacia delante al sentarse, apoyando los codos sobre la mesa del desayuno, ni lo miraría de esa forma, haciéndose caracoles en el pelo con los dedos.

Guau, ¿está en modo seducción desde tan temprano? El caso es que nota que Martín responde a sus estímulos mirándola con ojos brillantes.

Mejor dejar esta tontería, que es muy temprano y no están solos. Tal vez precisamente por eso se atreve a comportarse así, pues puede llevarlo al límite sabiendo que no ocurrirá nada.

En tal caso está siendo un poquito mala, pero le encanta este juego. Se fija en que Germán sonríe poniendo los ojos en blanco, como diciendo “¡vaya par!”.

—Pensé que habíamos quedado para comer, no para desayunar —dice Paula sirviéndose un café.

—Es que cuando me desperté en aquel hotel tan impersonal y aséptico me acordé de vosotros y os eché de menos —dice Martín hablando en plural, aunque se refiera claramente a ella—. Me dio

pena desayunar allí solo. Espero que os gusten los churros, me he recorrido media Córdoba para encontrar los mejores, según TripAdvisor.

—Calentitos estaban más ricos —dice Germán mirando a Paula—. Pero como la señorita se tenía que duchar, se le han enfriado, y a Martín también, por querer esperarla. Pues yo no he podido resistirme, lo siento corazones. Y ahora, si me disculpáis, me voy a duchar, que no me gusta estar tan impresentable con este albornoz.

Germán los deja desayunando y se mete en el baño.

Entre Paula y Martín dan cuenta de casi todos los churros que quedan y de media cafetera, sin dejar de tontear con la mirada.

—¿Tienes bañador? —le pregunta de repente Martín.

—¿Bañador? No suelo llevarlo en la maleta cuando vengo a Córdoba, la verdad. Además, no estamos en verano aún y tampoco hace tanto calor.

—Pues vamos a comprarnos unos, que yo tampoco traigo —dice Martín sin dar explicaciones.

—Pero si todavía no hay piscinas abiertas ¿A dónde quieres ir?

—Es una sorpresa.

—Martín, que tengo que estar esta tarde en mi casa de Montilla.

—No te preocupes, te dije que te llevaría a las seis y allí estarás ¿Nos vamos?

—Dame un par de minutos —dice Paula encerrándose un momento en la habitación donde ha dormido.

Se baja el pantalón para asegurarse de que está bien depilada. Lo está. Desde que quedó con Óscar el martes tiene ese tema controlado, pero debía cerciorarse si va a ponerse un bikini. ¿A dónde querrá llevarla Martín? En el fondo le encantan las sorpresas.

Óscar, sin embargo, ya le ha anunciado el restaurante al que la invitará a cenar esta noche. Hay buenos sitios para comer en Montilla, pero él ha hecho una reserva en el mejor de todos ellos. No es fácil conseguir una mesa en aquel local un sábado por la tarde en tan poco tiempo y él lo ha logrado.

Paula recoge su maleta y la deja preparada para cuando vuelvan a por ella, pero Martín le sugiere que la lleve a su coche para no perder tiempo teniendo que volver, además no es seguro que Germán esté en casa cuando ellos pasen por allí antes de marcharse a Montilla. Convencida de que es lo más sensato, se despide de su anfitrión y acompaña a Martín hasta donde tiene aparcado su todoterreno para dejar el poco equipaje que ha traído. Después se van de compras.

Martín no se ha atrevido a pedir prestado un bañador a Germán porque sospecha que sus estilos en trajes de baño no serán los mismos. Y no se equivoca, el profesor de zumba es bastante osado y capaz de llevar tangas de chillones colores en la playa o al menos bañadores

muy ceñidos, eso cuando no va desnudo, pues suele frecuentar playas nudistas. Martín, sin embargo, es más clásico, lo más atrevido para él es llevar un estampado de más de dos colores en un bañador hasta la mitad del muslo.

Una hora más tarde ambos tienen sus trajes de baño y Martín la ha guiado hasta la puerta de unos baños árabes. Esa es la sorpresa. Paula nunca ha entrado en unos.

El local es precioso y el sonido del agua lo envuelve todo, aquel sitio los transporta a la época del reino andalusí, a la mítica Al Ándalus. La experiencia resulta increíble.

Toman té con hierbabuena mientras se bañan en la piscina templada de una de las estancias más espectaculares. Columnas de mármol blanco sujetan los arcos de herradura de la galería que rodea una enorme piscina alumbrada desde dentro. La escasa iluminación natural que llega del exterior es complementada con maravillosas lámparas repartidas por todos los rincones y paredes que, junto con las decenas de velas aromáticas encendidas por doquier, dotan a aquel lugar de una atmósfera casi mágica, como de cuento de las mil y una noches.

Tal vez si hubieran ido un día entre semana, no habrían tenido que compartir piscina con otra pareja de extranjeros jubilados. A Martín le costó un poco que les hicieran un hueco a aquella hora. Tuvo que tirar de talonario, cosa que hizo sin dudar al reservar esta mañana temprano. Quiere impresionar a Paula.

De todos modos, el sitio es lo suficientemente grande como para no molestarse entre sí, aunque les hubiera encantado estar solos y poder contemplar a gusto sus cuerpos emergiendo a medias del agua para tomar el delicioso té.

Para Martín el cuerpo de Paula es de ensueño, sus torneadas piernas y brazos, sin duda producto de sus clases de zumba, sus pechos apenas tapados por dos triángulos de tela y sus sensuales curvas se están convirtiendo en una exquisita tortura para sus ojos. Trata de centrarse en su rostro mientras hablan para poder salir de la piscina sin avergonzar a nadie. Pero su visión periférica capta más de lo que su voluntad consciente pretende y a menudo se ve incapaz de controlar el rápido movimiento de sus ojos.

Por su parte Paula también lucha consigo misma para no bajar su mirada más allá de los anchos hombros de Martín. La comparación es inevitable, no tiene la musculatura de Óscar, pero su atlético cuerpo podría perfectamente competir en cualquier pasarela de modelos masculinos de ropa interior. Uf, necesita sumergir su cabeza bajo el agua para enfriar su recocido cerebro.

Cada vez que Paula emerge de la piscina, pasa sus manos hacia atrás por el rostro y el pelo para retirar el exceso de agua y poder

abrir los ojos. Ese sencillo gesto, que acompaña levantando el mentón y mostrando su cuello, turba en exceso a Martín, que no puede dejar de pensar en ella como en una sirena atrayéndolo hacia los acantilados. Él es el pobre argonauta que, aun viendo venir su trágico final, nada puede hacer para evitarlo. Si ella quiere su vida, se la entrega a cambio de un dulce sueño.

De no estar presente aquella pareja de ancianos alemanes, muy probablemente la besara sin remedio, pues el lugar rebosa exotismo y sensualidad. Los ancianos simbolizan las cuerdas que lo atan al mástil de la nave impidiéndole saltar por la borda en busca de su sirena y su perdición.

Paula, trata de apartar de su mente los tórridos pensamientos que la asaltan, decide fijarse en aquella armoniosa decoración y tomar nota para su soñado proyecto de hotel rural. Centrándose en ese tema le comenta a Martín que, de ser la dueña del cortijo del que se ha enamorado, convertiría la alberca en algo parecido a aquel baño árabe.

Él, agradecido por poder tener ocupada su cabeza en otras cuestiones, sugiere ideas de materiales y posible arquitectura con arcos de herradura. Paula se emociona pensando en lo bonito que sería conseguir hacerlo realidad.

Además de las piscinas templadas, disfrutan de unos masajes que los dejan relajados para el resto del día.

Prometen volver a repetir la maravillosa experiencia cuando por fin salen de los baños árabes. Ha sido un placer para todos los sentidos.

Dan un paseo por el barrio de la Judería y comen a base de tapas en una taberna cordobesa con mucha solera.

Visitan un par de patios espectaculares llenos hasta lo más alto de sus encaladas paredes de macetas con geranios y gitanillas de preciosos colores. La ciudad se empieza a preparar para la conocidísima fiesta de los patios de Córdoba y tienen la suerte de disfrutar de ellos sin tantos turistas.

Sólo les falta visitar la mezquita para que les den el título oficial de guiris este día. Y es que, aunque ya conozcan aquel impresionante monumento, siempre es un placer volver a verlo.

Pero eso tendrán que dejarlo para otra ocasión en la que tengan más tiempo. Se acerca la hora de marcharse, lo han pasado bien y no les apetece separarse, pero él debe cumplir con su palabra.

Ha sido un día extraño. La noche anterior se besaron, pero a lo largo del día de hoy no se han atrevido a hacerlo de nuevo, tal vez porque la hora mágica era la madrugada o tal vez porque Paula ha quedado para cenar con otro hombre.

Es como si el comienzo de aquella relación hubiera quedado en pausa a la espera de lo que ocurra esta noche tras la cita.

Puede que sea eso lo que pretende Martín, que ella elija.

Lo cierto es que él está nervioso con aquella situación, pero intenta olvidarse de ello llevando a Paula a cuantos más sitios mejor. Quiere impresionarla, pero sin parecer desesperado. Y es difícil, porque realmente lo está.

—Debemos irnos ya —dice Martín tras mirar el reloj—. No quiero que llegues tarde a tu cita por mi culpa y aún nos queda un paseo hasta el coche.

Paula no sabe qué contestar, es cierto, pero también que no le importaría seguir visitando rincones de aquella maravillosa ciudad con él.

—Sí, vamos, que soy muy lenta para arreglarme. —Pero casi en seguida se arrepiente de haber dicho eso, hubiese preferido no recordarle que se va a poner guapa para la cita con Óscar dentro de unas horas.

Tiene una extraña sensación, ambas cosas le apetecen: seguir con Martín y cenar con Óscar. ¿Por qué no puede tenerlo todo en la vida? Menuda empanada mental, mejor no pensarlo demasiado y vivir cada momento en su contexto espaciotemporal. Ahora está aquí con uno, después estará allí con otro.

Sabe que esta situación en un futuro es insostenible, pero de momento no quiere ocupar sus pensamientos en nada que no sea estar con él. Le da vértigo plantearse algo más profundo con cualquiera de los dos porque sus sentimientos andan algo revueltos desde hace horas (en realidad semanas).

12. Sólo un café

Por fin suben al coche y salen de Córdoba rumbo a Montilla. A Martín le pilla de camino para llegar a Cabra, pero, aunque hubiese tenido que desviarse cientos de kilómetros, la habría llevado igualmente.

Cuanto más tiempo pasa con Paula, más necesita permanecer a su lado. Es como si ella le arrastrara al interior de un laberinto alejándolo cada vez más de la salida y en el punto en el que se encontrara ya no supiese volver de nuevo al exterior por su propio pie.

Empieza a asustarle esa situación, se está perdiendo. Mientras Paula esté a su lado él únicamente podrá seguirla, le hace feliz hacerlo, pero sabe que en un rato ella se marchará, se lo ha advertido, y lo dejará solo y perdido a la espera de que vuelva.

Si ha conseguido llegar a su corazón, ella le rescatará, no le hará sufrir mucho allí. Pero si no lo ha logrado del todo, tardará mucho en salir por sí mismo del laberinto emocional en el que se está internando y ese es su mayor temor.

—Estás muy callado, Martín. ¿Eres de los que no pueden hablar y conducir a la vez? —le pregunta Paula para romper el hielo y amenizar el viaje.

—¿Eh? No —dice él saliendo de sus reflexiones—. Puedo hacer muchas cosas a la vez, no me pongas a prueba. Sé hasta conducir con la rodilla mientras rebusco algo en la guantera.

Paula lo mira con ojos muy abiertos.

—Ni se te ocurra hacer una demostración de semejante proeza. Prefiero que sólo conduzcas y no puedas hablar.

—Ja, ja, ja, no me enorgullezco de las tonterías que he llegado a hacer al volante con menos de veinte años y tampoco pensaba poner tu vida en peligro, no te preocupes. Ahora, a punto de cumplir los treinta, soy un tío sensato que busca otras cosas en lugar de aventuras que disparen la adrenalina.

—¿Y qué otras cosas buscas ahora? —pregunta Paula intentando profundizar en el tema.

—Creo que lo que buscaba ya lo he encontrado —dice Martín dirigiéndole una mirada intensa antes de volver a enfocarla hacia la carretera—. Ahora tengo que averiguar cómo conseguir atraparlo sin que se me escape.

Paula lo mira y parpadea varias veces antes de girar también la cabeza hacia delante sin saber qué decir. ¿Le está insinuando que es ella lo que anda buscando? Pero, por favor ¿cómo puede ser tan encantador?

Los chicos guapos, listos y buenos no existen, y si existen están cogidos, no hay tontas que los dejen escapar. Y a ella, Bea no le pareció tonta cuando la conoció, a pesar del empujón que recibió de su parte. Aquí hay gato encerrado.

Así que, tras el incómodo silencio, le pregunta a bocajarro:

—¿Qué pasó con Bea? ¿Por qué lo dejasteis?

Martín tarda en contestar, no se esperaba esa pregunta y no sabe por dónde empezar. Como tienen tiempo hasta llegar a Montilla, decide comenzar por el principio.

Le cuenta que Bea siempre fue una niña mimada acostumbrada a obtener cuanto se le antojaba de todo el mundo, empezando por sus padres y siguiendo por él.

Se conocieron en un bar bastante pijo de Córdoba al que él había ido con unos colegas, precisamente con Rubén, el ahora marido de Cristina, y otros más también presentes en la boda. Ella estaba allí con su grupo de amigas y fue quien se le acercó porque se había encaprichado al verlo por primera vez, según le contó la propia Bea sin ninguna vergüenza. Tras un par de copas y unas cuantas insinuaciones quedaron en volver a verse.

Varias citas después él se fue pillando como un tonto, hasta que finalmente lo enamoró y lo tuvo a sus pies.

Con el tiempo se dio cuenta de que era una chica bastante caprichosa, pero ya estaba irremediablemente colado por ella y sólo quería complacerla cuando pedía todo lo que se le antojaba. Al principio a él le divertía y le daba cuanto ella quería, le hacía ilusión hacerla feliz. Pero poco a poco comenzó a pedir cosas cada vez más absurdas o que no estaban en su mano darle, como ver las estrellas a través del telescopio de Tenerife, participar en la Regata Vuelta a Mallorca con él o conducir un coche de competición en el circuito de Jerez. Y Martín empezó a atormentarse cuando no lograba dárselo, porque parecía disgustada de verdad.

Ahora sabe que en el fondo disfrutó viéndolo sufrir por ella cuando lo castigaba con reproches y enfados. Porque a partir de entonces, como si no fuera suficiente condena para él verla enfadada, subió aún más el nivel y empezó a darle celos, primero tonteando con tíos y luego ligando descaradamente delante de sus narices.

Hasta que llegó el día en el que finalmente le puso de verdad los cuernos, y eso ya lo destrozó.

A Bea se le había pasado el encaprichamiento cuando más colado estaba por ella y, como no sabía cómo terminar la relación, se enrolló

con un amigo suyo que él le había presentado unas semanas atrás.

Fue ella misma quien le contó su aventura, le dijo que lo dejaba porque estaba harta de él y que lo que quería era un hombre que se peleara con otro hombre por ella. Pero él no es así y no montó ningún espectáculo para deleite de mujer tan caprichosa, aunque por supuesto su colega y él han dejado de hablarse.

A Paula le parece una historia muy triste y confirma lo que ella sospecha, a pesar de no poder terminar de creérselo: que Martín es un tío sensible con buen corazón y bastante fiel. Se siente afortunada de haberlo conocido.

Pero él, lo último que quiere es dar pena a Paula, así que cambia de tercio y le pregunta por su sueño de abrir un hotel rural, piensa que ese tema la apasionará más y le apetece ver cómo se le ilumina la cara cuando habla de ello.

Y no se equivoca, pues Paula se emociona expresándole cómo cambiaría su vida si consiguiera hacerlo realidad, cómo se imagina aquel lugar, el ambiente que se respiraría, la clase de personas que le gustaría que se alojasen en él…

Llegado a un punto de sus elucubraciones una sombra cruza el rostro de Paula, apagando un poco el brillo de sus ojos cuando ha de admitir:

—De todas formas, todo esto no creo que sea posible. Me encanta soñar haciendo castillos en el aire, pero tengo claro que lo primero que necesito es dinero para comprarlo y reformarlo. Y ningún banco me lo va a prestar por mi cara bonita sin aval ni propiedades para hipotecar.

—Yo podría prestarte algo, tal vez poco más de la mitad —dice Martín convencido. Y sí, sólo por su cara bonita.

Paula lo mira con ojos muy abiertos. Si apenas se conocen, ¿cómo se ofrece a algo así?

—No, muchas gracias, un préstamo es algo muy serio y prefiero pedírselo al banco. No quiero deber nada a nadie, lo intentaré por mi cuenta y si no soy capaz, será que no lo merezco. Además, el lugar del que me he enamorado no está a la venta, sólo está abandonado.

—Yo creo que esto último podría ser un obstáculo según las circunstancias familiares del dueño: si le hace falta o no el dinero, si tiene apego por esa propiedad… Pero todo se puede negociar.

—Sí, eso es lo que siempre he pensado, que todo depende de lo que le ofrezca.

—Exacto. Y en cuanto al préstamo del banco, tal vez deberías presentar el proyecto como un buen negocio que da beneficios. En ese caso la entidad bancaria lo estudiaría y es posible que te concediera el préstamo que necesitas. Yo puedo ayudarte a elaborar un buen plan de empresa, si quieres. Es mi especialidad.

Paula lo mira esperanzada.

—¿Tú crees de verdad que tendría posibilidades de conseguirlo?

—Claro ¿por qué no? Estoy pensando en la idea que yo tuve de comprar una bodega. En ningún momento me planteé no hacerlo por no disponer de todo el capital.

—Entonces me vendría muy bien que alguien me asesorase en esto —dice Paula, que a este tipo de ayuda sí que no se negaría —. ¿De verdad no te importa echarme una mano?

—Me encantaría hacerlo —dice Martín con sinceridad.

El trayecto a Montilla se les hace corto, casi sin darse cuenta han llegado a la casa de Paula. Ella le ha guiado en el último tramo, el GPS no le habría servido de nada estando muchas de las calles cortadas por obras, el Ayuntamiento ha decidido adoquinarlas para mejorar su aspecto y la mitad del pueblo está levantado.

—Aquí es —dice Paula al llegar a su puerta—. Gracias por traerme, Martín. Y gracias por este día, lo he pasado muy bien contigo.

Aparcan el coche frente a la entrada. En ese momento Paula duda si decirle algo más.

—Aún es pronto, si quieres… te invito a un café —dice finalmente.

Martín también duda. Hasta ahora se ha contenido, pero que le invite a pasar son palabras mayores. La despedida puede ser muy dura si entra, más sabiendo que después ella se irá a cenar con otro. Sin embargo, no puede decir que no, debe aprovechar cada segundo extra con ella.

—Me vendría bien ese café.

Sacan la maleta del coche y entran en la casa. A pesar de lo limpia que está, Paula se disculpa por el supuesto desorden. Hay algún cúmulo de objetos variados sobre la estrecha mesa de la entrada, es cierto, pero nada que ver con el caos que reina en la casa de Martín cuando no viene Marga, la señora que limpia la suya dos veces por semana.

Martín deja la maleta en el recibidor, junto a la escalera que sube a las habitaciones, y Paula, algo cortada, lo conduce hasta la cocina para preparar el café.

Por el camino Martín puede ver un pequeño aseo y el modesto salón, sencillo pero decorado con buen gusto. La cocina da a un patio trasero no demasiado grande que Paula ha convertido en un pequeño jardín lleno de plantas, con las paredes llenas de macetas con flores de colores, como en los patios de Córdoba. En él, una mesa de hierro lacada en blanco y unas sillas a juego dan un aspecto romántico a aquel rincón.

Paula abre uno de los armarios de la cocina para sacar el bote de café y al estirar el brazo para cogerlo recuerda el coqueteo de esta mañana en casa de Germán, se pregunta si Martín la estará mirando

igual. Lleva la misma ropa y deja ver la misma franja de piel de su cintura.

La respuesta la tiene en cuanto siente la mano cálida de Martín sobre aquella parte de su cuerpo. Se gira estremecida hacia él y lo encuentra de frente muy cerca de ella, mirándola con una intensidad que le acelera el pulso.

No puede hacer otra cosa más que rodear su cuello con los brazos y entregarse al beso que él le da. En ese momento Paula se vuelve gelatina, se derrite cuando Martín roza sus labios. Lo lleva deseando todo el día, en realidad lleva dos semanas deseándolo, aunque durante todo ese tiempo haya intentado ocultarse a sí misma este deseo.

Martín se acerca más a ella y el cuerpo de Paula queda atrapado entre el suyo y la encimera. La eleva sentándola en la fría superficie de mármol y ella lo rodea con sus piernas. No puede dejar de besarla mientras la atrae con sus manos hacia el borde a la vez que con su cuerpo la empuja hacia atrás.

Paula empieza a notar entre sus piernas su propio deseo y algo duro bajo el pantalón de Martín. Lo anhela girando hacia delante sus caderas. Las bocas se devoran con ansia y las manos de Paula acarician con fuerza el torso de aquel hombre, su espalda, sus glúteos. El cuerpo de Martín es fibroso, de proporciones perfectas.

Además de guapo es encantador y besaba como un semidios, llevándola hasta las estrellas.

De pronto una estridente música comienza a sonar a todo volumen haciendo que Martín tense todos sus músculos por un segundo, se separe de Paula y mire perplejo en todas direcciones antes de fijarse de nuevo en ella. Le extraña su actitud, no parece sorprendida, pero sí un poco fastidiada con la interrupción del ensordecedor sonido. Nota que le divierte su desconcierto cuando él le pregunta qué demonios es eso.

Si Paula sonríe significa que la vivienda no está a punto de venirse abajo.

—Es la hora de Michael Jackson. Son las seis de la tarde ¿verdad? —dice ella con cierto hastío.

—Las seis y cinco, sí —dice Martín mirando su reloj—. ¿Qué significa esto?

—Es el vecino, que a esta hora pone ese mismo disco día sí y día no. No sé, es como un ritual que tiene.

—¿Y por qué aguantas esto? ¿No le dices algo?

—Porque no son las doce de la noche y porque sólo dura el tiempo del disco, a veces lo apaga antes de terminar y tampoco lo hace todos los días. Además, el tío es un chulo antipático que, si le habla mal a su mujer, imagínate lo que me puede decir a mí.

—¿Quieres que hable yo con él? —se ofrece Martín.

—No, gracias, eso es cosa mía, tú no vives aquí.

—¿Y no has pensado irte a otra casa?

—Sí, pero me da rabia. Ellos llegaron tiempo después que yo. Y hacer una mudanza es para pensárselo. —Paula baja de la encimera. Martín se ha separado un poco para hablar y ella aprovecha el hueco para poner los pies en el suelo. Se les ha cortado el rollo—. Total, tampoco es tan grave. Lo único es que le estoy cogiendo una manía horrorosa a Michael Jackson. Si ya me gustaba poco antes, ahora lo aborrezco por culpa del idiota de mi vecino.

Martín agudiza el oído, le ha parecido oír algo más a través de la música, pero Paula sigue hablando.

—No sabes lo mal que me cae. El otro día un niño, jugando con una pelota de goma hinchable, le dio a su coche un balonazo, ¡ni siquiera era un balón de cuero, era de plástico!, y él salió de su casa como un energúmeno dándole voces al pobre chaval. Creo que si no llego a estar yo en la puerta de mi casa lo mismo hasta le pega un guantazo. Y el comentario que hizo me dejó muy claro el tipo de persona que es y el poco cerebro que tiene. Le dijo: "Niño, no vuelvas a tocar mi coche, que es lo que más quiero en este mundo, ¿te has enterado?".

—¿En serio dijo eso? —pregunta divertido Martín.

—Sí, tú ríete, pero el muy memo tiene mujer y un hijo pequeño. Supongo que lo segundo que más quiere en este mundo es la música de Michael Jackson. Y lo tercero, ya si eso, su familia.

—Qué triste —concluye Martín.

Observa a Paula y se da cuenta de que está nerviosa, se ha alejado de él y deambula por la cocina mientras comenta lo de su vecino, pero supone que no es sólo por culpa de la música a ese volumen. Tal vez ella no sepa cómo decirle que se marche para poder arreglarse. Un poco más tarde llegará el tipo con el que ha quedado para cenar y es lógico que no quiera que coincidan allí los dos.

—Bueno, Paula, yo me voy —dice.

—¿No te tomas el café? —pregunta ella sin saber bien si quiere que se quede un rato más o que se vaya.

—No, mejor lo dejamos para otro día —dice mirándola fijamente.

Duda si acercarse a ella o dirigirse hacia la puerta. Lo mismo le ocurre a Paula, no sabe si despedirse con dos besos, con uno o conducirlo hasta la entrada. Finalmente ella, caminando para salir de la cocina, dice antes de bajar la mirada:

—Vale, pues queda pendiente el café para otro día.

Aquel pasional beso ha sido relegado a segundo plano deliberadamente. ¿Tan poco ha significado? No, en absoluto, para ninguno de los dos, pero ¿qué otra cosa pueden hacer?

Martín la sigue en silencio, en el fondo se siente mal sabiendo que ella se va a poner guapa —aún más— para otro, pero no quiere que se

le note, ella podría molestarse con él, con razón. Entonces recuerda cuando Bea le dijo que quería un hombre que se peleara por ella… y se entristece.

Él no se atizará con nadie, pero por Paula tal vez luche de otro modo.

En cuanto abre la puerta de la calle él le acaricia la barbilla, le dice adiós y se marcha dándole un casto beso en la mejilla.

Mientras se aleja hacia el coche, Paula se queda en el umbral de su puerta mordiéndose la uña del pulgar. ¿Qué se supone que debe hacer con Martín y con Óscar?

También es mala suerte encontrarse, después de meses sola, con dos hombres que le gustan. Tiene que decidirse ya, antes de llegar a más con cualquiera de los dos, no quiere hacerle daño a ninguno. Aunque sospecha que empieza a ser un poco tarde.

¿Tan difícil es saber por cuál de los dos suspira ella más? ¿O es que le da miedo pensarlo?

13. Óscar

Ha tenido un día duro, de esos que parecen no terminar bien, no obstante, él está convencido de lo contrario. Se siente animado a pesar de tener que ir un sábado a trabajar y de la cantidad de incidencias sucedidas, sobre todo por la mañana.

La tarde se está presentando más tranquila, pero bastante más aburrida rellenando informes y denuncias en el cuartel. Sin embargo, lo sobrelleva bien, a menudo se le cruza por la cabeza la cita que tiene esta noche con Paula y todo lo demás queda en segundo plano, es capaz de relativizar lo que tiene delante dándole la importancia justa.

Desde que se topó con ella en aquel cortijo abandonado a las afueras de Zuheros, no es el mismo. Paula le ha devuelto la ilusión, la esperanza de un nuevo comienzo.

Los compañeros han acusado el cambio, muchos no conocen el motivo, pero otros sí, que son los que se atreven a bromear al respecto. El resto simplemente agradece tener un compañero o un jefe —al que respetan por su profesionalidad casi con genuflexiones— de tan buen humor. Tiene fama de serio y eficiente entre los que no se relacionan mucho con él.

Lo cierto es que su fama de serio es bien merecida, lo reconoce. En los últimos años ha sonreído poco, no encontraba motivos. Sólo su hijo lograba sacarle la sonrisa, pero desde que se desestructuró la familia lo veía mucho menos y con ello desapareció la poca alegría que le pudiera quedar. Hasta hace unos días estaba desencantado con la vida, una cierta apatía invadía su espíritu. Se obligaba a hacer bien su trabajo para no hundirse en la melancolía de quien no espera nada de su propia existencia. Su hijo y el trabajo bien hecho eran las dos únicas motivaciones que lo anclaban al lugar en el que vivía. De no ser por ellos, hace tiempo que se habría marchado.

Laura fue su pareja desde la adolescencia, demasiado jóvenes decidieron irse a vivir juntos. Al principio no les fue mal, él la quería, se habían enamorado en el instituto y parecía que estuvieran destinados a envejecer uno al lado del otro. Casarse y formar una familia parecía el paso lógico que debían dar.

El punto de inflexión llegó cuando nació su hijo. No fue el culpable de su ruptura, por supuesto, pero la manera de enfrentarse a la paternidad y maternidad por parte de uno y otra marcó la diferencia.

Laura adoraba a su hijo, como no podía ser de otra manera, pero también lo sufría, se veía desbordada con el crío. Óscar nunca se lo reprochó, pero ella sentía como si así fuera. Cada vez que él llegaba a su hogar tras la jornada laboral la encontraba justificando la falta de orden de la casa o el retraso en las comidas. A él no se le habría ocurrido echárselo en cara, pero ella parecía creer que se debiera a que se anticipaba con la excusa.

Aquellas primeras fricciones se fueron haciendo cada vez más ásperas, sobre todo cuando Laura no veía respuesta por su parte. Él, sencillamente, comprendía que estuviera cansada, pero ella debía entender que también él lo estaba y que lo único que le apetecía al llegar a casa era ser recibido por su familia con una sonrisa, no con un resumen exhaustivo de la agotadora jornada de su mujer.

Por supuesto él también tenía días malos y se desahogaba contándoselos a ella, pero eran las menos veces y con el tiempo había aprendido a dejar los problemas del trabajo en el cuartel. Lo hablaba con los compañeros y de esta forma separaba su vida personal de la laboral. Quizá no hacerla partícipe de sus historias en el trabajo también contribuyó a alejarse más de ella.

Con la actitud de su mujer en los últimos tiempos, comenzó a no apetecerle tanto quedarse en casa. Pero el aire fresco que suponía la presencia de su pequeño le hacía regresar cada día, compensando todo lo demás. O eso creyó durante un tiempo, porque la situación se volvió insostenible desde la primera vez que llegaron a hablarse a gritos.

Aún recuerda con dolor la ira que les envolvió aquel día, impidiéndoles darse cuenta, durante algunos minutos, del llanto de su hijo. Lo peor de todo es que no se trató de un hecho aislado, no fue la única vez que aquello sucedió.

A partir de entonces, cada vez más a menudo, se demoraba charlando con los compañeros a la salida del trabajo. Se había apuntado al gimnasio e iba a diario y, de no ser por las ganas de estar con su hijo, se habría buscado cualquier otra excusa para salir más a menudo de ese ambiente que comenzaba a enranciarse.

Llevaban demasiado tiempo comenzando a odiarse y, claro, se les pudrió el amor. Ya no veía a Laura como a la persona de la que una vez estuvo enamorado y con la que quiso formar una familia, sino como a una mujer que ya ni le atraía físicamente ni le gustaba cómo era por dentro y que se había convertido en una presencia incómoda, junto a la que no deseaba permanecer más tiempo del necesario.

Por eso, meses después, se plantearon primero darse un poco de espacio y luego separarse definitivamente. Alejandro se merecía unos padres felices, no los amargados que veía a diario.

Desde que se fue de casa no había vuelto a ser feliz, en realidad

sabía que desde mucho antes, pero entonces, con su hijo cerca, lo sobrellevaba mejor. Su vida estaba casi vacía, la desgana le invadía el alma, Alejandro era su único combustible.

Pero tras la separación había dejado de verlo a diario, sólo podía disfrutar de él un día a la semana y uno de cada dos fines de semana desde que ya no tomaba el pecho. Sabía que era lo mejor para el crío, que él no habría podido ocuparse de su hijo como lo hacía Laura, pues él trabajaba fuera de casa y ella no, y que el niño necesitaba en esos momentos mucho más a su madre.

Pero ¿y qué pasaba con él? Él también lo necesitaba, era su hijo. En el momento en que se planteaba estas cuestiones su sentido del deber se imponía a sus deseos y, corrigiendo la trayectoria de sus pensamientos, se decía que el importante de esta historia era su hijo. Era por Alejandro por quien debía sacrificarse.

Él, como adulto, ya sabría gestionar sus sentimientos y necesidades, pero su hijo era pequeño y debía protegerlo, incluso aunque con ello tuviera que renunciar un poco a él.

Cuando se separaron creyó que las cosas entre ellos irían algo mejor, pero no ocurrió así. Laura, que fue quien planteó su salida del hogar, no se tomó nada a bien la ruptura. ¿Y ahora qué quería? ¿ni contigo ni sin ti? Esa mujer era como el perro del hortelano.

Le molestaba verlo llegar un minuto antes a recoger al niño; le fastidiaba que lo llamara por teléfono para que su hijo se familiarizara con su voz —y eso que sólo lo hacía tres veces por semana—; le irritaba cuando decidía llevarlo al parque durante la tarde que le tocaba con él para que jugara al aire libre con otros niños; le incomodaba cuando se empeñaba en acompañarlos para ir a ponerle alguna vacuna.

Joder, era lo mínimo que debía hacer como padre, además de pasarle religiosamente la pensión y no entrometerse más de la cuenta en su manera de criar al niño. Qué menos que estar presente en su vida, aunque no se ocupe del grueso de su crianza ¿no?

Sin embargo, ella ha seguido desde entonces culpándole a él de todos sus males. ¡Pues ya es hora de que vaya haciendo ejercicios de introspección!

Cierto que cuando decidieron tener hijos fue ella la que renunció a una vida laboral, pero eso ya lo hablaron en su momento y él no iba a dejarla en la estacada nunca, aunque no estuvieran ya juntos e incluso ella se comportara como una bruja con él.

Muy probablemente el miedo a no tener recursos económicos con los que cuidar a su hijo, en caso de que él les fallara, fuera lo que hiciera que Laura actuara así. Pero después de tantos años juntos ya debería conocerlo y saber que su sentido del deber le impedirían semejante disparate.

Óscar siempre ha tenido muy claro que el dinero que les pasa pertenece por derecho al niño. Demasiados casos ha visto de padres que se desentienden de sus propios hijos negándoles la pensión para fastidiar a las madres, pero eso no ocurrirá jamás con él. Y, sin embargo, ella sigue odiándolo. Pues no será por una causa justificada.

En fin, que su relación con Laura ya no tiene solución y es una pena porque estará vinculado a ella durante el resto de su vida a través de su hijo.

Desde poco después del nacimiento de Alejandro arrastraba el lastre de su apagada existencia. Su hijo era la única luz, pero eran demasiados los días sin él y la mayor parte del tiempo permanecía su vida en la sombra.

Ahora todo parece haber cambiado desde que encontró a Paula. Ha vuelto de nuevo el color y la luz. Vuelve a recordar lo que es reír y sentirse feliz.

Hace unos días el cabo Ramos y él habían salido a patrullar por los alrededores de Zuheros. Pasaron junto a un vehículo estacionado en la cuneta de una carretera que subía a la sierra. Por allí circulan pocos automóviles y esta no es época de caza, de modo que decidieron parar a investigar si se trataba de un coche abandonado —como en demasiadas ocasiones encontraban, afeando el paisaje— o de algún cazador furtivo.

Pocos metros más allá, junto a la oxidada verja de un cortijo abandonado años atrás, vieron la silueta de una mujer. ¿Qué hacía allí? ¿Estaba sola? Su compañero se encargó de hacer las preguntas cuando se acercaron y bajaron del coche patrulla.

A él no le pareció sospechosa de nada y se limitó a estudiarla. Era guapa, de unos veintiséis o veintisiete años, con una voz agradable y unos ojos con un punto melancólico que le recordaron a sí mismo.

Pronto percibió su irritación debida al tono autoritario que estaba empleando con ella su compañero y le hizo gracia su forma de encararse con él, probablemente se habría comido a Ramos con patatas de no haber llevado éste el uniforme puesto. Lo cierto era que el cabo se estaba excediendo un poco y decidió pararle los pies.

Normalmente las llamadas de atención se hacen después, para no desacreditar a un compañero delante de un civil, pero es que aquel joven se viene arriba con demasiada frecuencia. No niega que a veces venga bien esa actitud dominante para determinados cometidos —siempre y cuando no sean capaces de hacerse respetar de otra forma —, pero en este caso la mujer sí estaba colaborando.

Tras su intervención la situación se relajó. La chica había dejado la documentación en su coche y lo mejor era separar a esos dos, de modo que la acompañó hasta el vehículo disculpándose por el comportamiento de su compañero. ¿Desde cuándo pedía él disculpas

por un subordinado? Pero le pareció que ella lo agradecía y por alguna extraña razón a él le agradaba contentarla.

Fue un breve pero agradable paseo en el que le divirtió la cara de estupor de ella cuando se le escapó una pregunta retórica en la que se comparaba con una psicópata armada. Aquella criatura no podría hacer daño a nadie, era pura luz.

Al llegar al vehículo le sorprendió que no lo hubiera cerrado, era tan confiada que enternecía. La vio volcar su bolso sobre el capó, como si no tuviera nada que ocultar, buscando su documentación. De él salieron muchos objetos personales, entre ellos una navaja suiza con la hoja de un tamaño que excedía el límite legal, aquello era un arma blanca en toda regla que no estaba permitido llevar encima. Pero a él no se le ocurrió hacer siquiera un comentario, seguro que era la persona más apropiada para llevar una herramienta tan útil como aquella y con menos peligro de usarla para agredir a nadie.

A esas alturas ya le empezaba a sonar su cara, pero no la ubicaba y era extraño, porque alguien así no se olvida.

La chica se puso nerviosa al no encontrar la cartera, no tanto por el valor del contenido en sí como por la posible sanción que pudiera caerle. Oscar la tranquilizó y le pidió los datos. Se fiaba de ella y era bastante raro en él, pero la familiaridad de su cara le decía que no era una extraña.

Fue así como se enteró de cómo se llamaba: Paula.

No le decía nada ese nombre. Sin embargo, tras una breve conversación, sentía como si la conociera de siempre, eso no le pasaba con ninguna otra persona desde hacía mucho tiempo.

Le indicó que sin carnet no podrían dejarla conducir y fantaseó con la idea de llevarla en su coche patrulla cuando supo que no tenía pareja que pudiera venir a buscarla —de lo cual se alegró, debía admitir—, pero entonces ella recordó que era posible que se le hubiese caído la documentación dentro del cortijo.

Era curioso, pero incluso aunque le hubiese dicho que acababa de descuartizar a alguien en aquel lugar habría querido ayudarla, un ser así habría tenido una poderosa razón para hacerlo.

Afortunadamente encontraron la cartera en uno de los patios de aquella propiedad y al mostrarle el DNI vio que los datos del domicilio no coincidían con los que ella le había dado. También en esta ocasión la creyó. Su compañero a esas alturas ya la habría multado. Varias veces. Pero al descubrir quién era y de dónde procedía se reconocieron de los tiempos del instituto.

A partir de ahí todo se relajó mucho más entre ellos dos. Paula le confesó que él le gustaba por aquel entonces y él se sintió un poco adolescente en esos momentos. Él también la recordaba ahora del patio del recreo, a ella y a su *amiga gemela* (como él las apodaba), y

sus hormonas parecieron alterarse de la misma manera, aunque algo activas ya estaban desde el momento en que le dirigió la primera mirada, cuando el cabo Ramos la interrogó fuera de aquel cortijo.

De pronto se vio a sí mismo ligando como no hacía desde entonces. Porque, siendo sinceros, desde la adolescencia no practicaba este arte. Se echó novia en el instituto y le fue fiel hasta hacía poco más de medio año, cuando cortaron definitivamente la relación.

Algún tonteo sin importancia con compañeras ha tenido entre medias, pero nada serio y sólo por seguir sintiendo que aún puede gustar a las mujeres. Nunca ha querido usar esas aplicaciones que ayudan a ligar, es demasiado clásico.

Pero parecía que no se le estuviera dando mal. Lástima que su compañero les trajera de vuelta a la realidad.

Acompañó a Paula de nuevo a su coche y se sorprendió hablándole abiertamente de su hijo y su relación quebrada con Laura. Ella no pareció asustarse porque él fuera padre y le dio la sensación de que quedaba aliviada cuando le dijo que ya no vivía con su ex. De modo que se atrevió a pedirle una cita.

Así que por fin se ilusiona con alguien como no lo hacía desde su pubertad. Esa chica le gusta de verdad y sabe que él también le atrae, lo ve en su mirada.

Después de todo, machacarse en el gimnasio le ha servido para algo más que para evadirse de su amargada vida; al menos ha conseguido llamar su atención.

Lo había pasado muy bien con Paula la tarde que salió con ella a tomar café y que se alargó hasta una improvisada cena por Montilla. En la puerta de su casa se atrevió a besarla y no se sintió extraño por hacerlo con alguien que no fuera Laura. Le gustó y ahora quiere repetir.

Paula es un espíritu libre difícil de cazar pero que cuando se deja atrapar es generosa y llena de luz los rincones más oscuros del alma. Aún no se explica cómo ha tenido tan buena suerte. Obviamente, tiene que conocerla mejor, sabe poco de su vida, pero para eso ha vuelto a quedar con ella tan pronto, no puede dejarla escapar.

Esa es la razón por la que está tan contento últimamente, ha conocido a alguien especial con quien vislumbra un futuro. Aunque tal vez se esté precipitando un poco. Él lleva de mochila a un niño pequeño y a una expareja con la que no se lleva bien, cualquier mujer no acepta algo así. Pero intuye que Paula podría ser la que lo haga, al menos lo intentará con ella, seguro que no se equivoca.

Tanto ha cambiado él en los últimos días que, recordando las incidencias de esta misma mañana, de haber ocurrido sólo un par de semanas atrás muy probablemente no se habrían resuelto de la misma manera, debe reconocer.

El cabo Ramos metió la pata, está claro, amenazó a un taxista con quitarle la licencia por cometer una infracción que él, la verdad, no vio. Es más, juraría que el culpable del "casi" accidente fue su compañero Ramos. Este no había encendido las luces ni activado la sirena del coche, de modo que aquel pobre conductor de taxi no pudo verlo mientras circulaba por donde debía, no así su compañero que invadió el carril esperando que el hombre se apartara a su paso. Sí, el taxista debió estar más atento a sus trescientos sesenta grados, pero ¿quién se iba a esperar ver aparecer un coche patrulla en su carril saliendo de la nada y sin previo aviso?

Una semana antes habría zanjado la situación con autoridad, no dando ni quitando la razón a nadie o incluso dejando que lo resolviese el incompetente de Ramos, pero hoy se ha esmerado por calmar los ánimos de su compañero y disculparse con el taxista, cuya indignación no podía mostrar delante de la guardia civil que tantas excusas podría alegar para multarlo.

Poco después habían tenido que reducir a un individuo violento que pretendía pelearse con medio bar tras la ingesta de un número indeterminado de cervezas. Normalmente con su simple presencia uniformada cualquiera obedece, pero este hombre, por llevar una buena carga de alcohol en sangre y ser bastante agresivo, no atendió a razones. Además, era casi igual de corpulento que él —aunque peor proporcionado, todo sea dicho— y tuvieron que emplearse a fondo para llevárselo sin lamentar daños físicos ni desperfectos en el mobiliario del local.

A veces se pregunta por qué sigue haciendo estos trabajos de calle. Tiene edad y categoría suficientes para quedarse en un despacho si quisiera; pero en el fondo sabe que eso no es lo suyo. Necesita la poca adrenalina que le brindan estas situaciones, de otra forma su vida sería demasiado plana.

Por si fuera poco, de camino al cuartel, con el detenido esposado por resistencia a la autoridad sentado en el asiento de atrás del coche patrulla, tuvieron una pequeña persecución a la caza del motorista sin casco que excedía el límite de velocidad y que había pasado por delante de ellos sin ningún pudor, casi con burla.

Le sorprende de lo bien que ha llevado hoy esta serie encadenada de sucesos. Ha llegado a verlo todo casi con humor, incluido el perpetuo estado de tensión del cabo Ramos.

¿Cómo es posible que una mujer sea capaz de conseguir que se lo tome todo con tanta filosofía? Porque no le cabe duda de que es Paula la que, colándose en su cabeza, ha conseguido que vea el mundo de una manera más amable que como habitualmente lo percibe.

Normalmente los días que hace guardia terminan con él repantingado en su sofá con un trozo de pizza pillado de camino a

casa y quedándose frito con alguna película o serie en la tele. Pero hoy, a pesar de ser sábado y haberle tocado ir a trabajar, no nota el cansancio y se siente con ánimo suficiente para llevar a Paula esta noche a cenar. Incluso está algo nervioso. No sabe cómo terminará la velada, sólo tiene ganas de que comience.

14. La cena

Casi dos horas después de haberse marchado Martín, Paula se encuentra frente al espejo del cuarto de baño maquillándose. Se está poniendo nerviosa, no le sale la línea del ojo y ya son casi las ocho.

Si Óscar es muy puntual —y sabe que lo es— llegará de un momento a otro y ella aún no se ha calzado ni elegido el bolso. Ha perdido mucho tiempo decidiendo qué ropa ponerse y ha empezado tarde a arreglarse.

Quiere estar guapa, eso la hará sentirse más segura, pero sin parecer demasiado sexi, hoy no toca. Por eso ha optado por aquel vestido azul petróleo que le sienta tan bien, marcando sus curvas sin ceñirse demasiado pronunciándole el pecho.

Parece que por fin la línea sale simétrica con la del otro ojo, ahora toca un poco de rímel y el pintalabios. Se está dando el último retoque cuando suena el timbre de la entrada. Del sobresalto el carmín se sale de su trayectoria manchándole más allá de la comisura de los labios. «*¡Maldita sea!*», se pone nerviosa, ahora tiene que corregir aquel desastre y requiere más concentración. Pero sabiendo que Óscar está en la puerta ya no puede centrarse, está alterada, tiene que abrir, pero no puede salir con la cara como un esperpento. ¿Para qué porras se pinta?

—¡Un momento! —grita desde el baño de la planta de arriba, aun siendo consciente de que no la oye.

Segundos más tarde el timbre vuelve a sonar. Paula abre la puerta del balcón de su habitación, que queda justo encima de la entrada de la casa, y asomándose a medias vuelve a repetir:

—¡Un momento, Óscar! Salgo en seguida.

—De acuerdo, no hay prisa —responde él dando un par de pasos atrás para mirar hacia el balcón de arriba. Pero no logra verla, sólo distingue la cortina ondeando hacia fuera.

Por un momento piensa lo fácil que sería colarse en aquella habitación. Desde la reja de la ventana de abajo hasta el balcón podría escalar casi hasta un niño. Además, la puerta de arriba no tiene ningún tipo de seguridad, se trata de una hoja de cristal con marco de aluminio sin reja ni contraventana.

No puede negar que lo suyo es deformación profesional.

Siete minutos después sale Paula por la puerta pidiendo disculpas

por hacerle esperar. Óscar se queda algo pasmado cuando la ve, está preciosa con ese vestido azul hasta las rodillas que deja entrever sus hombros y brazos a través de las mangas de encaje. Con aquellos tacones gana al menos diez centímetros y aun así le saca algo más de media cabeza.

Paula se acerca con determinación y le da dos besos, quiere evitar la tentación de que puedan saludarse con uno en la boca. Fugazmente se le vienen a la mente los besos que se ha dado sólo un par de horas atrás con Martín, pero se obliga a enterrarlos de nuevo, ahora está con Óscar y tendrá toda su atención.

—Estás muy guapa —dice él sin dejar salir nada más halagador, y eso que en su cabeza tiene decenas de vocablos para describirla.

—Gracias, tú también. Estás espectacular con esa chaqueta que parece hecha a medida.

—Lo es. Me cuesta mucho encontrar trajes de mi talla, así que fui a un sastre hace un año y le encargué dos, una de invierno y otra de primavera. No las uso mucho, pero ahí las tengo para ocasiones como esta.

Paula lleva su chaquetilla y el bolso en las manos y cierra la puerta enganchándola con el pie y retirándolo en el último momento.

—¿No echas la llave? —pregunta Óscar, acaba de recordar que la vez anterior ella tampoco aseguró la puerta y con la emoción del momento se le pasó decirle nada, pero ahora que hay algo más de confianza no quiere dejarlo estar.

—No, ¿para qué? No se puede abrir desde fuera.

—Si no cierras con llave, se puede abrir con una simple tarjeta o lámina de plástico dura. Además, te has dejado el balcón abierto.

—¿Quién va a querer entrar? No seas desconfiado —dice Paula dándole un codazo.

—Es que en mi profesión he visto de todo, Paula, y unas mínimas medidas de seguridad evitan tentaciones por un lado y sustos por otro.

—Está bien —dice ella haciendo una divertida mueca de rendición —, subiré a cerrar. Pero más que nada para que no se me cuele ningún bicho por el balcón, que los temo más que a los humanos.

Óscar pone cara de asombro, esta chica es una caja de sorpresas, ¿le da más miedo un bicho que un ladrón? Mientras Paula abre la puerta, él, señalándole los zapatos, le dice:

—Déjame subir a mí a cerrar, iré más rápido.

—De acuerdo —se lo agradece ella, con esos tacones no puede correr por las escaleras.

Óscar llega arriba en cuatro zancadas, entra en la habitación de Paula y la atraviesa para cerrar la puerta del balcón. De un breve vistazo observa que tiene la cama llena de prendas extendidas y varios pares de zapatos a los pies de ésta, eso le hace sonreír. Deduce que

habrá estado probándose varios modelos.

Con aquel vestido rojo de gran escote que hay encima de la cama habría estado aún más espectacular, pero probablemente no quiere dejarlo babeando en su primera cena. Cierra el balcón rápidamente y cuando vuelve sobre sus pasos se percata de que la luz del baño de la habitación se ha quedado encendida.

Al acercarse a apagarla descubre sobre la repisa situada bajo el espejo todo un arsenal de productos cosméticos. Vuelve a sonreír, a Paula no le hace falta nada de eso, con la cara lavada también está preciosa. Aunque ha de admitir que el carmín resalta aún más sus ya carnosos labios.

Apaga todas las luces y baja en otras tres zancadas. A pesar de haber subido y bajado a la velocidad del rayo, su respiración apenas se ha alterado. El atlético cuerpo de Óscar llama la atención de Paula —y de cualquiera que lo mire—, ostenta una fuerza descomunal y además es muy ágil a pesar de no tener ya veinte años.

Mientras se dirigen al coche él le pasa la mano por la cintura en un gesto que a Paula le crea turbulencias en el cerebro. Por un lado, le parece algo posesivo y primitivo, por otro, le reconforta la fuerza y el poder que emana, junto a él siente que todo está controlado.

Al llegar al coche, Óscar le abre la puerta y, cuando ella se acomoda dentro, se la cierra. Paula piensa que estará acostumbrado a hacer eso con las personas que detiene. Se lo imagina colocándole la mano en la coronilla y empujándola dentro del coche, con ese gesto tan típico de los agentes al meter en el vehículo al sospechoso para evitar el cabezazo al entrar.

La escena mental de ella detenida con las muñecas esposadas le hace gracia. No se le ocurre pensar que abrir y cerrar la puerta sea un gesto de galantería de los de antes, de cuando los hombres eran unos caballeros y las mujeres unas damas. ¡Pero ella qué va a saber, si no ha vivido aquella época!

Llegan a uno de los mejores restaurantes de Montilla, que a esas horas está bastante concurrido. El local es amplio, con numerosas mesas bien vestidas y en el que los camareros son simpáticos y bastante educados, de los que le hacen a uno sentirse como un cliente destacado.

Paula no ha estado nunca allí, ha oído hablar muy bien de aquel sitio y también que es difícil, si no imposible, reservar mesa en él con tan poca antelación.

Alguien le comentó en cierta ocasión que se podían probar sus tapas en la barra sin necesidad de reserva, pero siempre está a tope y ella no tiene paciencia para hacer cola.

Así pues, esta es la primera vez que entra y le sorprende el moderno diseño del local. Se había imaginado un fastuoso restaurante con

mucha pompa, pero nada más lejos de eso. El diseño arquitectónico, de paredes de ladrillo visto y techos altos con modernísimas lámparas, le llama la atención, pero aún más la enorme barra, que es como un sub local dentro de la enorme estancia que conforma el comedor. Hay tanta gente alrededor de aquella que apenas se ve el material del que está hecha o su diseño, que supone espectacular teniendo en cuenta el resto del local.

No les hacen esperar, tienen mesa reservada. Se sientan y, mientras eligen lo que van a cenar, piden un vino amontillado, como no puede ser de otra manera estando en la localidad en la que se encuentran.

El segundo vino se lo toman durante la comida, a Paula le está encantando. Los platos son exquisitos, con una moderna presentación y con productos de primera, que a poco que se elaboren dan un resultado excelente. La fama del local es bien merecida, no cabe duda.

Un magnífico plato de comida siempre pone de buen humor a Paula, pero es que, además, Óscar no ha parado de hacerla reír en toda la cena, cierto que el buen vino también la predispone a la risa fácil.

Tras la espléndida cena, piden una última copa de Pedro Ximénez, un vino muy dulce hecho de pasas con una graduación alcohólica algo mayor que la de un tinto, aunque menor que la de los amontillados que llevan bebidos. Después de éste, ya ella no puede pedir postre, no así Óscar, que come con gusto todo lo que le ponen por delante, y eso que se está comidiendo para no asustar a su acompañante, pues sería capaz de ingerir el doble de lo que acaba de cenar. Aquel cuerpo no se mantiene del aire.

Disfrutan mucho de la cena y, justo al terminar el vino de pasas, Óscar le comenta con cierto misterio a Paula:

—Mira con discreción cuando yo te lo diga. ¿Conoces de algo al tipo que hay en la barra, junto a una rubia, en la esquina de la izquierda? No mires todavía. Me he dado cuenta hace rato de que nos mira mucho y no sé si es por ti o por mí. Si lo conoces, me relajo, aunque no sé por qué no ha venido a saludarte. Pero si no es así habrá que tener cuidado, por si su objetivo soy yo.

—¿No serán paranoias de sargento de la guardia civil? —pregunta Paula medio en broma.

Lo cierto es que se muere de curiosidad por mirar atrás. «*Qué intriga. ¿Quién será?*» Hace un repaso de sus conocidos de Montilla.

Un tipo con una rubia no puede ser Tomás, porque Charo es morena. Y la única rubia de la oficina es Montse, una respetable señora a punto de jubilarse a la que nadie describiría con ese apelativo tan evocador. “Una rubia” suena a pibón, a chica joven y guapa. Y no es que Montse sea fea, pero a su edad nadie la llama rubia, la verdad.

Probablemente a quien miren sea a Óscar, pero le parece una

exageración la inquietud del guardia civil.

—Puede ser, pero no sería la primera vez que alguien me reconoce fuera de mi trabajo. Y no suelen ser encuentros agradables si no se trata de amigos —. Más de una vez se ha topado con la mirada torcida de algún detenido por él que lo ha reconocido en el supermercado o mientras pasea con su hijo y aunque no les tiene ningún miedo, cuando va acompañado no le gusta este tipo de encuentros, por lo que pueda pasar.

—¿Puedo mirar ya? —pregunta Paula sin quitar ojo a Óscar.

—No, espera.

Hablan de lo mucho que ha cambiado la percepción que tiene hoy día la gente del oficio de guardia civil, de la aceptación actual entre la población. Y en esas están cuando de repente Óscar le dice a Paula con un gesto de barbilla:

—Ahora que está hablando con el camarero puedes mirar.

Paula se gira y unos segundos después lo ve. Allí, sentado junto a la barra, está Martín con una copa de cerveza vacía y parece que le pide algo al camarero, tal vez otra.

No se lo puede creer, ¿la ha seguido?, ¿por qué está allí?, ¿y quién es la rubia que lo mira sonriente a su lado?

Mientras el camarero le atiende, lo ve intercambiar un par de frases con la chica, efectivamente, una rubia bastante joven y mona, es decir, todo lo que evoca esa palabra.

Vaya con Martín, se ve que no puede estar solo ni un par de horas. Pero, claro, quién es ella para hablar, si también está con un hombre. Y no con un hombre cualquiera, ella está con Óscar.

Aun así, no le gusta lo que ve, pero debe disimularlo. Ahora se acuerda de Bea y de lo fácil que le resultó llevárselo de la boda.

La situación es bastante incómoda, ¿cómo se lo explica a Óscar? Se gira de nuevo hacia su acompañante, que espera expectante la respuesta.

—Sí, lo conozco, es un amigo.

—Entonces no cabe duda de que te miraba a ti. Ya puedo relajarme, pero sólo en parte. Porque es normal, estás preciosa esta noche, a cualquiera se le irían los ojos. De hecho, él no ha sido el único que te ha mirado en este restaurante.

Paula se ruboriza aún más, ¿cómo debe tomarse esas palabras? ¿Y qué debe hacer ahora?, ¿debe hacer como si no lo hubiera visto o ir a saludarlo y presentárselo a Óscar? No, esta última no es buena idea, ninguno es tonto y habría tensión entre los tres porque ella disimula fatal.

—Voy un momento a saludarlo, ¿vale? —dice levantándose rápidamente, antes de que Oscar pueda responder, en un intento de evitar que se conozcan.

Se dirige a la barra y antes de que se presente ante él, Martín gira la cabeza y la ve llegar.

Su rostro pasa por varias fases expresivas: inicialmente de sorpresa al encontrarla tan cerca ya, no esperaba que se acercara; torna a alegría viéndola tan decidida y hermosa caminando hacia él; pero en seguida se ensombrece al darse cuenta de lo seria que ella lo mira.

A medida que se aproxima, Paula va analizando la situación. Él está en el mismo restaurante que ella con una chica rubia a su lado. Parecen estar tomándose una caña juntos mientras tapean. Está en su derecho, ella está cenando también con Óscar, pero al menos ella ha sido sincera y en todo momento él ha sabido que esto ocurriría. Paula sabe que no tiene ningún derecho a reprocharle que esté con otra, y sin embargo un oscuro sentimiento se aloja en su interior. ¿Está enfadada? Se sorprende a sí misma con la respuesta.

—¿Qué haces aquí, Martín? ¿Me has seguido? —le pregunta sin saludar.

—No, yo… ya estaba aquí cuando te vi llegar.

La chica rubia se aparta unos pasos al captar el nerviosismo de él. Está claro que entre estos dos hay algo y ella está de más allí.

Una lástima, el chico es guapo e interesante, tal y como había intuido en la cafetería un rato antes, pero parece estar pillado por la que lo increpa con cierta vehemencia. Tal vez no ha sido tan buena idea intentar encontrarlo, tras terminar su turno, en los locales que le recomendó.

—Vaya, qué casualidad —dice Paula escéptica.

—Es que al salir de tu casa me fui a tomar un café. Después me di un paseo por el pueblo y cuando volvía al coche le pregunté a la camarera que me había atendido por algún sitio para cenar—se excusa Martín mirando a la rubia, lo último que quiere es que ella piense que está ligando con otra—. Y me aconsejó éste, ¿verdad Isa?

Paula lo escucha seria. Mira a la tal Isa, que se ha retirado un poco, no del todo, dejándoles espacio, pero sin terminar de abandonar su plaza. Observa cómo sonríe a Martín a la vez que afirma con una leve inclinación de cabeza confirmando sus palabras. La chica, al notar su densa mirada, se disculpa y desaparece en dirección a los lavabos.

Es guapa, bastante joven, y él la ha llamado por su nombre. ¿Cómo, si no, iba a hacerlo? Paula, en ese momento se siente insegura, como una más en su lista de conquistas. ¿Él se dedica a invitar a cenar a todas las camareras guapas que le atienden? ¿Tanto necesita la compañía femenina que no puede quedarse solito a la hora de la cena? «*Mira quién fue a hablar*», piensa. ¿Y por qué está celosa, si es ella la que se ha ido con otro? Pero no es lo mismo, se justifica mentalmente, lo suyo ya había sido planificado mucho antes y él fue consciente de ello en todo momento.

Con cada razonamiento se da cuenta de que no puede reprocharle nada, un par de besos no le dan derecho a exigencia alguna. Si ella misma no le pertenece, él tampoco es de su propiedad.

—Cuando os vi entrar quise marcharme —continúa Martín—, pero ya había pedido y… Lo siento, Paula, de verdad, no quería incomodarte. Cuando la camarera me habló del sitio me dijo que había varios restaurantes buenos aquí en el pueblo y que en éste era muy difícil reservar mesa con menos de dos semanas de antelación, pero que en la barra se tapeaba muy bien sin necesidad de reserva. Supuse que él te llevaría a cualquiera de los otros, por eso vine aquí. No creas que quería encontrarme contigo, no soy tan masoquista. Tampoco esperaba encontrármela a ella aquí, llegó después de vosotros.

La chica de la cafetería, a la que en un principio no reconoció a pesar de haberla visto dos veces esa tarde, se había acercado a hablar con él en la barra cuando más despistado andaba mirando hacia la mesa de Paula. Se había visto obligado a entablar conversación por cortesía, pero en lo único que pensaba era en largarse cuanto antes.

No pretendía que Paula lo viera allí, pero ya es tarde y ha ocurrido. Y, aunque es evidente que la joven rubia no tiene nada que hacer al lado de Paula, en el fondo le gusta pensar que ella pueda sentir algo de los celos que a él le corroen al verla con aquel tipo, a pesar de que, en el improbable caso de que ella los tenga, sean celos totalmente infundados. Pero ¿puede decir lo mismo de los suyos? No se lo planteará.

Paula no sabe qué decir, Martín parece sincero al justificarse y ella no tiene ningún derecho a exigir ese tipo de explicación, pero lo cierto es que no le gusta verlo con otra ni que él la vea con otro. La situación es harto incómoda porque tampoco le gusta que Óscar la vea con Martín. Mira atrás, hacia la mesa donde está su acompañante sentado, y ve que los observa. ¿Y ahora qué hace?

—No te preocupes, Paula, yo ya me voy, acabo de pedir la cuenta —dice Martín entendiendo la embarazosa situación en la que ella se encuentra—. Por cierto ¿tu amigo es monitor de musculación o algo así? Está bastante cachas.

—Es guardia civil y va al gimnasio, sí. Así que ten cuidado con él —dice ella permitiéndose la broma.

—Lo tendré. Mejor no enfadarlo entonces —dice Martín no tan en broma, aunque él también goce de una buena percha.

En ese momento Paula ve cómo la rubia regresa del baño y se acerca de nuevo sin prisa, como dejándoles tiempo para despedirse.

—Bueno, Martín, me voy, Óscar me está esperando.

—Espera Paula —dice él alargando hacia ella la mano sin llegar a tocarla.

—¿Qué?

—¿Puedo llamarte otro día? —La pregunta no sólo implica permiso para telefonearla, sino también información acerca de su situación con el tal Óscar. Si la respuesta es negativa, significará que ella ya ha decidido, pero si es afirmativa, implicará que aún tiene posibilidades y no piensa rendirse tan pronto.

También es muy consciente de que la noche aún no ha terminado y que, por el momento, ella estará con aquel tipo unas horas más. Si tuviera un poco de dignidad, se habría largado hace ya rato y decidido su propio desenlace de la historia, tal vez incluso con la rubia. Pero no está dispuesto a sacrificar el futuro, al menos el inmediato, que ha deseado con Paula por un poco de orgullo, ya no es un adolescente arrogante.

—No lo sé, Martín. Ya te llamaré yo, ¿vale?

Esa respuesta no le sirve, lo deja con una mayor incertidumbre, pero no tiene más remedio que aceptarla. Dar pena no es la mejor manera de conquistarla y acaba de perder muchos puntos con aquella desafortunada coincidencia.

—Claro, cuando quieras me das un toque y quedamos. Adiós Paula —se despide.

—Adiós Martín.

Paula se da la vuelta y se dirige de nuevo a su mesa intentando que su rostro no refleje su estado de ánimo. El encuentro le ha aguado la cena.

Unos pasos más adelante, se cruza con la rubia a la que saluda con una cumplida sonrisa no demasiado sincera y la joven se la devuelve despidiéndose con su fuerte acento cordobés. Ninguna espera volver a ver a la otra, a ser posible; aunque viviendo en el mismo pueblo será complicado no coincidir en alguna parte.

A mitad de camino en línea recta entre Óscar y Martín, Paula se para un segundo, necesita aclarar ideas. Hace un gesto a Óscar para indicarle que va un momento al baño y desvía noventa grados su trayectoria enfilando sus pasos hacia los aseos.

Los dos hombres la observan desde sus respectivas posiciones. Cuando ella desaparece de sus vistas, ambos cruzan las miradas manteniéndolas durante unos tensos segundos, hasta que la rubia llama la atención de Martín acercándose a su oído para decirle algo. Éste se ve obligado a sonreír, casi agradeciendo la distracción. En ese momento llega el camarero de la barra para entregarle la nota de la cuenta. Saca su cartera, paga y se marcha del restaurante seguido de la chica.

Óscar se levanta de la silla cuando los ve salir por la puerta del local y los sigue unos pasos fuera del restaurante sin que ellos se percaten. «*Si se van juntos me olvido de él*», piensa. ¿Quién será? Ha

notado que Paula se alteraba en su presencia. Tendrá que investigarlo.

Ve que se dirigen a un todoterreno, el tipo y la chica intercambian un par de frases y se despiden con dos besos antes de que él entre solo en el coche. Memoriza la matrícula y marca un número en su móvil.

—Aquí Guerrero. ¿Quién hay de patrulla cerca de Montilla? —pregunta sin saludar a su interlocutor al otro lado de la línea.

Tras la breve respuesta, añade:

—Quiero que le hagan un control de alcoholemia a un conductor. Ahora envío ubicación actual, matrícula, datos del vehículo y dirección que ha tomado.

15. Conexión

De nuevo en el local, Óscar vuelve a sentarse en su silla. Aquello no ha sido muy honesto por su parte, la verdad, pero tiene que saber de quién se trata y si da positivo en el control de alcoholemia verá la denuncia en el cuartel al día siguiente. Lo ha visto beber, de modo que será lo más probable.

Termina de teclear algo en su teléfono cuando Paula llega del aseo. Guarda su móvil y, sonriendo, le pregunta:

—¿Seguro que no quieres probar este postre? Está de muerte.

—No, gracias, he comido demasiado esta noche. —Y agradece mentalmente que no le pregunte por Martín, se ha dado cuenta de que ya no está en el restaurante, así como tampoco la rubia.

Pero no se va a librar tan fácilmente del interrogatorio.

Tras el postre, Oscar pide la cuenta, paga y salen del restaurante. En la acera, junto a la puerta del local, se detiene un momento para guardar la cartera haciendo que Paula también se pare.

—¿Quién era ese tipo, un exnovio tuyo o algo así? —le pregunta de pronto.

—¿Eh? No —dice nerviosa—. Es sólo un amigo.

—Pues parecía bastante colado por ti.

Y en seguida se arrepiente de haberlo dicho. Él también se está colando y no quiere desviar el foco de atención hacia otro hombre, que además parece turbarla.

—No sé si te diste cuenta de que iba bien acompañado —dice ella esbozando una sonrisa que no llega a sus ojos.

Óscar no quiere decirle que lo ha visto irse solo en su coche; pensaría mal de él por seguirlo y bien del otro por no quedarse con la rubia. Esa ventaja no piensa dársela.

—Una cosa no quita la otra. —le contesta. La turbación de Paula es evidente, de modo que cambia de tema—. Te propongo tomarnos una copa en otro sitio. ¿Dónde podemos ir un sábado a estas horas?

Paula aprovecha también para abandonar definitivamente la cuestión por esta noche, no obstante, no será sencillo sacársela de su propia cabeza. Está molesta con Martín, no le ha gustado verlo en el restaurante. ¿O tal vez no le ha gustado verlo acompañado?

Pero ahora está con Óscar y le debe toda su atención, quiere olvidarse de Martín y sus compañías. Le habla de un par de locales en

los que suelen poner buena música y se alejan del restaurante para tomar esa copa en alguno de aquellos pubs.

Óscar es un tipo divertido tras esa fachada de hombre serio y con autoridad, sabe mantenerla con una sonrisa constante en los labios. En su trabajo tiene fama de no tomarse nada a broma, pero en su vida privada es capaz de desprenderse de ese rol y convertirse en el hombre sentimental y amable que es. Solo que en los últimos dos años no ha dejado ver mucho esa faceta suya.

A Paula le trae recuerdos de su adolescencia, de cuando ella y sus amigas soñaban con él en el instituto. Y, sin embargo, ahora le parece mucho más atractivo que entonces.

Si su amiga Sofía se enterase de que ha cenado con él se moriría de envidia, aquel hombre fue su amor platónico desde que lo vio en el recreo por primera vez y, claro, se lo contagió un poco también a ella. Qué locas, ¿qué habrá sido de ella? Hace tiempo que no habla con su amiga de la adolescencia.

Perdieron el contacto hace un par de años, cuando Sofía se fue a vivir a Málaga. Pero seguro que si la llama seguirán como si nunca hubieran dejado de verse. En el último lustro han coincidido poco, pero cuando lo hacen es como si se hubiesen visto ayer, se tratan con la misma familiaridad. Con Sofía siempre ha sido así, basta una llamada para ponerse al día y seguir como siempre otra larga temporada.

Recuerda el tonteo que se traían las dos en el instituto cada vez que veían a Óscar en el patio del recreo. La de barbaridades que soltaba Sofía por esa boquita mirándole el culo cuando pasaba delante de ellas. Siempre pensaron que, a pesar de tener novia, al Óscar adolescente le molaba provocarlas porque ni un solo día dejaba de pasar cerca de su amiga y de ella buscando su ración diaria de cuchicheos y risitas. Más de una sonrisa vieron en su cara cuando los comentarios de Sofía llegaban a sus oídos por ser demasiado altos (de contenido y de volumen). ¿A qué chaval de 16 o 17 años no le gusta tener un club de fans? Y ellas dos eran sus principales grupis[3], sin duda.

Asoma una sonrisa a sus labios, que Óscar capta cuando termina de pedir al camarero en la barra del pub.

—¿Lo estás pasando bien? —pregunta acariciando el brazo de Paula.

—Sí. Estaba recordando nuestros tiempos del instituto. Por aquel entonces nunca habría pensado que te convertirías en guardia civil, casi te hacía más en el otro bando, en el de los malotes.

—¿Por qué? Si era muy formalito. Tenía novia y era fiel, aunque de vez en cuando mirase a las de primero que no me perdían de vista en el recreo —dice guiñándole el ojo.

—Tal vez porque ibas en moto y fumabas —dice ella tratando de dirigir la conversación hacia otros derroteros, no le va a dar el gusto de admitir lo locas que estaban Sofía y ella por él.

—Te vas a reír de mí, pero lo de la moto fue una de las causas por las que decidí entrar en el cuerpo. Siempre envidié las motos de la guardia civil y convirtiéndome en uno de ellos podría tenerla sin necesidad de comprármela. De hecho, mis primeros años de servicio me los pasé encima de una. Hasta que ascendí y ahora me llevan en coche patrulla cuando no me apetece conducir. Pero aún puedo subirme a una moto cuando añoro el viento en la cara.

Paula se lo está pasando muy bien con Óscar y durante todo este tiempo se ha olvidado casi por completo de Martín y de su última conquista.

Se han tomado sólo una copa, pues él debe conducir después. Óscar no suele beber, pero esta es una noche especial. Sabe que ningún compañero le hará un control de alcoholemia a no ser que sea evidente que no controla al volante, y ni aun así le ocurrirá nada. Pero como es un tipo responsable no va a poner en un compromiso a ninguno de ellos.

De todas formas, necesita algo más que una copa para empezar a sentir en su cuerpo los efectos de la bebida, no por estar acostumbrado, que no lo está, sino por su corpulencia.

En esos momentos, en algún lugar a las afueras de Montilla, una patrulla de la guardia civil da indicaciones a Martín para que detenga su vehículo.

Cuando a Paula se le empiezan a subir los efluvios del alcohol a la cabeza y a reír con cualquier cosa que él cuenta, Óscar le propone que se vayan ya a descansar.

¡Vaya, con lo bien que se lo está pasando ella ahora!

Tras salir del pub, Óscar tiene muy claro que no va a dejar que Paula vuelva andando sola a esas horas de la noche a su casa y la acerca en coche. No es necesario, pues no vive lejos de donde se encuentran, pero de esta forma se asegura de que ella llegue sin incidencias y él tampoco tiene que volver a por su vehículo al centro.

Aparca junto a su entrada y se baja con intención de abrirle la puerta del vehículo, pero Paula no le da opción, no es manca y le parece ridículo esperar a que él dé la vuelta al coche para abrirle caballerosamente.

Aunque están a pocos pasos de la entrada de su casa, él la acompaña y espera a que abra la puerta para despedirse de ella, siempre y cuando no lo invite a pasar, claro.

Como Paula no da muestras de que vaya a dejarle entrar, en cuanto abre la puerta y se gira para despedirse, él se aproxima y, tomándola

por la cintura, la besa.

Este gesto pilla a Paula por sorpresa, quien, no sabiendo rechazarlo, se deja llevar. La atracción física que ejerce sobre ella el cuerpo de Óscar es poderosa. Es fácil sucumbir en cuanto él la toca. Pero al poco se tensa recordando el beso que le ha dado horas antes Martín.

Óscar percibe este cambio y la suelta con suavidad.

—Paula, me gustas mucho —le dice— y no quiero hacer nada que te pueda incomodar. Cuando quieras, llámame y estaré aquí en menos de media hora, ¿de acuerdo?

Ella asiente con la cabeza, se encuentra molesta consigo misma. Ha besado a dos hombres el mismo día y no ha rechazado a ninguno, pues aún no tiene las cosas claras del todo. Ambos le han pedido que les llame cuando ella lo desee y han respetado sus reservas sin ningún reproche.

Da las buenas noches a Óscar acariciándole la cara y entra en casa.

Se queda unos segundos apoyada tras la puerta cerrada mientras oye los pasos de él alejándose, poco después escucha la apertura automática del coche activada por la llave. Tras sentir la puerta del vehículo al cerrarse, lo imagina serio sentado al volante. ¿Lo habrá decepcionado? ¿Habrá pensado que su actitud tiene algo que ver con Martín? Porque en realidad es posible que así sea.

Uf, está liada, debe dormir para ordenar sus ideas. Por la mañana decidirá todo, el día ha sido muy largo e intenso y hay mucho sobre lo que reflexionar.

Sube a su habitación y antes de encender la luz se acerca al balcón; desde la protección que otorga la oscuridad de la estancia, mira hacia el exterior. Allí sigue el coche de Óscar con él dentro, no parece decidido a irse. Se aleja de la ventana y, justo antes de accionar el interruptor, el motor arranca.

Mientras lo escucha alejarse se plantea qué habría sucedido si lo hubiese dejado entrar. ¿Cómo sería tenerlo de pareja? Entonces se le vuelve a cruzar Martín, ¿y si hubiese sido él?

Enciende la luz y se dirige al baño para desmaquillarse. Unos minutos después su piel vuelve a estar limpia e hidratada.

Mirándose en el espejo mientras se aplica un contorno de ojos, Paula se pregunta por qué una mujer tiene que echarse a la cara todos esos potingues para estar guapa. Su rostro es agraciado, lo sabe, sus amigas y su familia se lo dicen, y aun así se siente obligada a pintarse a la hora de salir de casa y a cuidarse con cremas para que no le salgan arrugas. ¿Arrugas? ¿qué arrugas? No es una adolescente, pero su rostro de veinteañera avanzada —aún le faltan unos años para la treintena— no muestra casi ninguna.

Hace muecas ante el espejo para ver dónde le saldrán. Frunce el ceño y los labios, luego los estira y observa las arrugas que unen las

aletas de su nariz con las comisuras de su boca.

Tampoco le desagradan, siempre que sean de felicidad.

Recuerda a su ya fallecida abuela, siempre le pareció una señora hermosa, tan risueña y feliz, con aquel rostro arrugado que ella tanto adoraba. De mayor quiere parecerse a su dulce abuela.

Al salir del baño contempla la ropa que tiene extendida sobre la cama. Sin duda acertó no poniéndose el vestido rojo. Esa prenda lo habría cambiado todo, con ella no habría podido rechazarlo, seguro, él habría sido más osado.

Coloca todos los trajes sobre sus perchas y los guarda en el armario.

Si él hubiese insistido un poco más en la puerta, a ella le habría costado mucho resistirse. Pero afortunadamente ha sido todo un caballero de los de antes. Se siente un poco Escarlata O'Hara.

Claro que ésta tenía tela con los hombres.

Pues eso, una Escarlata cualquiera es ella, dando esperanza a más de uno.

Se desviste y se pone la camiseta larga que usa de pijama. Está a punto de apagar la luz cuando escucha que un coche para junto a su casa.

No puede ser él… ¿o sí?

No quiere acercarse al balcón, su silueta se vería recortada como en la pantalla de un televisor desde la oscuridad de la calle. Se queda un rato sentada en la cama, atenta a cualquier sonido procedente del exterior. Aguza el oído y percibe la puerta de un vehículo cerrándose, unos segundos después se sobresalta con el sonido de unos nudillos golpeando suavemente en la entrada de su casa.

Ahora sí se asoma por la ventana. ¡Ha vuelto! Ese es su choche, ahí está, aparcado al otro lado de la calzada.

Con el pulso agitado baja deprisa las escaleras sin acordarse de que va descalza, en bragas y con sólo una camiseta. Acercando un ojo a la mirilla se asegura de que quien llama no sea un desconocido, que es él de verdad, y al comprobarlo su respiración se agita aún más.

Abre en seguida y, antes de dejarle decir nada, se abraza a su cuello y de un salto lo rodea con las piernas. Él la intercepta al vuelo. Parece que las dudas se han esfumado por la puerta.

Sin decir palabra, él la besa y tras cerrar, empujando la hoja con el pie, la lleva, sin abandonar sus labios, hasta el sofá del salón, lo que ve más a mano. Caen pesadamente sobre él y sonríen nerviosos, ya no hay vuelta atrás, va a suceder. Se miran a los ojos unos segundos para estar seguros de que lo que van a hacer es lo que ambos desean.

Tras el enorme sí silencioso de sus ojos, Paula le devora la boca desde su posición a horcajadas sobre él y comienza a desabrocharle a tientas el cinturón. La luz de las farolas de la calle se filtra a través de las ventanas y la del pasillo produce sombras en la estancia recortando

sus siluetas. Le desabotona la camisa besando su pecho y baja hasta su abdomen. Desea ese cuerpo desde que lo vio por primera vez.

Él se incorpora un poco para sacar los brazos de las mangas y ella lo contempla encendida, desprendiéndose también de su camiseta y quedando únicamente en bragas sobre él. Nota su excitación al contemplarla.

Con un giro inesperado, en el que Paula se siente como una muñequita que manejen a voluntad, queda tumbada boca arriba en el sofá, con él encima, entre sus piernas, sujetándole las manos por encima de su cabeza.

Ahora es él quien le besa los pechos y lame sus pezones, que se endurecen con el primer contacto de sus labios. Gime cuando le recorre con una caricia sus brazos hasta llegar a sus senos y se los amasa. Siente su piel arder mientras desciende con su boca, devolviéndole los besos en el abdomen que él ha recibido antes, y alcanza su monte de venus.

Su aliento cálido traspasa la tela de la ropa interior. Apartando un poco sus bragas, lame su excitada hendidura hasta arrancarle jadeos de éxtasis de sus labios entreabiertos.

Cuando Paula piensa que va a sucumbir al orgasmo con aquel demoledor y húmedo masaje, él se aparta de ella haciéndola sufrir, deseando que no pare, y lo ve incorporarse poniéndose en pie.

Junto al sofá él se desprende de sus pantalones arrastrando con ellos los bóxers, liberando su gran erección. Se coloca un preservativo sin dejar de admirar aquella hermosa y ondulante figura, tumbada en el sofá, que respira igual de agitada que él.

Ella lo contempla en toda su plenitud y sus ojos vidriosos demuestran lo mucho que desea aquel cuerpo sobre el suyo.

Con calma él le quita las braguitas, arrastrándolas con delicadeza mientras recorre con un leve roce sus piernas desde las caderas hasta los tobillos.

Deposita la minúscula prenda sobre la mesa del centro sin apartar la mirada de su precioso cuerpo. Introduciendo la mano entre sus muslos separa sus piernas y se coloca entre ellas, sin dejar de acariciarlas.

Ya no hay ningún impedimento para entrar, sin embargo, no quiere apresurarse y alarga al máximo aquel deseo. Pero la calma dura poco. En cuanto sus sexos se rozan, como si de un botón de acoplamiento se tratara, se encajan el uno en el otro. Su miembro se desliza a través del resbaladizo y cálido canal con pequeños vaivenes que se hacen cada vez más largos, más profundos, más rápidos.

Sus corazones trabajan a máximo rendimiento. Él pierde entonces toda la delicadeza contenida hasta ese momento y comienza a moverse con intensas embestidas que hacen gritar de éxtasis a una

entregada Paula.

Sus bocas se buscan con ansia, sus lenguas ávidas se exploran entre sí enredándose la una en la otra; cuando no se besan, muerden, sin llegar a herir, la carne de cualquier parte del cuerpo del otro.

Con un ligero movimiento, Paula le hace saber que quiere colocarse encima de él. Ahora le toca a ella. Se giran sin salir el uno del otro, logrando no caer del estrecho sofá, y entonces marca su propio ritmo sinuoso.

Sus gemidos hacen que él tenga que controlarse para no derramarse en su interior, pues desea dar el máximo placer a Paula, pero, mientras ella cabalga sobre él y le guía las manos hacia sus bamboleantes pechos, debe contener su propio deseo si quiere lograrlo.

Los jadeos de Paula se hacen más agudos y rápidos; él sabe que ha llegado el momento. Relaja aquella tensión contenida y, coincidiendo con la última exhalación de ella antes del intenso orgasmo, deja escapar un gruñido ronco a la vez que se vierte, tras la fuerte sacudida, acogido en sus entrañas.

Segundos después, ella queda desmadejada sobre su pecho mientras normalizan sus respiraciones. Y aún permanecen un rato acoplados tras los primeros susurros. Se murmuran bonitas palabras al oído antes de caer en un breve y profundo sueño, abrazados uno al otro.

Cuando el sudor refrigera sus cuerpos al secarse, Paula despierta con un escalofrío y, al moverse para incorporarse, lo despierta a él. Se pone en pie y, tendiéndole la mano, lo invita en silencio a levantarse y seguirla hasta su habitación. Él podría llevarla en brazos, no le pesaría mucho, pero es ella la que tiene el control, él sólo está allí para obedecer, sumiso, y satisfacer sus deseos, que casualmente coinciden con los suyos.

Suben despacio las escaleras, desnudos, el uno detrás de la otra. Entran en la habitación y se tumban en la cama bajo las sábanas. Se abrazan entrelazando sus piernas y la pasión vuelve a surgir de nuevo.

La noche está siendo muy intensa, su sed no parece saciarse nunca. Pocas horas antes del amanecer, se sumen, exhaustos, en un denso sueño del que no podrán despertar hasta bien entrada la mañana del domingo.

Al desperezarse con la luz del sol entrando a raudales a través de los finos visillos del balcón, Paula observa el hermoso cuerpo que duerme boca arriba a su lado y sonríe. No puede evitar colocar su mano sobre aquel poderoso torso cuya respiración, aún relajada por el sueño, hace subir y bajar lentamente.

Recogiéndose el pelo, para no hacerle cosquillas con él, se acerca desde arriba a sus labios y los roza levemente. Nota cómo su respiración se acelera un poco, pero al ver que sigue dentro del sueño

no quiere despertarlo y se levanta despacio de la cama para ir a ducharse.

Abre el grifo y cuando el agua comienza a salir caliente se cuela bajo el chorro.

Con el ruido de la ducha no oye la puerta del baño y se sobresalta en el momento en que nota que se descorre la cortina. Se repone en seguida al ver aparecer tras ella a aquel magnífico hombre que la mira con el mayor de los deseos.

Con una seductora sonrisa lo invita a entrar y se deja acariciar por sus fuertes manos que junto con las miles de gotas que salen de la ducha recorren todo su cuerpo. No puede ni quiere evitar que le haga el amor de pie bajo el agua caliente contra los fríos azulejos de la pared.

Desayunan con un hambre voraz el pan que él ha salido a comprar mientras ella se terminaba de vestir y de secar el pelo. Completan el desayuno con una cafetera entera de café y aceite de oliva de la zona, como no puede ser de otra manera.

Tras pensarlo brevemente, Paula le propone ir a visitar el cortijo para mostrarle in situ la idea que tiene de hotel rural. La alternativa es quedarse todo el día en casa encerrados en la habitación y, aunque no es mal plan, prefiere hacer algo diferente y tal vez menos agotador.

A él cualquiera de las dos opciones le parece bien, siempre que estén juntos; necesita tenerla cerca en todo momento, su piel se lo pide.

Al llegar al cortijo, le entusiasma la idea con las pormenorizadas explicaciones que ella le va dando y la anima a que siga adelante con el proyecto, ofreciéndose como aval para el préstamo que ella quiere solicitar. Sin embargo, Paula lo rechaza, se lo agradece mucho, pero es su sueño y debe lograrlo por sus propios medios. No quiere deber nada a nadie, ni siquiera a él.

Aunque lo acepta, él no termina de entender sus razones para negarse a ser ayudada. No debe dudar de él, cada vez tiene más claro lo que siente, no le ha ocurrido con nadie antes, ni siquiera con su ex.

Ha salido de una mala relación, pero eso no le sucederá con Paula, está seguro porque ella no se parece en nada a su expareja. Tampoco lo que siente por Paula se parece a lo que ha sentido por su ex. Estar junto a ella le hace feliz, ahora se da cuenta de la diferencia. Su vida anterior quedó atrás cuando besó a Paula por primera vez.

Comen en Zuheros, en una venta que huele a carne a la brasa. El número de comensales es indicativo de que la comida que allí se sirve debe de ser bastante buena.

Tras ponerse finos de carne —y añadir algo de ensalada “para desengrasar un poco”— hacen una visita al pueblo y toman un café con pasteles. A Paula le sorprende lo mucho que él come y le cede su

ración de dulces. Está claro que hacer el amor da mucha hambre.

Cada vez que se miran algo más intensamente de la cuenta, recuerdan las ganas que se tienen y entonces se besan, pero deben contenerse, no se encuentran en la intimidad de una habitación y hay quien se incomoda al verlos besarse durante tanto tiempo de aquella manera tan desinhibida.

Es él quien propone volver al cortijo, quiere hacerle el amor allí, nadie les molestará en ese lugar tan apartado. Paula recela un poco, «*Podría pasar por allí alguna patrulla de la guardia civil*», le dice con cierta guasa, pero finalmente acepta, lo desea tanto como él.

Regresan al cortijo y en uno de los patios, bajo la sombra de un árbol y sobre una manta de picnic que traían en el coche, vuelven a amarse hasta la puesta de sol. Es el ocaso más bello que han vivido nunca.

Cuando el sol se pone tras una loma, recogen sus prendas y se marchan a casa. Termina el fin de semana y hay que mentalizarse para ir a trabajar al día siguiente.

16. Confesiones

Las tardes de domingo no le gustan nada a Paula, significan para ella el fin del descanso, el despertador fastidiando muy temprano al día siguiente y la rutina semanal comenzando en pocas horas.

No es que a ella le disguste su trabajo —ha tenido mucha suerte con sus compañeras—, es que esa obligación de ceñirse a horarios la hace sentirse atada a algo que no ha elegido exactamente.

Esas oposiciones a la función pública le han dado la oportunidad de emanciparse, sí, de ganar un sueldo sin miedo a que la echen y otras muchas ventajas, pero tal vez esa misma estabilidad sea la que le aburra. ¿Así va a ser el resto de su vida?

Aquel ha sido el destino definitivo que se le ha asignado. Y no es que le disguste este pueblo, que va, el pueblo es agradable: buena gente, buen ambiente, bonitos rincones…; es que, sencillamente, ella no lo ha elegido.

Esa noche, cuando Paula se mete en la cama, se abraza a la almohada y aún puede percibir el aroma, impregnado en las sábanas, del hombre con quien ha hecho el amor. Con una dulce sonrisa se duerme en pocos segundos con una cierta sensación de vértigo.

El lunes por la tarde Paula se sorprende con una visita inesperada que le trastocará todos los planes del comienzo de semana. No es que haya hecho muchos, pero hasta su rutina diaria será alterada.

Aquella mañana sale temprano a trabajar, como cada día laborable. En la oficina tiene que lidiar con Charo, quien quiere saber con pelos y señales qué ha pasado el sábado con la famosa cena.

Cuando Paula le empieza a contar lo ocurrido desde el comienzo del fin de semana, a su compañera se le descuelga la barbilla. Le narra desde su encuentro con Martín en el teatro, hasta la cena del sábado con Oscar, pasando por la visita a los baños árabes en Córdoba. No se deja el beso de despedida de Martín en el portal de la casa de Germán ni el del guardia civil ante su puerta.

—¡Chiquilla! ¿Entonces te besaste con dos maromos el mismo día? Tú, o todo o nada ¿no? — Charo se echa a reír convulsionando su redondo cuerpecito.

—Bueno, y aún no te he contado lo fuerte. —Paula la deja en ascuas con su dramática y estudiada pausa.

Conteniendo a duras penas la sonrisa que se le escapa a través de los ojos, se muerde el labio para no explotar viendo cómo Charo abre los suyos de par en par.

—Desembucha, o llamo a Tomás y te hacemos un tercer grado entre los dos.

—Te lo cuento a la hora del café.

—Ay, niña, me matas. No sé si voy a ser capaz de esperar tanto. Dame al menos alguna primicia.

Entonces la sonrisa y el rubor en la cara de Paula le revelan gran parte del contenido de la conversación que tendrán después.

—¡Ay, ay, ay! Ya me dirás con cuál de los dos, so *joía*.

Charo, mirándola suspicaz, entrecierra los ojos tratando de averiguar quién habrá sido el afortunado, pero no llega a ninguna conclusión, tendrá que esperar al café, qué remedio.

Entre tanto habrá que trabajar un rato, que luego la gente no hace más que quejarse de lo poco que se esfuerzan los funcionarios y de su famosa hora del desayuno.

La mañana ha transcurrido tranquila, lo más excitante ha sido contarle a Charo la segunda mitad del fin de semana. La mujer ha hecho divertidas muecas e incisos cada dos por tres durante la narración de Paula, quien tampoco ha dado demasiados detalles íntimos, los justos para mantener saciada la curiosidad de su compañera de oficina.

Ambas se llevan casi veinte años, pero la diferencia generacional es mínima, pues Charo es una mujer que destierra de su lado todo lo que huela a rancio y anticuado. Empezando por la patraña de que las mujeres deben someterse a los hombres, esperando que éstos las rescaten manteniéndolas, y terminando por la idea de que cualquier tiempo pasado fue mejor. De eso nada, como ahora no se vivía ni la mitad de bien antes.

En su núcleo familiar ella es la que más dinero gana, cierto que quizá también trabaje algo más en la casa, pero porque es ella quien organiza las labores del hogar y la que mayores dotes de mando posee. Su marido también tiene dos piernas y dos manos, ambos pueden hacer las mismas cosas, incluso sus hijos participan y tienen sus obligaciones desde bien pequeños.

Charo reconoce que le ha costado más reeducar a su marido que educar en igualdad a sus hijos, pero la voluntad de la pareja es tal que han superado con nota ese obstáculo.

Sus suegros, según ella, le hicieron un flaco favor a Tomás criándolo como a un ser privilegiado cuyo papel en la sociedad es más importante que el de una mujer y cargándolo con la absurda obligación de proteger patriarcalmente a quien fuera a ser su futura esposa.

Pero él supo ver la fortaleza e inteligencia de Charo desde el momento mismo en que se enamoró de ella y gracias a eso pudo conquistar el corazón de la que se convertiría en su esposa. Se ha adaptado a su manera de pensar y ha conseguido ser el hombre más feliz del mundo trabajando cada día para que ella lo sea también. La adora y puede contar con los dedos de una sola mano los pocos momentos difíciles por los que han pasado como pareja, casi siempre debidos al arraigo de determinadas ideas instaladas en su cerebro durante su educación, debe reconocer, pero que Charo ha conseguido hacerle ver con su incansable tesón.

La vida de su mujer no ha sido fácil y, sin embargo, es el ser más encantador y alegre que existe sobre la faz de la tierra. Tomás se siente el hombre más afortunado del mundo a su lado y el más orgulloso de ser el padre de sus hijos, nadie los hubiera educado mejor que su Charo.

Ella, por su parte, tiene muy claro que no podría haber terminado con otro hombre que no fuera Tomás.

Paula, desde que los conoce, ha envidiado el amor tan natural y puro de aquella pareja. Algo de razón deben de tener los escritores que ensalzan ese sentimiento y siempre ha creído que Charo y Tomás son unos de los pocos privilegiados que han conseguido atesorarlo. Aunque desde hace poco ella empieza a sentir que también ha sido tocada por Cupido.

Cuando llega a su casa al mediodía almuerza y se tira en el sofá con idea de ver algún documental del canal Historia, de esos que le permiten echar una cabezadita. Después hará el par de llamadas que tiene pendientes.

No está procrastinando, es que en esos momentos no tiene cerebro, o más bien valor, para enfrentarse a uno de los dos hombres. Le debe una aclaración a uno de ellos, pero la excusa de la siesta le viene bien para retrasar todo lo posible el mal trago.

Acaba de despertar en el momento en el que Hitler se pega un tiro escondido en su búnker. Limpiándose la babilla que se le ha escapado de la comisura de sus labios se engancha de nuevo al final del documental. Pero no puede terminar de verlo, el timbre de su casa suena en ese momento.

Un poco aturdida se incorpora sentándose en el sofá. El timbre vuelve a sonar insistente. ¿Quién será? No será él, ¿verdad?

Se levanta algo mareada y, recomponiéndose el pelo que se ha alborotado durante la siesta, se dirige a la puerta. Antes de abrir mira su reflejo en el espejo que tiene a la entrada para ver si está presentable, por si acaso.

No se le ocurre echar un vistazo antes a través de la mirilla y abre directamente.

Se sorprende al encontrar en el umbral a su vecina y su hijo con una pequeña maleta, pero en seguida la sorpresa torna a alarma en cuanto ve los moratones en el cuello y la cara de ella.

En los ojos de aquella mujer hay súplica. No hace falta que diga nada, Paula los hace pasar mirando antes de cerrar la puerta a un lado y otro de la calle, por si la bestia que le ha hecho eso aparece.

—Perdona que te moleste, Paula, ya sé que no nos conocemos mucho, pero estoy muerta de miedo. He soportado demasiado todo este tiempo por mi hijo, porque no tenemos dónde ir y porque lo creía a salvo, pero ayer temí por él, y eso no lo puedo permitir, a mi hijo no lo va a tocar.

La mujer se quiebra echándose a llorar y Paula la abraza sin saber qué decir. Se ha quedado muda con aquella confesión. Tiene todo el vello de su cuerpo erizado.

Esa mujer la ha llamado por su nombre y ella ni siquiera se sabe el suyo ni el del crío.

Hace pocos meses que son vecinas y no sabe nada de esa familia, excepto la horrible costumbre de poner la música alta. Eso es lo único que ha oído de ellos, junto a alguna palabra malsonante del padre de familia a las que siempre ha hecho oídos sordos, no le gusta entrometerse en la vida de los demás. Pero ahora siente que debía haber agudizado los sentidos, maldita sea.

Conduce a la mujer hacia el salón, hace que se siente, echa las cortinas y se lleva al niño a la cocina tras preguntarle si quiere merendar un vaso de leche con galletas. El pequeño —de unos cinco o seis años, calcula— la sigue obediente. Tiene una expresión taciturna, se parece mucho a su madre, es muy callado. Ni siquiera sonríe cuando ella le pone la merienda por delante, le han dicho que coma y el chaval lo hace. A Paula se le parte el alma en dos, ¿cómo es posible que un niño tal pequeño sea un ser tan triste y apagado?

Sale un momento de la cocina y revuelve uno de los cajones del mueble de los libros en busca de unos mandalas para colorear y unos rotuladores. Se los lleva al niño diciéndole que se ponga a dibujar cuando termine y lo deja solo merendando.

De nuevo en el salón se acerca a la madre que, abatida, tiene la cara tapada con las manos.

—No te preocupes por nada, aquí estáis a salvo. Ahora cuéntame qué ha pasado. ¿Dices que esto no es la primera vez que ocurre? ¿Ha sido el padre del niño? —le pregunta para confirmar sus sospechas haciéndola salir de su letargo—. Perdóname, soy un desastre de vecina, pero no sé tu nombre ni el de tu hijo, lo siento.

—Me llamo Juani y mi hijo se llama Iván. —La mujer la mira con una expresión extraña—. Entonces ¿nunca oíste nada?

Paula está desconcertada ¿le pregunta si ha oído cómo su marido le

pegaba?

—Dios, no, nunca. Lo único que oigo, día sí y día no, es la música de Michael Jackson a todo trapo a través de las paredes. Pero nunca te he oído gritar, si no, te había ayudado, en serio, no sé cómo, pero lo habría hecho, te lo aseguro.

Juani la mira y con una expresión que Paula nunca olvidará le hace entender que la música está relacionada con esos momentos. Esta vez Paula, horrorizada, siente que un escalofrío le recorre toda la espalda hasta la nuca.

—Aprovechaba para pegarte cuando ponía la música —musita para confirmar lo que ya le ha dejado claro su vecina con aquella mirada—. Menudo hijo de…

No quiere seguir, el niño está sentado en una de las sillas de la cocina, lo puede ver desde su posición en el sofá, los pies no le llegan al suelo y los balancea nervioso.

La voz de Juani suena como el susurro de una derrota.

—No sé qué hacer, no tengo a dónde ir. No tengo coche, no tengo familia en este pueblo y sólo tengo veinte euros en el bolso. Mi marido está a punto de llegar y no sé dónde esconderme.

Paula no necesita escuchar nada más.

—Te acompaño a comisaría ahora mismo. Vas a denunciar a ese…

—¡No! Él está a punto de volver, si me pilla me mata, aunque me encuentre en la calle. Por favor, deja que nos quedemos un rato hasta que oscurezca, tengo miedo por mi hijo.

—Está bien, no te preocupes, os podéis quedar todo el tiempo que haga falta, pero prométeme que lo vas a denunciar.

Juani no dice nada, agacha la cabeza con un gesto que Paula no sabe si identificar como de miedo o de vergüenza. El miedo lo puede entender, pero ¿la vergüenza?

Pues sí, vergüenza de que alguien le eche en cara haber dejado que la situación llegara hasta este punto, vergüenza de que por miedo a su propia desesperación haya puesto en peligro la integridad de su hijo. Hasta ahora le había tenido más miedo a la incertidumbre de lo que ocurriría si saliera por la puerta, que a los golpes; más miedo a no saber dónde dormirían o qué comerían si se atrevía a dejarlo, que a cuándo recibiría la próxima paliza.

Porque Juani no se plantea que sea otra persona más que ella misma la responsable de todo lo que le ocurre. Tanto tiempo recibiendo reproches de lo mal que lo hace todo, que ha terminado por creérselos.

Lo paradójico del tema es que su marido se siente la víctima, ¿es que Juani no ve que no le queda otra opción que la de sacar la mano a paseo?, ella lo conduce a esa situación; ella es la mala, la que lo observa con mirada torcida, aunque no le diga nada; la que lo hace

todo para molestarle. Va de buena, pero es una bruja; eso es lo que su marido le dice cuando se digna a justificarse.

A veces parece arrepentirse por la brutalidad empleada, pero nunca antes de que aparezcan los moratones. Y entonces le reprocha que lo haya dejado llegar a ese extremo, como si ella hubiese podido aplacar al huracán de odio que él lleva dentro. Le dice que su actitud es lo que le enerva y que de haber actuado ella antes de otra manera, él no tendría que arrearle. Ella debe aprender de todo esto. Él la quiere, por eso lo hace.

Y con esas palabras da por concluidos su arrepentimiento y su justificación y apaga la música ensordecedora que ha amortiguado los gritos.

Pero la situación ahora ha cambiado, su hijo ya razona y empieza a comprender que no le gusta ver a su madre zarandeada y tirada en el suelo hecha un ovillo llorando. El niño se ha atrevido a decirle al padre que pare, que deje en paz a mamá, y la ira del patriarca se ha empezado a desviar hacia el pequeño, como el gran ojo de Mordor.

Eso Juani no lo puede permitir. En un último arrebato de valentía ha plantado cara abiertamente al padre, esta vez siendo muy consciente de que la furia podía acabar con ella, y efectivamente ha recibido doble ración: la suya y la de su hijo; pero al menos el crío se ha salvado.

Por ahora.

El veneno hacia el niño ya está en las venas del padre. También empieza a ser su enemigo ese mocoso que se atreve a llevarle la contraria poniéndose de parte de la madre. Ella le está comiendo la cabeza, seguro. Lo ha puesto en su contra, la muy hija de puta. Pero él aún está a tiempo de enderezarlo.

Paula se indigna al ver a Juani tan humillada, pero no la juzga por no haberse largado antes, sabe que son las víctimas las que tienen que decidir el momento de marcharse o denunciar; se indigna porque exista un ser tan repugnante viviendo en la puerta de al lado y ella no se haya dado cuenta antes.

La rabia le invade el cuerpo y le entran instintos asesinos contra aquel despreciable inhumano, se imagina arreándole con una pala. Pero aquel odio es apartado en cuanto mira al crío sentado en su cocina y a su vecina otra vez, y un nuevo sentimiento de protección surge hacia ellos.

—Esta noche os quedareis en mi casa, él no tiene por qué saber que estáis aquí, y mañana por la mañana, cuando se vaya a trabajar, te acompaño a comisaría. No te preocupes, todo va a salir bien, el primer paso ya lo has dado, que es el más difícil.

Decide cederles su cama a Juani y su hijo, pues su habitación es la más alejada de la pared de su vecino. Ella se instalará en el sofá del

salón y no en la otra habitación porque tampoco le apetece recordar, cada vez que escuche un ruido, que al otro lado de la pared se encuentra el maltratador.

No hace falta advertirles de que bajen la voz para que el innombrable no los escuche, madre e hijo son en extremo sigilosos.

A Paula se le cae el alma a los pies viendo la escueta maleta que Juani ha conseguido rellenar deprisa y corriendo, a pesar de los nervios, con lo más básico: un pijama y un par de mudas para cada uno; un neceser con un bote de pasta de dientes, dos cepillos, un peine y una caja de tiritas; un peluche algo descosido y una carpetilla con la documentación y tarjetas sanitarias de ambos. Esas, junto con los veinte euros que lleva en la cartera, son las únicas pertenencias de que dispone aquella mujer.

Tendrá que empezar de cero una nueva vida, pero seguro que será mejor que la que ha vivido hasta ahora.

Mientras ambas organizan las camas, Iván se entretiene viendo la tele. La tarde se va entre confesiones de su vecina y preparativos de cena y ducha del niño.

Con la nueva situación Paula no encuentra el momento de hacer el par de llamadas que tiene pendientes. Además, se producen dos situaciones de máxima tensión. La primera, cuando el vecino llega a su casa y al poco rato se da cuenta de que su mujer no está y que además se ha llevado consigo la maleta y al niño. En ese momento pueden oír a través de las paredes un fuerte estruendo, como de caída de algún mueble, seguido de un espeluznante bramido. Inmediatamente después —afortunadamente amortiguados por el tabique— escuchan los más graves ultrajes que puedan salir por la boca de un ser humano; hasta el punto de que la madre, con manos temblorosas, ha de tapar los oídos a su hijo para tratar de evitarle las pesadillas que probablemente ambos tengan por la noche.

Paula llega a sentir en sus propias carnes parte del miedo que aquellas dos criaturas habrán tenido que padecer a lo largo de los últimos años.

La segunda situación tensa ocurre durante la cena. Momentos antes Paula ha recibido una llamada que no ha podido atender por encontrarse organizando la mesa para sus invitados —a los que tal vez sería más apropiado definir como refugiados—. Mientras se encuentran cenando en silencio en el salón, vuelve a sonar un móvil, pero esta vez el de Juani, cuyo tono es diferente al suyo y bastante peculiar. Cuando la mujer ve quién llama, se pone lívida: es su marido. ¿Qué debe hacer, descolgar, rechazar o silenciar?

De pronto la alarma salta dentro de Paula. ¿Y si el marido puede distinguir el tono de llamada del móvil de su mujer a través de la pared? Juani debe apagarlo de inmediato. Pero ésta aún duda, si lo

rechaza, Paco se enfurecerá más todavía y las consecuencias serán terribles.

—No vas a volver a verlo —susurra Paula arrebatándole el teléfono de las manos y cortando la llamada—. Ahora apaga el teléfono antes de que vuelva a llamar, podría oírlo y darse cuenta de que estáis aquí.

Juani obedece, quiere confiar en Paula, se siente perdida y necesita que alguien la guíe. Tras los nervios de haber leído el nombre de su marido en la pantalla del teléfono, el estómago se le cierra y no puede comer un bocado más de la cena que le ha preparado aquella buena samaritana.

El miedo de que su marido se cuele por las rendijas de la casa la atenaza. A punto ha estado de hacerlo a través del móvil, pero si ha decidido cerrar todas las puertas, aquella también tiene que blindarla. Hará caso a Paula.

17. Refugiados

Está siendo una mala noche, no porque el sofá sea incómodo para dormir en él, que lo es, sino por la pesadilla que está viviendo. Su vida ha sido agradable y fácil, se da cuenta ahora. Tiene que haber asistido a un episodio tan dramático en la vida de otra persona para apreciar la suya.

Ni Óscar ni Martín se parecen remotamente a Paco, su vecino. Nunca ha sentido miedo de ninguno de ellos, más bien todo lo contrario, no puede concebir que lo tenga jamás de cualquiera de los dos. Pero probablemente Juani, cuando conoció a Paco, tampoco lo sintiera.

Entonces ¿cómo saber cuándo un hombre se puede convertir en una amenaza? En alguna ocasión aquel innombrable debió de enseñar el colmillo. Para no llegar a esta situación ¿en qué momento su ahora atemorizada vecina debió haber puesto punto y final a su relación?

Lo que está claro es que Juani no es la culpable de la transformación de su marido, ese defecto ya debía de traerlo él de fábrica. ¿Se puede afirmar que aquellos que no manifiestan esa agresividad u odio contra una mujer probablemente no lo hagan nunca? ¿cómo estar segura?

Porque también pudiera ser que se trate de una lotería. En tal caso los billetes que hayan sido certificados con ese fatídico galardón ¿no deberían marcarse para que nadie pueda volver caer en el engaño y reciba el repetido "premio"? Porque menudo regalito se llevará a casa la desafortunada. Si por ella fuera les tatuaba la frente a esos desgraciados.

Bajo las sábanas, instalada en su sofá, manda a última hora un par de mensajes por WhatsApp, uno a cada uno de los dos hombres que han ocupado sus pensamientos en los últimos días antes de que el episodio de su vecina casi los haya desalojado de su cabeza.

En el primero dice: "Quería haberte llamado, tengo una conversación pendiente contigo, pero estoy agotada, ha sido un día duro. Me ha surgido algo que no quiero contarte por WhatsApp. Mañana te llamo en cuanto tenga un hueco y hablamos, aunque preferiría verte".

Y en el segundo: "Perdona, he tenido un día terrible y no he encontrado el momento para llamarte, mañana te cuento, necesito tu

consejo. Me voy a dormir, estoy agotada. Te echo de menos".

No tiene cuerpo ni mente para hablar con ninguno de ellos directamente. Ya lo hará mañana, como Escarlata O'Hara de nuevo.

Tendrán que entenderla.

Tras aquello apaga el teléfono, no quiere que si alguno de ellos le responde se vea obligada a leerlo y tener que mantener una conversación escrita al verla conectada, o peor, que la llamen, ya no da pie con bola.

A pesar de caer rendida en seguida y quedarse dormida en pocos minutos, se despierta a las pocas horas desvelándose. Las dimensiones del sofá no ayudan a volver a conciliar el sueño y cada vez que da una vuelta tiene la sensación de que vaya a caerse.

Pero el desvelo viene sobre todo por la inquietud que siente por sus nuevos refugiados. Aquella pobre mujer ha salido de su casa con su hijo y cuatro prendas. Sin duda, el detalle de la carpetilla con la documentación y las tarjetas sanitarias hacen pensar que en el fondo la mujer ya se lo debía de haber planteado antes. Tal vez lo tenía ideado desde hacía tiempo y no se ha atrevido hasta ahora.

Paula no es madre y no sabe hasta qué punto su instinto de protección podría hacer asomar el valor y coraje necesarios para poner a salvo la vida de un hijo a toda costa. ¿Qué habría hecho ella en su lugar? Y sobre todo ¿qué haría a partir de ahora? ¿Por dónde empezar partiendo de cero?

Durante las largas horas nocturnas le ha dado miles de vueltas y se le han ocurrido varias ideas, para ayudar a su vecina, que durante la duermevela le han parecido brillantes.

Pero a la mañana siguiente, tras haber conseguido dormir dos o tres horas seguidas y recordarlas, le parecen ridículas. Todas, salvo una. ¿Y si le pide a Martín que le de trabajo a Juani en su almazara allá en Cabra? ¿Estarían lo suficientemente lejos del maltratador?

Sabe que pondrá a Martín en un compromiso, tal vez no necesite nadie en su empresa o quizá el perfil de aquella mujer no le encaje en ningún puesto. Pero el principal inconveniente que ve es que no se siente con derecho de pedir ese favor a Martín.

Otra de las ideas desechadas que ha tenido durante la inquieta noche ha sido la de llamar a Óscar por la mañana para que las escolte a comisaría. Pero al abrir los ojos ha pensado que es una tontería, con la luz del día los miedos se han esfumado.

Esperarán a que su vecino se vaya, espiándolo tras los visillos —sabe cuál es su adorado coche, lo ve desde su ventana—, y cuando no haya peligro, se acercará con el suyo hasta la puerta de casa y llevará a Juani e Iván a comisaría.

Paula no se toma la situación como un juego, conoce de sobra el peligro que supone un hombre iracundo, no sólo para su mujer sino

para todo aquel que se interponga, más aún si se trata de otra mujer. Ha visto en televisión demasiados casos en los que la víctima y alguna acompañante salen malparadas.

Ese ser tan primario probablemente las considere a todas inferiores. Por eso hay que ser más inteligentes que él, lo cual no es complicado, y no bajar la guardia ante la predecible inestabilidad de aquel neandertal.

Lo primero que hace al levantarse es subir a ver si sus invitados están ya despiertos, sabe que no harán ruido alguno si lo están, de modo que asoma la cabeza entreabriendo un poco la puerta de su habitación.

La imagen que ve la llena de ternura, madre e hijo duermen abrazados y acurrucados el uno en la otra. Va a cerrar, para dejarlos descansar un rato más, cuando se percata de que Juani abre los ojos y la mira con una dulce sonrisa de agradecimiento.

Su vecina le da los buenos días en un susurro y comienza a moverse despacio para no despertar al niño, pero éste, al sentir la ausencia del cálido cuerpo de su madre que se incorpora para hablar con ella, comienza también a desperezarse.

—Atiende a tu hijo, Juani, yo os espero en la cocina con el desayuno. Déjame que coja algo de ropa del armario para vestirme —dice Paula también en voz baja.

La alerta sigue siendo máxima y no deben confiarse, Paco aún podría escuchar voces en la casa de su vecina soltera y sospechar de ella.

El niño, a pesar de su corta edad, parece entenderlo de inmediato, pues se levanta tan sigiloso como ha visto que lo hace su madre y se dirige al baño que hay en la habitación.

Mientras Paula escoge la ropa que se va a poner, ve aparecer de nuevo al niño por la puerta del baño y lo escucha dirigirse a su madre con un hilillo de voz.

—Mamá ¿qué hago con la cisterna, le doy o hace mucho ruido?

—No te preocupes Iván —se adelanta Paula— ya le doy yo, no pasa nada.

No quiere que se le note, pero en aquel momento odia con toda su alma al padre de aquella criatura asustada. ¿Por qué tienen que existir personas como ese hombre? Maldito sea una y mil veces.

Paula siempre ha pensado que la cárcel debe ser un lugar de reinserción en la que los presos, tras su paso por ella, tienen derecho a reincorporarse a la sociedad habiendo aprendido allí las normas básicas para poder adaptarse. Pero en estos momentos sólo desea que Paco se pudra en una celda hasta hacerse viejo e inservible.

Desayunan los tres casi en silencio y cuando están recogiendo las tazas de la pequeña mesa de la cocina, una de ellas resbala de las

manitas del niño, que está intentando también ayudar, partiéndose contra el suelo. A la madre se le escapa un pequeño grito e inmediatamente se lleva las manos a la boca horrorizada por el estruendo que se acaba de producir y por el involuntario alarido. La cocina comparte una de sus paredes con la casa vecina y Juani sabe que el ruido de cacharros se oye al otro lado.

El niño corre a abrazarse contra la madre y ésta no sabe cómo reaccionar. Paula la tranquiliza en voz baja:

—No pasa nada, a mí a veces se me parte algún plato. No va a sospechar que estáis aquí por eso. Tranquilízate y a tu hijo también, yo lo recojo.

Pero lo cierto es que la situación sigue tensa y los tres están nerviosos como flanes. Los trocitos de cerámica traquetean en la mano temblorosa de Paula mientras los recoge.

Cinco minutos antes de la habitual hora de salida de casa para ir al trabajo de Paco, Paula se sitúa tras las cortinas de la ventana para verlo salir.

Hay posibilidades de que el hombre no vaya a trabajar ese día debido a la nueva situación, pero Juani no cree que su marido se arriesgue a perder el sueldo de una jornada. Probablemente los buscó la tarde anterior y puede que lo haga esa tarde también, pero por la mañana tienen vía libre mientras él esté en el tajo.

Tampoco cree que su marido haya denunciado su desaparición, pues sabe que los agentes podrían verle los moratones al encontrarla y eso le perjudicaría directamente a él. De lo que está segura es de que Paco no se espera ningún tipo de denuncia contra él por parte de su "insignificante mujer". Y en el fondo Juani tiene sus dudas, si la salida de casa con el niño implica no poder volver con él, una denuncia es casi una sentencia de muerte si se lo cruza por la calle.

Ese hombre siempre ha sido un cobarde en público, nunca se ha atrevido a levantarle la voz o la mano delante de nadie, incluso en casa ponía la música de Michael Jackson para que nadie le oyera pegar a su mujer. Pero si se hace pública con una denuncia su condición de maltratador, entonces ya no tendría nada que perder y eso la atemoriza como nada. Ella quiere vivir y quiere hacerlo tranquila con su hijo durante muchos años.

Pero Paula tiene razón, debe denunciar y alejarse de él.

Si de aquí a la comisaría se arrepiente, siempre puede echarse atrás y dejarlo todo como hasta ahora. Pero ¿es eso lo que quiere? No, por su hijo cambiará de vida, Iván no se merece vivir con miedo, como bien le ha dicho su ángel de la guarda, ese tesoro de vecina que tiene y a la que estará eternamente agradecida.

Paula se impacienta, han pasado ya más de cinco minutos de la hora habitual de salida de Paco y su coche sigue aparcado fuera.

—Juani, si no sale —le dice—, tendremos que llamar a la policía para que te escolten.

—No, por favor, Paula. No quiero que mi hijo vea a su padre enfrentándose a la policía o que se lo lleven esposado. Paco me va a odiar igual haga lo que haga, pero para mi hijo puede ser un trauma para toda su vida. Bastante ha visto ya, pobrecito mío. Mi marido se irá a trabajar, ya lo verás, es sólo que se ha tenido que preparar él mismo el desayuno y el bocadillo para el almuerzo, por eso está tardando.

Justo en ese momento se escucha un portazo en la casa de al lado. Su vecino acaba de salir. Paula tiene tanto miedo de ser descubierta tras la cortina que se echa hacia atrás cuando ve que Paco gira la cabeza en su dirección.

No, no mira hacia su casa, sólo comprueba que no viene ningún coche por la calle para cruzarla y montar en el suyo.

Vuelve a asomarse con discreción cuando escucha el ruido del motor alejándose.

Esperará unos minutos y entonces iría a por su coche para acercarlo hasta la puerta, mejor que Juani y el niño no anden mucho por la calle.

Aprovechará mientras tanto para llamar a Charo y decirle que hoy no irá a trabajar y que por favor se lo diga al jefe, luego le explicará el motivo.

Al encender el móvil ve que tiene varios mensajes de la noche anterior, pero se centra en la llamada que tiene pensado hacer. Su compañera no queda conforme sin una aclaración, pero ahora no hay tiempo que perder, cuando encuentre un hueco la llamará de nuevo y de paso revisará todos los mensajes atrasados.

Paula propone a Juani ir primero al centro municipal de información a la mujer, tal vez allí puedan asesorarla para saber qué pasos dar.

Se acercan en coche hasta la sede y, efectivamente, en cuanto la mujer que les atiende ve la cara amoratada de Juani tiene una charla con ella y, entre otras cosas, le recomienda ir al hospital sin tardanza a que le hagan un reconocimiento médico.

Esa es la segunda parada de la mañana.

En el hospital los médicos que examinan sus hematomas le dicen que si ella no da parte a la policía lo harán ellos. Juani se siente arropada por la gente que la trata, todo el mundo parece no cuestionarla a ella y eso la hace sentir segura. Ha oído historias de mujeres a las que nadie creyó, ni siquiera su familia, que tuvieron que volver con sus maridos, algunas de ella tiempo después fueron asesinadas.

Quiere creer que Paco no se atrevería a tanto, porque lo cierto es

que nunca llegó a partirle un hueso, pero sólo lo cree a ratos, hubo momentos en su casa en los que creyó que aquel bestia la mataba.

Esta última no ha sido de las peores palizas, pero sí la más peligrosa por la intervención del niño, si estos médicos la hubieran visto en otras ocasiones…

Tiene tanto que agradecerle a Paula. Empieza a vislumbrar un poco de luz desde el fondo del pozo en el que se encuentra, tal vez tenga una oportunidad de vivir en paz con su niño.

Comen los tres en la cafetería del hospital. Juani intenta pagar la cuenta, Paula se lo impide sabiendo el poco dinero que la mujer lleva encima, de modo que no le queda más remedio que aceptar este último favor. A lo que se niega rotundamente es a que Paula le deje aún más dinero.

—No seas tonta, Juani, tu hijo y tú lo necesitáis. Si te quedas más tranquila puedes devolvérmelo con tu primer sueldo. Tómalo si quieres como un préstamo.

Pero no hay manera de que lo acepte, le agradece el gesto, eso sí. Parece que gracias a personas como su joven vecina el mundo no es tan malo, después de todo.

Por la tarde, siempre en el coche de Paula, se acercan a la Comisaría de la Policía Nacional a interponer la denuncia por malos tratos. Este es el primer sitio en el que Juani no se siente cómoda, tanto por el hecho de que no la atenda ninguna mujer como de que la Policía no se posicione de parte de nadie.

Tener en cuenta la presunción de inocencia es algo fundamental en el trabajo de un policía. Sus asépticos informes redactados de aquella manera tan impersonal la hacen sentir minúscula y poco importante, como si tras ella vinieran otros con problemas similares o incluso de mayor trascendencia.

Y es que probablemente así sea, la Policía está inmunizada frente las desgracias ajenas. Peores cosas que aquellas contusiones ven a diario. Lo cierto es que cada agente se protege a sí mismo de la maldad del mundo como puede, unos con fingida indiferencia, otros aceptando que el mundo es así y que para eso están ellos, para intentar evitar que sea peor. Hay pocos agentes optimistas con la naturaleza humana.

A pesar de la percepción que tiene Juani de aquellos agentes, éstos la tratan de manera muy correcta y le recomiendan que duerma los primeros días en casa de algún familiar que no viva cerca. Pero la única familia lejana que tiene Juani vive en la otra punta del país, de modo que es del todo imposible para ella pedirles ayuda.

Uno de los policías que la atiende le dice entonces que llame de nuevo al centro municipal de información a la mujer donde le informarán acerca de los pisos de acogida.

—De todas formas —dice el agente—, a menos que no localicemos esta tarde a su marido, lo más probable es que duerma esta noche en el calabozo. Tenemos que proceder a la detención del denunciado y hasta que no consiga un abogado propio o de oficio no podrá declarar ante el juez, que es quien dicta las medidas cautelares. Y cuando lo haga probablemente le imponga orden de alejamiento. Por su seguridad y la de su hijo lleve en todo momento el teléfono cargado y esté localizable.

Es en ese momento cuando Juani se da cuenta de la envergadura de lo que acaba de hacer con su denuncia. El tema es serio: un abogado, un juez, su marido en el calabozo… Comienza a sentirse culpable.

—Ni se te ocurra pensar que no lo merece —dice Paula imaginando lo que puede estar pasando por la cabeza de su vecina—. El único responsable es él. Eres tú quien no se merecía ese maltrato, no lo dudes.

Juani quiere creerla, se siente protegida junto a Paula. Aunque sea unos cinco años menor que ella, la ve una mujer inteligente y con estudios. Ella, sin embargo, se casó con Paco muy joven, al poco de terminar la secundaria, y luego nació Iván, que tardó en llegar, pero fue quien iluminó de verdad su vida. En el fondo siempre sospechó que lo que a Paco le pasaba era que tenía celos desde que nació la criatura, porque de otra forma no se explica cómo se ha transformado en lo que se convirtió. Puede que ya fuera antes un poco más celoso de la cuenta, pero ella siempre creyó que era porque la quería, qué ingenua.

—Os podríais volver a quedar en mi casa sin problema, pero quizá sea mejor que hoy durmáis lejos de aquí —dice Paula marcando ya en su móvil el número de teléfono de la oficina por la que han pasado esa mañana—. Mejor no arriesgarse.

Tras unos minutos de charla al teléfono, Paula consigue que asignen a Juani y su hijo un piso de acogida compartido en Córdoba.

—Te esperan esta noche en esta dirección —dice extendiéndole un papel en el que ha anotado todo lo que su interlocutora le ha indicado —. Yo os acerco hasta allí.

—Ya has hecho suficiente por nosotros, Paula, podemos coger un autobús. De verdad, no hace falta que nos lleves.

—No me molesta, Juani, y ya no tengo otra cosa que hacer hasta mañana. Además, no quiero que os expongáis después del cuidado que hemos tenido para que tu marido no os encuentre. La estación de autobuses sería el primer sitio en el que os buscaría.

Paula tiene razón, como siempre. Debe aceptar la ayuda, no está en situación de rechazarla.

18. Acogida

El trayecto a Córdoba lo hacen casi en silencio. El pequeño se ha quedado dormido con el traqueteo del coche y Juani, ensimismada, mira el paisaje a través de la ventanilla.

Paula va pensando que tal vez, cuando los deje en el piso, podría ir a hacer una visita a Cristina. Sabe que su amiga acaba de volver de su luna de miel, pero ella necesita subir el ánimo después de aquella experiencia, aunque tal vez no sea el mejor momento para ellos. No puede evitar darle vueltas también a las conversaciones que tiene pendientes con Martín y Óscar.

Juani se siente aliviada a medida que los kilómetros la separan de su marido. No obstante, la tristeza la envuelve, la incertidumbre de los días venideros le hace sentir que se interna en una zona de niebla espesa donde no logra ver más allá de sus pies. El futuro es incierto, pero le da más miedo lo que deja atrás. Porque pese a todo, si en el mundo hay más personas como Paula, esa niebla se disipará pronto, está segura.

Al llegar a la capital les cuesta encontrar aparcamiento. En comparación con el pueblo, el tráfico de Córdoba es desesperante y eso que, en los últimos años, dejar el coche en Montilla a la puerta de casa se ha convertido ya en tarea casi imposible. Por eso Paula no entiende cómo su vecino siempre lo consigue aparcar allí.

Una vez localizado su destino, suben los tres al piso de acogida. Una empleada de los servicios sociales que los está esperando los saluda y les presenta a una mujer que lleva una semana viviendo allí por motivos parecidos a los de Juani.

Tras media hora de charla con la trabajadora social, sentados en la sala de la que les parece una vivienda bastante acogedora, Paula por fin se despide de su vecina y del niño prometiéndoles una pronta visita.

Se va tranquila, el ambiente le ha agradado. Ambos, madre e hijo, quedan en buenas manos y a salvo, que es la misión que ella se había fijado.

Aprovechando la visita a la capital, finalmente decide a ir a ver a su amiga Cristina y a su reciente marido, Rubén. Volvieron ayer de su viaje al otro lado del charco y seguro que están agotados, necesitarán al menos un par de días para acostumbrarse al nuevo ritmo circadiano

y de trabajo, pero Paula se muere de ganas de verlos. Ni siquiera les ha avisado de que va. Sólo se pasará a saludar.

Y, claro, una vez en casa de la feliz y recién casada pareja tiene que quedarse a cenar debido a la insistencia de su amiga. Al día siguiente lo pagará caro; levantarse para ir a trabajar después de la paliza de día que lleva va a ser duro.

Durante la cena Cristina y Rubén se atropellan contando su viaje por Canadá y Estados Unidos. Coinciden en que lo mejor que pudieron hacer fue desconectar de todo. Habían decidido prescindir de los teléfonos y aunque al principio padecieron ambos el síndrome de abstinencia tecnológica, al final se alegraron de haberlos apagado. Ni siquiera los usaron como cámaras de fotos, se llevaron la Canon profesional de Cristina. Gracias a ella sacarán el mejor reportaje posible en forma de álbum.

El reto de este viaje ha sido llevarlo a cabo a la antigua usanza: con mapas, guías en papel y visitas a oficinas de turismo, aunque ya apenas quedan, o preguntando y obligándose a hablar con los nativos del país. A los americanos, sobre todo a los mayores, les encanta ayudar a los que se paran a preguntar —que ya son pocos, pues todo el mundo usa los móviles para ubicarse— e incluso aconsejan lugares que no aparecen en las guías o que se pierden en la marabunta de información de internet.

Vienen encantados con el experimento analógico y siguen dispuestos a prescindir en parte de las supuestas ventajas del mundo tecnológico. Es su intención utilizar el arcaico y casi extinto correo postal para enviar cartas manuscritas de agradecimiento a todos aquellos que los han acogido en esos dos países. Han hecho nuevos amigos y con la mayoría de ellos tienen intención de seguir manteniendo el contacto.

Sin duda les han impresionado más las gentes y su peculiar forma de ser que los monumentos o paisajes, ¡ni que hubieran ido a la India!

Cristina cambió allí su look por el de una típica americana recién casada de los cincuenta e incluso obligó en ocasiones a Rubén a usar sombrero y pañuelo al cuello. Ella a veces se ponía el suyo sobre su nuevo peinado, inspirado en las actrices de los años dorados del cine americano, sobre todo cuando alquilaban algún descapotable. Y con sus labios pintados de rojo rubí y sus gafas de sol a lo Ava Gardner, sacando la cabeza por encima del parabrisas, gritaba al viento la canción más pegadiza que estuvieran escuchando en la radio. En esos momentos Rubén pensaba que su adorada esposa había visto demasiadas películas, pero la ama y le ha encantado verla así de feliz.

Tras la narración de aquel maravilloso viaje, terminada ya la cena, es el turno de Paula, ahora le toca a ella cambiar completamente de tercio y contar su historia.

Empezando por la inesperada visita de su vecina el lunes por la tarde, les narra todo lo ocurrido hasta el momento en el que deja a Juani en el piso de acogida. La suya no es una crónica llena de color y alegría como la de Cristina y Rubén, sino la cruda historia de una mujer maltratada que pide ayuda para ella y su hijo.

Y sólo cuando se levanta Rubén de la mesa, para ir a recoger la cocina y darles así un poco de intimidad a las dos amigas, Paula comienza a contarle a Cristina su propia vida y todo lo ocurrido durante el fin de semana. Necesita hablar de sí misma para desconectar del capítulo que ha vivido, hablar de Óscar y de Martín y de lo liada que está.

En el fondo busca un poco de apoyo para enfrentarse a la desilusión que se llevará uno de ellos. ¿Cómo decírselo? ¿Qué omitir? ¿Debe ser completamente sincera o guardarse algo para no dañar? No ha querido hablar de ello delante de Rubén porque es amigo de Martín, uno de los implicados, y no va a poder ser objetivo, así que prefiere tratar el delicado tema sólo con su amiga.

Por una parte está ilusionada con su nueva relación, se estremece sólo de pensar en él, pero por otra, le apena la que ha empezado a emerger y tiene que destruir antes de que crezca y sea más difícil de arrancar tanto de ella misma como del otro. No le gusta ser la causante de ningún mal, pero ha sucedido así y debe solucionarlo cuanto antes.

Cristina no le da respuestas, pero gracias a escucharla sin juzgar Paula va reafirmándose en su decisión.

Cuando quieren darse cuenta son ya las tantas, Cristina y Rubén, con el *jet lag*, están frescos como lechugas y no se han percatado de la hora que es con la cháchara. Pero Paula está agotada y aún le queda un viajecito en coche hasta su casa.

A pesar de las insistencias de la pareja, no quiere quedarse a dormir allí, a la mañana siguiente tendría que madrugar demasiado para llegar al trabajo desde Córdoba. Mejor dormir en su cama, en poco más de media hora estará metida entre sus sábanas.

De camino al coche, a Paula se le ocurre llamar a Martín, quiere contarle lo de Juani y de paso tantear lo del posible trabajo, aunque sea temporal.

—Hola Martín. Sé que es tardísimo. Perdona que no te haya llamado antes, quería hacerlo para que nos viéramos, pero ahora te llamaba para otra cosa. ¿Te pillo mal?

—…

Paula sonríe brevemente tras escuchar su voz, está nerviosa, pero tiene que hacerlo por Juani. No hablará de otra cosa con él, los temas personales ya los tratará cuando se vean.

—Vale. Verás, ayer aparecieron por mi casa la vecina y su hijo

pidiéndome ayuda. Tenía moratones en la cara y el cuello (esos eran los que le pude ver). El caso es que tenía miedo de que su marido le hiciera lo mismo a su hijo y se escondieron en mi casa anoche, por eso no te pude llamar.

—…

Mientras escucha a Martín, niega con la cabeza.

—No, no te preocupes, él no se enteró. Además, esta mañana la he acompañado al hospital y a comisaría a denunciarlo. Por la tarde la he traído a Córdoba a un piso de acogida para que duerman tranquilos lejos de ese monstruo. ¿Recuerdas la música de Michael Jackson? Pues ese cerdo la ponía a todo volumen para pegarle palizas y que nadie se enterase.

—…

Paula tiene que separar un poco el teléfono de su oreja por el improperio que sale de la garganta de Martín. Cuando éste termina de desahogarse, ella retoma el hilo para conducir la conversación hacia el punto al que quiere llegar.

—El caso es que la mujer tiene que empezar de cero y la mejor manera es encontrando un trabajo. Aún se debate interiormente entre si ha hecho bien en denunciarlo o si ha cometido un error y tendría que volver con la cabeza gacha pidiéndole perdón para que les deje regresar. Ha salido de su casa con lo puesto y veinte euros en el bolsillo.

—…

Esta vez Paula lo deja hablar un rato. Comienza a sonreír, Martín se ofrece el primero para ayudar. Sin duda es una buena persona, sin conocer nada a aquella mujer más que por lo que ella le acaba de contar, está dispuesto a ofrecerle trabajo en su empresa.

Entonces ¿por qué Paula se siente tan dividida por dentro? Tal vez porque ella también es buena persona y no le gusta dañar a nadie. Pero lo hecho, hecho está y no se arrepiente de nada de lo que ha ocurrido entre ella y estos dos hombres.

—Te lo agradezco en su nombre, creo que es la mejor manera de ayudarla. ¿Seguro que no es un compromiso para ti?

—…

—Ya, pero una cosa es que seas el dueño y otra que puedas permitirte contratar a alguien sin experiencia.

—…

—Yo también lo creo. Vale. Entonces le pasaré tu número. Te tengo que dejar, Martín, voy a subir al coche, aún tengo que llegar a casa desde Córdoba. ¿Podría verte mañana?

—…

—Sí, lo tendré. Hasta mañana entonces.

Al cortar la comunicación se siente extraña, ha evitado en todo

momento los temas personales y quizá Martín la haya notado algo fría, pero está demasiado cansada para mantener una conversación más seria e íntima, que sin duda le haría perder la noción del tiempo, y en estos momentos no dispone de él, le urge llegar a casa.

Ahora le queda hablar con Óscar, pero tiene que conducir, lo hará mañana, además, le gustaría también quedar con él. Le manda un WhatsApp y sube al coche sin esperar su respuesta, sabe que el guardia civil no está tan pendiente de los mensajes de su móvil como Martín, aunque a las llamadas conteste casi al primer tono.

Pero es muy tarde, si no sale ya, corre el riesgo de dormirse al volante.

Piensa mucho en los dos hombres mientras conduce. Hace poco más de 48 horas que se ha acostado con uno de ellos y al otro no le ha dicho nada. En realidad, no ha hablado del tema con ninguno de los dos, les debe una conversación, por separado, por supuesto, pero tiene que ser valiente y hacerlo cara a cara.

¿Está ya sellada del todo la decisión? Aún tiene sus dudas, el hecho de tener que cerrar con llave una de las puertas la apena. ¿Por qué no pueden ser amigos? Se contesta ella sola: «*Porque un hombre y una mujer que se gustan no pueden serlo, con más razón si ésta elige a otro hombre*». Sólo a ella se le ocurre planteárselo. Es una egoísta, lo sabe, pero es que le disgusta perder a uno de los dos. Lástima que no se pueda tener todo en esta vida.

En esos momentos no tiene cabeza para nada, el cansancio le embota la mente. El sueño al volante hace su irremediable aparición y comienza a cerrar un ojo alternándolo con el otro para tratar de engañarse a sí misma. Hasta que se da cuenta de lo peligroso que comienza a ser aquel juego estúpido.

Enciende entonces la radio y sintoniza un dial de música. Imitando a su amiga Cristina por las carreteras de Estados Unidos, con el volumen a todo trapo, se esfuerza en cantar a pleno pulmón las canciones que se sabe. Con ello consigue no tener que parar en la cuneta a echar una cabezada antes de llegar a casa.

Cuando por fin aparca en su calle, está molida. Vaya dos días más intensos que ha pasado. Bueno, más que dos días, dos semanas.

Con lo tranquila y predecible que era su vida tan sólo unas semanas atrás, cuando hasta la rutina de ir a zumba era lo más excitante que le podía ocurrir.

Sus tardes de costura, sus novelas en el libro electrónico, sus series de Netflix, incluso sus documentales de historia presentados por Mary Beard, todas esas pequeñas costumbres hacen de su vida un refugio tranquilo en el que ella se siente cómoda. Menos mal que no vive rodeada de gatos, porque si no sería el paradigma de la típica solitaria, soltera y autosuficiente.

Que tampoco es un mal plan.

Pero desde hace dos semanas no ha vuelto a retomar sus rutinas, y lo mejor es que no las ha echado de menos, se ha adaptado bien a los cambios según han ido llegando. Cierto que no ha abandonado del todo ninguna de ellas, pero ya no las hace por inercia día tras día sino cuando dispone de tiempo, ese del que últimamente carece.

Porque todo comenzó en la boda al conocer a Martín, una semana después conoció a Óscar y ayer lo de su vecina. Uf, tiene que dejar reposar su cerebro sobre la almohada. Mañana lo verá todo más claro, ahora sus engranajes van lentos, nota cómo chirrían a punto de pararse quedándose dormida en el primer sitio en el que se apoye. Nada como un sueño reparador para volver a hacerlos rodar a toda máquina.

Ahí está su cama que la llama, cual canto de sirena, para que se sumerja en ella. No la hará esperar. Sólo le da tiempo de quitarse los zapatos y tumbarse.

Su cerebro hace un fundido en negro.

19. Pasado enterrado

¿Ciclogénesis explosiva? ¿Por qué evade impuestos aquel futbolista? La oposición votará en contra de la proposición no de ley. ¿Pero de qué ley?

¿Qué hora es? Hay mucha luz. ¿Cuánto tiempo lleva escuchando las noticias?

¡Ay, madre! ¡Se ha quedado dormida! ¡Mierda!

Pero aún le da tiempo de no llegar demasiado tarde si aprieta un poco. Se da ánimos.

Corre a la ducha para terminar de despertarse, enganchando por el camino la ropa que se pondrá. Diez minutos después está vestida y peinada con el pelo aún húmedo, en un rato lo tendrá como si hubiese pasado junto a un tornado.

Baja las escaleras y en la cocina se prepara un café rápido que bebe quemándose la lengua, no le da tiempo a más, ya tomará algo con Charo a media mañana.

Mientras aparca cerca de la oficina recibe una llamada de su compañera. No se la coge ¿para qué, si ya está allí?

—¡Niña! ¿Qué te ha pasado? —le pregunta Charo en cuanto la ve entrar en la oficina.

—Uf, es demasiado largo. ¿Te lo cuento desayunando?

—Esta niña siempre igual, dejándome en ascuas. ¿Me vas a dejar con la intriga otra vez hasta la hora del café?

—Va a ser que sí, tengo trabajo acumulado, Charo. A ver si me planifico la mañana y me quito de encima lo más urgente. —Paula se va a su mesa dejando a su compañera insatisfecha.

Afortunadamente la mañana pasa rápido gracias a la cantidad de tareas pendientes.

A la hora del café salen al bar donde suelen desayunar y puede por fin contarle a Charo, con todo lujo de detalles lo ocurrido a partir del lunes con su vecina. Pero algo inesperado sucede.

Nota que su compañera se tensa cuando le habla de la situación de su vecina. Al terminar su exposición se da cuenta, sorprendida, de que Charo tiene los ojos anegados de lágrimas. Eso Paula no lo había visto nunca antes. Su compañera es sensible, pero nunca llora, es más, es tan positiva que siempre busca la manera de que todo el mundo trate de serlo también.

Sin embargo, en esta ocasión Charo se ha quedado muy callada, está más afectada de la cuenta.

—¿Qué pasa Charo? ¿Conoces a mi vecina? ¿Por qué estás así?

—No conozco a tu vecina, lo que sí conozco es el miedo que debe de haber pasado todo este tiempo.

—¿Qué? ¡No me dirás que Tomás…!

—¡No! Por Dios, no. Mi Tomás es el mejor hombre del mundo.

—¿Entonces? —Paula no comprende las palabras de su compañera.

—Nunca te he contado mi historia porque he querido enterrarla para siempre desde que ese monstruo murió.

Paula calla esperando que su amiga se abra, no va a presionarla en un momento así, pero necesita respuestas a aquella inquietante introducción.

Charo está seria, tiene la mirada perdida, como vislumbrando sucesos del pasado que hubiera querido dejar tapados en lo más profundo de su cabeza y de su corazón.

—Mi padre nos daba palizas a todos cuando éramos pequeños y mi madre vivió aterrorizada toda su vida, ella se llevaba las peores. La pobre tenía fama de torpe en el vecindario, siempre sufriendo accidentes domésticos. No entiendo cómo nadie sospechó nunca. Aunque en el fondo creo que todos lo sabían. Y también creo que no se metían en la vida de nadie por si estaba justificado todo lo que nos ocurría. ¿Cómo puede alguien pensar que algo así tenga justificación? El caso es que nadie hizo nunca nada por nosotros ni por mi madre y tuvimos que soportar a ese hijo de perra hasta el mismo día en que murió. Menos mal que la ira se lo llevó por delante. Yo creo que tenía tanta ponzoña dentro del cuerpo que se mordió la lengua y se envenenó. Ya podía haberle dado el ictus años antes, nos habría ahorrado muchos sufrimientos y pesadillas. Sé que no debería odiarlo por ser mi padre, pero un padre de verdad no le hace eso a su familia. Era una mala persona y no se lo voy a perdonar ni en la vida ni en la muerte, ahí se pudra.

Charo tiene expresión dura cuando habla de su padre, como si no quisiera darle la satisfacción de verla llorar por él allá en el infierno en el que se encuentre. Sólo cuando se refiere a su madre y hermanos deja asomar las lágrimas.

Ella es la mayor de tres hermanos y la que más años sufrió los malos tratos, pero lo peor fue cuando comenzó a desarrollarse y notó cómo su padre cambiaba su actitud hacia ella.

Aún recuerda con repugnancia el día que aquel ogro pasó por delante de la puerta entreabierta de su habitación y en lugar de ignorarla o de regañarla por cualquier cosa, como hacía siempre, se la quedó mirando. Lo único que esperaba de él era desprecio y rezaba para que no se convirtiera en ira, pero en su lugar el padre la miró

aquella vez con otros ojos, suavizando su expresión. Entonces se sintió incómoda y se apresuró a abotonarse el pantalón y bajarse la camiseta que se estaba colocando, siempre con la mirada gacha.

A partir de ese día su padre comenzó a tratarla bien, era a la única a quien no gritaba ni pegaba. Llegó a sentir alivio por su nueva situación, hasta que se dio cuenta de que en realidad la miraba como a una mujer.

¡Sólo tenía trece años, por Dios! Apenas tenía pecho y ni siquiera le había llegado la regla por primera vez. Su madre también se debió de dar cuenta, porque siempre hacía lo posible por no dejarla sola con él. La enviaba a hacer la compra o la obligaba a cocinar con ella, con la excusa de que tenía que empezar a aprender las labores del hogar, aunque Charo sabe que eso no era lo que su madre quería para ella.

Cuando estaban solas, la buena mujer siempre le decía que tenía que estudiar; que no se casara tan pronto como ella, que era una ignorante; que una niña tan lista como ella tenía que tener su propio sueldo y elegir bien a la persona con la que emparejarse.

Y mientras su madre le hablaba del futuro con ojos tristes, porque en el fondo sabía que su marido no dejaría que su hija estudiara, ella pensaba que no se casaría nunca, que antes prefería estar sola que mal acompañada.

El repugnante y lascivo acercamiento de su padre fue inevitable.

En cierta ocasión en que su madre tendía la ropa en la terraza y ella cuidaba de sus hermanos pequeños, el padre la sacó del salón y la acorraló en el pasillo. Él debía saber que lo que estaba a punto de hacer era algo aberrante, pues temblaba y sudaba como un cerdo, sin embargo, siguió aproximando su asquerosa mano hacia el cuerpo de Charo mientras, con voz melosa, le decía que era su niña preferida. En aquel momento, proveniente de la sala en la que se habían quedado solos los pequeños, se escuchó un golpe seguido del llanto de su hermana.

Charo intentó esquivar el enorme cuerpo de su padre para ir a rescatar a la niña, que sin duda se debía de haber golpeado, pero la poderosa garra de su padre la retuvo y la volvió a colocar contra la pared bruscamente haciendo que se golpeara en la cabeza. La niña seguía llorando y Charo no sabía si estaba más angustiada por sí misma o por su hermana. De modo que no se lo pensó dos veces y alzando con fuerza su rodilla la estampó donde sabía que más le dolería.

No midió las consecuencias de sus actos, pero, por Dios ¿cómo iba a hacerlo?, por muy imprudente que fuera ella sólo era una niña. En cuanto vio que su padre se doblaba dolorido, lo apartó de un empujón haciéndolo caer en mitad del pasillo y salió corriendo hacia el salón.

Acaso debió haber salido por la puerta en lugar de ir a socorrer a su

hermana, pero lo único que le importaba en ese instante era comprobar cómo estaba la pequeña. La vio casi debajo de la mesita del centro del salón con la manita en la frente y llorando desconsolada, se había dado con el pico de la mesa al ir a coger un juguete.

Tal vez no debió darle la espalda a su padre, tal vez debió llamar a su madre. ¿Quién sabe si habría servido para algo? Quizá sólo para que la que ingresara aquella noche en el hospital fuera la madre en lugar de la hija.

Aquella encrucijada no tenía ninguna salida acertada.

Antes de perder el conocimiento de un golpe contra el mueble del salón, Charo pensó que aquella tarde iba a morir.

Cuando su madre bajó de la terraza y la vio allí tirada rogó a la bestia que le dejara ir con ella al hospital, que dirían que se cayó por la escalera de la azotea o lo que él quisiera, pero que por favor le permitiera llevarla a que la curase un médico. El hombre, que en un principio se negó, debió de pensárselo mejor viendo a su hija inconsciente y decidió que iría cuando la niña volviera en sí y pudiera caminar por su propio pie, que él sería quien la acompañara.

Charo, al recobrar el conocimiento aún se encontraba en el suelo. Escuchaba los lamentos de su madre y las voces de su padre ordenándole que callara. Apenas podía abrir uno de sus ojos, el otro lo tenía casi cerrado y le pinchaba. El dolor fue insoportable cuando intentó levantarse, su padre le había fracturado el cúbito izquierdo cuando la había arrojado contra la estantería después de reventarle el labio, y casi el globo ocular, de un bofetón.

De no haber perdido el conocimiento la habría molido a patadas, pero aquel animal debió pensar por un momento que la había matado y dejó de ensañarse.

Su padre la acompañó al hospital mientras ella se sujetaba el brazo. Charo rezaba por no volver a desmayarse del dolor, cada paso era un suplicio, la vibración de cada pisada le hacía ver las estrellas. El monstruo la aleccionó por el camino —más bien la amenazó— para que dijera lo que él le indicaba o las consecuencias serían peores a su vuelta.

Esa noche durmió en una aséptica habitación de paredes grises que se le antojó bastante más acogedora que la de su propia casa.

Al día siguiente vino su madre a recogerla. ¿Por qué le pedía perdón? Ella no le había hecho eso. Pero su madre rezumaba culpa por no ser capaz de prometerle que aquello no volvería a ocurrir.

La mujer sólo consiguió retrasarlo todo lo que pudo. Pareció que su padre le daba una pequeña tregua tras aquello. Sólo sufrió algún que otro revés de la enorme mano de aquel pedazo de animal, pero no volvió a propinarle una paliza parecida y de momento tampoco se le

acercó con otras intenciones. Probablemente el recuerdo de la patada sufrida en su entrepierna hubiera hecho que el deseo hacia la menor se esfumara temporalmente.

Pero con el tiempo las aguas volvieron de nuevo a su cauce. Hacía varios meses que Charo ya no llevaba escayola en el brazo y no quedaba en su cara rastro alguno de labio partido u ojo amoratado. Es increíble lo rápido que sana el cuerpo humano, sobre todo el de una chica joven.

Unos meses atrás, como si hubiese madurado en tan poco tiempo, a Charo le llegó la regla por primera vez y había aumentado desde entonces casi dos tallas de sujetador.

Quizá fueron las hormonas, quizá la actitud adulta de la que hasta hacía poco había sido una niña o tal vez el desarrollado cuerpo de su hija, nadie supo qué fue lo que llevó al padre a volver a su incestuoso comportamiento. En cuanto tuvo la oportunidad volvió al ataque. Y fue difícil encontrar el momento porque la madre no se separaba de la hija nunca. Pero no eran siamesas unidas por el hombro y la mínima ocasión fue aprovechada por la bestia.

La madre había acostado aquella noche a la hermana pequeña y ayudaba a ponerse el pijama al hermano. Charo había ido a la cocina a prepararse un vaso de leche cuando sintió tras ella el cuerpo de su padre pegado al suyo, acorralándola contra la nevera. Consiguió escurrirse apartándose de él como si apestara. Se alejó hasta el fondo de la estrecha cocina y agarró la escoba, que reposaba erguida junto a la ventana, amenazando con estamparle el palo si se acercaba. Quiso transmitir firmeza en su desafío, pero lo cierto es que temblaba de pies a cabeza.

Al monstruo debió divertirle esa actitud y dio un paso hacia ella, vio venir el palo y logró agarrarlo por el otro extremo. Durante unos segundos ambos forcejearon separados por el largo de la escoba. De un tirón el corpulento padre se la arrancó de las manos y lanzó el palo hacia atrás con la mirada llena de veneno en los ojos. Se debatía entre el deseo y el odio hacia aquella criatura temblorosa que se había atrevido a hacerle frente intentando agredirlo, ahora se enteraría de quién era el hombre de la casa.

Estaba dando el primer paso cuando una voz a su espalda lo retuvo.

—No des un paso más.

Charo pudo observar la cara de sorpresa de su padre, al comprender que también su mujer lo desafiaba, pero en seguida se transformó en la temida ira que precedía a la tormenta. Lo vio girarse lentamente y se sorprendió al reparar en que su padre no se movía del sitio. No se lanzaba hacia su mujer para golpearla.

Se echó a un lado para ver a su madre unos metros más allá y se dio cuenta de que ésta empuñaba uno de los cuchillos grandes del

cajón abierto de los cubiertos. Le temblaba la mano, como a ella segundos antes, pero su cara no reflejaba el miedo que debía sentir, sino odio y determinación. Esta sería la primera y última vez que se defendiera y lo haría hasta las últimas consecuencias, su hija no pasaría nunca más por aquello.

—Ven aquí, Charo. Ponte detrás de mí —le dijo sin apartar la mirada del padre y sin bajar el arma.

Charo lo rodeó con cautela pegándose mucho a la pared y al acercarse a su madre empuñó otro cuchillo que había en el fregadero.

Eso el padre no pudo soportarlo. ¿Ahora eran dos las que se atrevían a hacerle frente? Lo pensó bien, eran más menudas que él, pero ambas lo amenazaban con cuchillos y veía el odio en sus caras.

La rabia, la ira y el rencor le subieron por la garganta y sin embargo no pudo mover un solo músculo de su cuerpo. Aquel coctel de negros sentimientos debió de envenenarle la sangre y explotarle en la cabeza porque segundos después de farfullar los peores insultos, allí clavado en mitad de la cocina, el voluminoso cuerpo del padre se desplomó sin que nadie lo hubiera rozado.

Los médicos del servicio de ambulancias le diagnosticaron un ictus cerebral cuando vinieron a buscarlo. La familia estuvo tres días pendiente del parte médico diario del hospital, hasta que el desenlace llegó en forma de alivio: el hombre murió solo en la habitación del hospital.

Al funeral vinieron los vecinos a dar sus condolencias y la viuda los recibió sin acritud, pero tampoco les agradeció el pésame, que fue lo único que había recibido de ellos en todos esos años.

A nadie extrañó la manera de comportarse de aquella pobre mujer. En el fondo todo el mundo sabía que ese era el trato que se merecían y también que aquel era el mejor epílogo de la triste historia.

Poco después la madre consiguió un trabajo con el que poder sacar adelante a sus hijos y la mayor pudo seguir estudiando a pesar de la aún precaria situación familiar.

En cuanto Charo terminó los estudios de formación profesional consiguió un buen trabajo de auxiliar administrativa y su madre sólo tuvo que hacerse cargo de los dos pequeños. Con su ayuda logró darles también buenos estudios, incluso superiores en el caso de la pequeña, que ya apuntaba maneras y pudo terminar Derecho gracias a una beca.

Finalmente, la vida parecía sonreír a aquella viuda. Se lo merecía.

Siempre se preguntó si hubiese sido capaz de usar aquel cuchillo. Las pesadillas se esfumaron cuando se convenció de que sí lo habría hecho si la vida de su hija hubiese peligrado.

Por su parte Charo, sólo después de la muerte de su progenitor, empezó a ser feliz. Se negó a recordar aquel capítulo de su vida y

obligó a su madre a hacer lo mismo. Se juró a sí misma que no se emparejaría jamás, pensando que todos los hombres podían hacer algo así. Hasta que conoció a Tomás, a quien le costó Dios y ayuda conquistarla y con quien finalmente se casó y tuvo tres hijos.

Con el tiempo se ha dado cuenta de que la mayoría de los hombres quieren a sus mujeres, e incluso algunos lo hacen para toda la vida.

Tras un largo silencio, Paula, sobrecogida, acaricia el hombro de su compañera antes de darle un abrazo.

—Lo siento mucho, Charo. No sabía nada de eso.

—No tenías por qué. No se lo he contado ni a mis hijos, sólo a Tomás mucho después de conocerlo. Pero te agradezco que te portaras así con tu vecina. Más personas como tú harían falta. —Sin duda está recordando a sus propios vecinos de la infancia.

Paula contempla con admiración a Charo, es una superviviente y ahora comprende un poco más por qué es tan positiva y alegre: ha llegado casi a tocar fondo y su enorme fuerza interior la ha propulsado como un cohete fuera del hoyo. Ha conocido lo horrible y lo hermoso de la vida y sin duda ha elegido quedarse con esto último. Sus hijos nunca pasarán por nada parecido, así como tampoco el resto de sus familiares y amigos, si está en su mano.

Ella y sus hermanos se han encargado de que la madre tenga una apacible vejez. En cuanto todos empezaron a trabajar la ayudaron para que dejara de limpiar viviendas ajenas y se retirase en una pequeña casa lejos de aquel pueblo y cerca de una de sus hijas.

Ahora disfruta de viajes organizados por el país con amigas y de estancias en balnearios con el Imserso. Cuando no viaja, se entretiene tejiendo al atardecer sentada en una silla de enea en compañía de su actual vecina a la puerta de su nuevo hogar. Sus nietos son los que menos le agradecen sus labores porque deben ponerse sus coloridos jerséis de lana cuando van a visitarla (no se les ocurre hacerlo para ir a clase). Por lo demás todos viven tranquilos y felices.

Muy atrás han quedado las pesadillas vividas durante años, la familia se ha propuesto disfrutar de la vida que se les brindó al morir el único ser que la había ensombrecido. Ahora todo es luz y armonía, el mundo es más bonito sin aquel inhumano.

20. Visita imprevista

Paula sale reflexiva del trabajo. Se dirige a su casa dando un paseo sin prisa, es la hora de comer, pero no tiene hambre. El desayuno tardío y la conversación con Charo le han quitado el apetito.

Ahora se siente algo más tranquila porque, a pesar de haber visto a su compañera llorando, pudo comprobar poco después que se encontraba bien.

Cuando volvieron a sus puestos de trabajo tras el café, a Charo ya se le había pasado el disgusto, su optimismo había logrado apartar de un plumazo los malos recuerdos, como había hecho siempre.

La prueba definitiva la tuvo cuando apareció por la oficina Tomás, el amante esposo que no puede dejar pasar muchas horas sin verla. El buen hombre no sospechó que su querida mujer había llorado un rato antes. Incluso la hizo reír con un par de chistes malos.

Así que todo está bien. Paula se alegra por ello.

Pero la que se encuentra melancólica tras terminar su jornada es ella. Primero por lo vivido los dos últimos días, segundo por haber conocido la triste historia de Charo y tercero porque sabe que no debe alargar más su situación con los dos hombres en los que tanto ha pensado en los últimos días. Debe tomar la decisión ya y asumir las consecuencias. Tiene que ser valiente y dejarse de demorar la obligación de hablar con ambos. Se lo debe.

Se ha acostado con uno de ellos, sí, y ha sido maravilloso, pero se ha besado con los dos. Y debe reconocer que ambos le han gustado, cada uno de una forma diferente.

Pero ¿qué hay de los sentimientos? Si se hubiese acostado con el otro ¿qué habría pasado? ¿Se habría quedado igual de pillada? ¿menos? ¿tal vez más? No, no lo probará, no es honesto jugar a dos bandas. Además, está tapando intencionadamente sus emociones. Le da vértigo ser consciente de lo poderoso que es enamorarse, se ha asomado a ese sentimiento, pero también ha vislumbrado la otra cara y no quiere pensar en volver a enfrentarse a ella de nuevo.

Enamorarse es genial, pero el riesgo de pasarlo mal es enorme y de momento ya ha tenido su dosis de sufrimiento.

Pero no debe pensar así, no puede cerrarse al amor por miedo a perderlo. Quien no arriesga, no gana. Además, intentar no sentirlo es imposible ¿o no? Bueno, tal vez con mucha sangre fría… Pero qué

tonterías está pensando. ¿Quién es capaz de plantarle cara al amor y no dejarlo entrar? Porque él le gusta de verdad.

Entonces ¿a qué viene tanta duda?

Dándole vueltas a su incipiente relación llega casi a la puerta de su casa. Mientras saca las llaves de su bolso le sobresalta una voz que suena tras ella.

—Hola Paula.

Del susto se le cae el llavero al suelo, pero inmediatamente una sonrisa tonta se dibuja en su cara antes de darse la vuelta y verlo a pocos pasos de donde se encuentra. Es él, la mira como pidiéndole perdón por haberla asustado y por presentarse sin avisar.

—Estaba por la zona y no pude resistirme a venir a verte. Pensé que saldrías antes de trabajar. Te llevo esperando un rato. ¿Has comido?

—Es que hoy he venido despacio, dando un paseo, y no, no he comido todavía —contesta ella acercándose a darle un beso.

—Entonces ¿te puedo invitar a almorzar?

—No, déjalo, podemos preparar algo rápido en casa si no tienes mucha prisa.

—Debo volver esta tarde a trabajar, tengo que currar un par de horas más pero todavía me queda una para comer.

El beso hambriento que se dan lo deja todo claro.

—Te he echado de menos —dice él cuando sus labios se separan unos milímetros.

—Y yo a ti.

Paula logra controlar las terribles ganas que le entran de permanecer besándose con él durante horas allí mismo y se despega del perfecto cuerpo de aquel hombre. La piel le arde, se refleja en sus mejillas sonrosadas y sus hinchados labios tras aquel beso. La sangre le bulle, necesita entrar en casa.

Tira de su mano para conducirlo hasta la entrada cuando nota que él se para en seco. Por un momento no comprende la situación. ¿Es que no quiere entrar? Le ha parecido sentir también su deseo mientras la besaba. ¿Habrá cambiado de idea?

Lo ve agacharse y sus pensamientos dan un giro de ciento ochenta grados ¡¿y ahora por qué se arrodilla?! ¡¿no irá a pedirle que se case con ella?! A ver, ni una cosa ni la contraria.

—Vas a necesitar esto para entrar —dice él recogiendo del suelo las llaves que poco antes se le han caído.

El rostro de Paula enrojece aún más, pero él no parece darse cuenta o si lo hace no dice nada, seguramente esté igual de ansioso que ella por abrir la maldita cerradura.

Tratan de calmarse entrando sin atropello en la casa. Paula deja su bolso en el perchero junto a la puerta mientras él la cierra tras de sí lo más despacio que puede, no quiere que se le noten las ganas que tiene

de ella y se refrena para que no se le vaya la mano con un portazo. Pero lo cierto es que arde en deseos por Paula.

La ha añorado desde el domingo, no ha parado de recordarla. Ha tenido que reprimir las ganas de venir a buscarla a todas horas y conformarse con un puñado de mensajes que han apaciguado su alma, pero no su cuerpo.

Ahora están juntos y ya no pueden más. El beso de antes sólo ha sido un pequeño aperitivo que ha servido para darse cuenta del hambre que arrastran.

En el reducido espacio de la entrada se miran con ansia y ya nada puede detener sus instintos. Paula se ve empujada contra la pared del fondo mientras le desabotona nerviosa la camisa. A tientas logra abrirle la prenda, las manos de él tienen secuestrado su rostro para devorarle la boca. Acaricia su torso duro como el acero, tan cálido y apetecible, guiando sus manos hacia sus poderosos hombros para quitarle la prenda.

Él suelta entonces su rostro, pero sus bocas permanecen unidas mientras sus brazos asoman tras el paso invertido de las mangas. Las manos vuelven nerviosas al cuerpo de Paula, como si hubiesen estado demasiado tiempo sin sentirla. Amasa sus senos por encima de la ropa, son blandos y turgentes, a ella se le escapa un gemido cuando se los estruja. Aquello lo enardece aún más y a punto está de romperle el fino jersey que lleva al tirar de él hacia arriba para hacérselo pasar por la cabeza. Es el único momento en que sus bocas se separan.

Sus cuerpos actúan como una orquesta, cada parte ejecuta la sección de la partitura que le corresponde, pero todas lo hacen simultáneamente. Las bocas se besan a la vez que una mano acaricia, otra tira de una prenda, una más se introduce entre la piel y la ropa y la última atrae el otro cuerpo para que la máxima superficie de ellos esté siempre en contacto.

Él siente que ella lo desea mientras le acaricia los pechos y eso hace que la sangre le baje a la zona central de su cuerpo. Respira con fuerza y si no se controla terminará haciéndole jirones la ropa que lleva puesta. Debe ser delicado, pero su instinto le hace comportarse como un animal, sólo parará cuando ella se lo ordene.

Pero Paula no va a hacer tal cosa, el ímpetu de aquel hombre la hace sentirse poderosa, él la desea y sabe que es ella quien tiene el control. Eso la pone a mil, se siente hermosa, fuerte, segura. Siendo bastante más pequeña ejerce un enorme poder sobre él, el de conseguir que él haga todo lo que ella reclame. Pero también le gusta la sensación de que tome la iniciativa y la sorprenda explorando su cuerpo con las manos o con la boca.

Porque ahora él ha recordado lo mucho que le gusta el sabor de su piel y lame cualquier zona de su cuerpo, volviendo a menudo a sus

labios. Es como si no pudiese dejar de tragarse sus gemidos durante mucho tiempo, pero a su vez necesitase saborear el resto de su epidermis.

Han conseguido desnudarse casi por completo en aquel baile de caricias y besos. Cuando él se arrodilla ante ella y le abre las piernas Paula no puede dejar de gemir con fuerza mientras despeina la cabeza que aquel hombre entierra en su zona íntima.

Cualquiera que pase en ese momento por la calle delante de su puerta intuirá la fiesta que se está celebrando en la pequeña entrada de la casa. Pero en esos momentos ninguno de los dos está para inhibiciones de ningún tipo.

Paula ya no puede más, la dulce tortura acabará con ella en menos de un minuto desmadejada y laxa, o eso cree ella, porque el acto no ha hecho más que empezar. Un tremendo orgasmo arrolla su cuerpo saliendo en forma de alarido de su garganta.

Necesita unos segundos para asimilarlo. Ha sido brutal. Su respiración la ayuda a calmarse. Cuando consigue abrir los ojos ve como él la observa sonriente desde abajo mientras se pasa el dorso de la mano por la boca. Necesita abrazarlo.

—Ven —le dice tendiéndole la mano.

Él se incorpora obediente y la abraza mientras la besa, pero sigue teniendo hambre. Ella lo nota, no sólo en la dureza suave que presiona contra su vientre, también en ese beso hambriento.

Pega sus pechos contra aquel torso duro y caliente. Se percata de que ya se ha colocado el preservativo cuando lleva sus manos hacia aquel rígido ariete para conducirlo hacia su húmeda entrada encaramándose sobre él.

No hacen falta más instrucciones. Él la levanta con fuerza y vuelve a pegarla contra la pared. Ella lo rodea con sus piernas y resbala hacia abajo hasta quedar sus sexos enfrentados. Sólo tienen que deslizarse.

La primera embestida es profunda y de la garganta de Paula escapa un gemido de sorpresa.

—¿Te he hecho daño?

—No. Sigue y no pares. —Es cierto, está lo suficientemente húmeda como para que entre sin dañarla, pero la sensación de plenitud la ha sorprendido.

Entonces se desata el animal que él lleva intentando controlar desde hace rato. Ella le da permiso. Las acometidas se suceden sin tregua. Con cada empuje un gemido de placer brota de sus bocas.

El sudor comienza a perlar sus rostros y sus cuerpos se hacen más resbalosos. El paraíso debe de ser algo parecido a aquello que están experimentando. Hacerlo de pie contra la pared es cansado para ambos, tienen en tensión todos los músculos de sus cuerpos, pero en ningún momento son conscientes de ello, sus mentes se concentran en

un único foco.

¿Es posible que Paula vaya a correrse tan pronto otra vez? Él ya lo habría hecho de no haber notado que ella volverá a sucumbir a otro orgasmo.

Esa mujer le sube la autoestima, le haga falta o no, le hace sentir que lo necesita, aunque solo sea para llevarla de nuevo al séptimo cielo. Tiene el poder de darle todo ese placer y desea hacerlo, pero a cambio recibe mucho más. El cuerpo de Paula es su hogar, ahora lo sabe, siempre ha buscado aquel refugio y hasta ese momento no se ha dado cuenta. Cuanto más entra en ella más quiere profundizar en su ser. Desea explorar hasta el interior de su alma, si ella se lo permite.

Siente que Paula, tras un agudo gemido, explota por dentro contrayéndose de manera intermitente y en ese mismo instante él se deja llevar vertiéndose en su interior con dos últimas sacudidas y un bramido, que hasta segundos después no se percata de lo potente que ha sido.

Cuando logran controlar sus respiraciones se miran desde muy cerca y se sonríen. Sus cuerpos aún permanecen entrelazados y contra la pared de aquel recibidor.

—¿Nos habrán oído desde la calle? —pregunta Paula ahora un poco avergonzada por el exceso de pasión derrochado.

—Me da igual. Que todo el mundo se entere de lo que pienso hacer contigo el resto de mi vida.

Una ruborizada y tierna sonrisa se dibuja en el relajado rostro de Paula. Han sido unas palabras bonitas, pero ella no sabe cómo contestarlas. En esos momentos le parece que aquello es lo que quiere también para el resto de sus días, pero… debe ser sincera consigo misma, tiene miedo. Miedo de que no dure, miedo de no estar a la altura y que él se dé cuenta, miedo de hacerse daño.

Cuando la deja en el suelo a Paula le tiemblan las piernas, pero él no la suelta y ella sigue enganchada a su cuello un rato más con el rostro hundido en su pecho. Su olor la embriaga. Le agrada mucho la sensación de protección que le producen sus abrazos. Es como si allí no pudiera ocurrirle nunca nada malo, ya podrá estar viniéndose el mundo abajo que ella estará a salvo acurrucada entre sus brazos.

La resonancia de aquel poderoso torso al hablar la saca de su adormecimiento.

—Ahora deberíamos comer algo si queremos seguir en pie, no he probado bocado desde el desayuno de esta mañana. Me he levantado a las seis para ir a currar y después de lo que acabamos de hacer me comería un caballo. Podemos pedir comida a domicilio o ir a algún restaurante, aún tengo media hora. Déjame invitarte.

—Es más rápido que prepare algo aquí en casa —dice Paula, que ahora siente remordimientos por haberle ofrecido almorzar en casa y

no haber cocinado aún nada.

Pero, claro, lo ocurrido ha sido inevitable, el hambre carnal es más poderosa que la del estómago. Toman sus ropas del suelo y se visten como pueden, lo suyo sería darse una ducha, pero el hambre azuza.

En la cocina arramblan con las existencias de la nevera, la escena anterior ha abierto definitivamente el apetito también a Paula.

No da tiempo a nada más, él tiene que volver al trabajo de nuevo, así que Paula deja para otra ocasión hablarle de lo ocurrido con su vecina. Tampoco es el momento, ahora sólo quiere disfrutar de las miradas y palabras tiernas mientras comen en la cocina, como dos amantes que tras hacer el amor se dan un festín de arrumacos.

Cuestiones demasiado serias o tristes quedarán para otra ocasión. Sabe que, si saca el tema de la visita inesperada de Juani la otra noche, él se demorará pudiendo llegar tarde a trabajar y no es lo que ella pretende. Por su culpa no ocurrirá, desde luego. Además, hay más días que ollas.

Paula se mete en la ducha cuando él se marcha. Al terminar se pone ropa cómoda para estar en casa, no pretende salir más en lo que queda de día y tal vez, quién sabe, él vuelva esta noche. Una sonrisilla de placer se dibuja en su rostro al recordar el escultural y cálido cuerpo de aquel hombre y todo lo que le hace sentir.

21. Fatídico encuentro

Está relajada en su sofá viendo una serie en la televisión cuando unos firmes golpes en la puerta la sobresaltan. Se levanta de un respingo como si tuviera un resorte. Tras reponerse del susto se le ocurre que tal vez sea él de nuevo. Pero es imposible, se marchó hace cerca de tres horas. Si no está todavía trabajando, ya habrá llegado a su casa, de modo que lo descarta.

Además, quienquiera que sea aporrea con reiteración.

Va a abrir directamente, movida por la insistencia de la llamada, cuando algo la retiene. Mejor preguntar antes, aquella pertinacia no es propia de ningún conocido suyo.

—¿Sí? ¿Quién es? —Se acerca a la mirilla.

—¡Abre la puerta! —una voz iracunda y poco amable grita desde fuera.

Al echar un vistazo a través de pequeña lupa de la puerta y ver de quién se trata se alarma retirándose un paso hacia atrás, como si la entrada pudiese abrirse de golpe dándole a ella en la cara.

Un escalofrío invade su cuerpo.

—¿Qué quieres? —pregunta sin saber qué hacer.

—¡Que abras, coño!

Aquella determinación le hace pensar que tal vez si incumple la orden las consecuencias puedan ser peores. Y llega a dudar por un segundo si abrir o no, pero reflexiona un momento y se da cuenta de que se encuentra en su casa, la puerta está cerrada y él no puede entrar si ella no abre.

—No pienso hacerlo, no me gusta ese tono.

—Abre, hija de puta o echo la puerta abajo —esta vez el volumen es mucho más bajo, pero el tono más amenazante.

Los ojos se le abren como platos. ¿Será capaz?

—Vete o llamo a la policía. Aquí no vas a encontrar a quien busca.

—Ya lo sé, cabrona. ¿Quién coño te crees tú que eres para meterte donde no te llaman? Me han colocado un puto dispositivo de alejamiento. A ella no me podré acercar, pero a ti no me lo impide nadie, cacho perra.

Las palabras dejan a Paula temblando.

Una fuerte patada al otro lado de la puerta la hace reaccionar. Esta no ha cedido y probablemente no lo haga, la dueña de la casa había

alardeado de que se trataba de una puerta de seguridad cuando se la alquiló, pero aun así la asegura con los dos pestillos extra que nunca utiliza.

—¡Te vas a enterar, guarra!

La respiración de Paula se acelera, pega la espalda contra la pared sin dejar de observar la entrada mientras se suceden los golpes cada vez más violentos.

Se empieza a bloquear.

Esto no puede estar pasándole. ¡Aquel energúmeno quiere descargar su ira contra ella! ¿Cómo puede sentir tal odio ese hombre?

Tiene miedo, está petrificada, pero tiene que hacer algo.

«*¡Óscar!*», él sabrá decirle qué hacer en una situación como esta. Sí, llamará a Óscar, eso hará. Corre al salón a por su móvil, agarrándose a las paredes para no caer por el desaliento que invade su cuerpo, y marca sin demora.

La madera sigue recibiendo patadas. «*Ay, Dios, como ceda me va a matar*», está convencida de ello.

Le tiemblan las manos cuando se lleva el teléfono a la oreja. Un par de tonos después escucha su voz cariñosa y a Paula le salen las palabras en tromba.

—¡Óscar!¡Está aporreando la puerta, la va a echar abajo! Ven, por favor, tengo mucho miedo. ¿Qué hago? Está furioso, dice que tiene orden de alejamiento de su pareja, pero no de mí. Si entra no sé qué me va a hacer.

El guardia civil se alarma, pero se obliga a mantener la calma, está entrenado para actuar bajo presión en situaciones de estrés.

—Nena, tranquilízate. ¿Estás en casa?

—Sí, pero ¿qué puedo hacer? Sigue dándole patadas a la puerta, ¡como la abra, me mata! ¡Está loco!

—Haz lo que te digo. Coge algo que puedas usar para defenderte y enciérrate en una habitación. Pon algún obstáculo delante de la puerta, una silla bajo el picaporte o un mueble, y no sueltes el móvil. Ahora voy a avisar a la policía local, a los nacionales y a la guardia civil, por si hay alguna patrulla por allí cerca. No te preocupes, no va a hacerte nada, ¿me oyes? Ahora sube y enciérrate en tu habitación con pestillo. ¡No, espera! —De repente Óscar recuerda que el balcón de Paula es inseguro, el presunto agresor podría subir en pocos segundos escalando desde la reja de abajo y romper el cristal del balcón, eso si es que a ella no se le ha olvidado cerrarla, como suele ocurrir—. Escúchame Paula, quiero que te encierres en *la otra* habitación —hace hincapié— y que aguardes allí hasta que lleguen los efectivos. Tengo que colgar, nena, voy a llamar, ¿vale? Tranquila, todo va a salir bien, ¿de acuerdo? Ya voy de camino.

—Si, Óscar.

La voz asustada de Paula lo llena de frustración, él no está con ella. Acaba de llegar a casa y sólo le ha dado tiempo de quitarse el uniforme. Aún tardará al menos veinte minutos en plantarse allí, tiempo suficiente para que el agresor pueda hacer cualquier cosa.

Corta la llamada y marca a la vez que corre hacia su coche. Activa el altavoz del teléfono mientras abre la puerta, lo lanza al asiento del copiloto y arranca casi antes de cerrar.

Habla con la policía local, ellos serán los primeros en llegar, con suerte en menos de cinco minutos tendrán al agresor controlado. Pero no se fía, no sabe con quién se van a enfrentar.

Se le pasa por la cabeza que pueda ser aquel hombre que vio en el restaurante la otra noche, ese que la miraba tanto. El tipo es alto y tal vez un par de policías locales no puedan reducirlo fácilmente.

Tenía que haberlo investigado más a fondo en su momento. Lo poco que sabe de él es que es dueño de una almazara en Cabra y que tiene pinta de actor de cine, de esos que les gustan a las tías. Le pareció un tipo legal al que no debía seguir investigando y él no suele equivocarse, pero claro, todos los maltratadores lo parecen. Además, le refrenó que Paula pudiera enfadarse con él si se llegaba a enterar de que estaba usando su condición de guardia civil para husmear en su vida privada.

Claro que, también podría tratarse de cualquier otro. Ella no se ha entretenido en explicarle quién es y por qué quiere agredirla. Él tampoco ha querido perder tiempo preguntando. Eso es lo de menos, mejor no pensar en quién sino más bien en qué, cómo y cuándo. Lo prioritario es llegar a tiempo.

Le parecen eternos los minutos que tarda en conseguir que los agentes reaccionen y se pongan en marcha.

Concluye la primera llamada y duda unos segundos entre volver a contactar con Paula para ver cómo anda la situación o llamar a los compañeros. Opta por lo segundo, lo urgente es que alguien llegue antes de que aquel hombre la toque.

Mientras conduce como un loco llama a la central de la guardia civil para que informen a las posibles patrullas que haya por la zona y se dirijan rápidamente hacia la dirección que les facilita.

Por último, hace una llamada a la policía nacional. Éstos también sabrán cómo proceder con el agresor. La vida de Paula está en peligro y todo agente de la ley es poco para salvarla.

«*Maldita sea, ¿por qué no corre más este coche?*». Un par de violentos volantazos le disparan aún más la adrenalina. Si no se calma va a matarse por la carretera.

Paula, obediente, sube rápido a la habitación, cierra la puerta tras de sí con pestillo y coloca una silla bajo el picaporte, como le ha

indicado Óscar, pero antes ha cogido el cuchillo más grande de la cocina. No sabe muy bien para qué, pues no se atreverá a blandirlo contra ese hombre en caso de necesidad. Probablemente se le caiga al suelo antes de atacar con él, ni siquiera es capaz de empuñarlo con fuerza, le baila en la mano.

Se sienta contra la pared en el rincón más alejado de la puerta sin quitarle ojo al pomo, con la cama en medio como única barrera. Deja el cuchillo junto a ella. Mira el móvil y desbloquea la pantalla, pero no quiere ocupar la línea llamando a nadie, Oscar podría querer contactar con ella de nuevo.

Está pasando los peores momentos de su vida, nunca ha tenido tanto miedo como hasta ahora.

Hay un WhatsApp de Martín, está demasiado nerviosa y no lo lee, sólo escribe con dedos temblorosos una frase inquietante: “Mi vecino está aporreando la puerta, quiere entrar, viene a por mí, tengo miedo”. Deja el móvil a la vista en el suelo, vuelve a empuñar el cuchillo y se abraza las piernas intentando hacerse invisible en aquel rincón.

De repente siente una inquietud aún mayor que la del comienzo, si es que aquello es posible. Los golpes en la puerta han cesado y eso casi la aterra más. Oírlos significaba saber exactamente dónde estaba aquel desalmado, pero ahora puede imaginarse cualquier cosa: es posible que esté intentando entrar por otro sitio o incluso que ya lo haya logrado.

¿Por dónde? Esa idea se le cuela en la cabeza. Comienza a repasar las posibles entradas a su casa. La principal es casi imposible de franquear, ya lo ha intentado y no lo ha conseguido, pero ¿y el balcón? Recuerda que está cerrado, pero es de cristal sin contraventanas ni rejas, puede entrar de una patada. En tal caso oiría los cristales al romperse. Se levanta para acercarse a la puerta, no se atreve a abrir, pegando la oreja intenta escuchar algo. La casa permanece en silencio. Un ruido en la parte posterior de la vivienda, la que da al patio trasero, la alarma. La habitación en la que se encuentra tiene la misma orientación y puede ver de qué se trata.

Se asoma a través del cristal y lo ve al otro lado de la vaya, en el patio de la casa vecina mirando el muro que lo separa del suyo. Desde allí su vecino puede saltar sin demasiada dificultad hacia su patio, sólo son un par de metros. Contempla aterrada cómo éste arrima algo a lo que subirse con intención de encaramarse a la tapia. En ese instante recuerda horrorizada que la puerta trasera de la cocina, la que da a ese espacio, no suele estar cerrada con llave.

Se lleva las manos a la boca para ahogar un grito. No lo piensa dos veces. Sale de la habitación retirando la silla de la puerta tras quitar el pestillo y corre escaleras abajo, con suerte llegará antes que él a

cerrarla.

Mientras se acerca a la cocina escucha cómo cae una de las sillas de forja de su patio al suelo. Sin duda ya ha saltado. Está a punto de atrancar la puerta cuando ve la silueta de aquel hombre a través de la ventana acercándose desde fuera. Siente las manos de su vecino girando el picaporte al otro lado unas décimas de segundo después de cerrar ella por dentro.

Ha sido muy arriesgado, tal vez tendría que haberle hecho caso a Óscar y haberse encerrado en la habitación a la espera de la policía. Pero ¿y si tardan en llegar? Instintivamente busca su móvil en los bolsillos del pantalón, mierda, lo ha dejado en el suelo de la habitación cuando se sentó.

El hombre vuelve a patear la puerta, pero esta vez sin mucha convicción. El no haberlo conseguido por la puerta delantera le ha disuadido de poder hacerlo por esta otra a pesar de ser más débil, pero él no lo sabe. Al oír ruidos en la cocina se imagina que dentro estará Paula. Vuelve a insultarla con rabia.

A ella se le cae el cuchillo al suelo cuando lo ve asomar por el cristal de la ventana haciendo pantalla con las manos para mirar hacia el interior. Va a agacharse a recogerlo cuando un manotazo sobre el cristal vuelve a ponerla sobre aviso. Lo ve alejarse unos pasos, agarrar la silla caída y volver con ella para lanzarla con todas sus fuerzas contra el cristal de la ventana.

La adrenalina hace que Paula reaccione, su cerebro va a toda velocidad. Deja atrás la cocina cuando escucha el impacto previo al ruido de cristales cayendo. Se acerca a la puerta principal, tiene que salir de allí, su casa es una ratonera. Si ha entrado con tanta facilidad, no le costaría echar abajo la puerta de la habitación donde se ha dejado el móvil, de modo que no se lo piensa y agarra el bolso mientras desatranca la puerta, ahora se arrepiente de haber echado los dos cerrojos, está empleando un tiempo precioso para escapar de allí. Escucha a su vecino apartando con la silla los cristales del borde de la ventana para poder entrar a través de ella.

Cuando consigue abrir la puerta llegan a sus oídos el crujir de cristales bajo los pies de aquel hombre. ¡Está dentro y ella aún no ha pisado la calle!

Paula se lanza en dirección a su coche mientras se cuelga el bolso en bandolera para sujetarlo mejor en la huida. A pocos metros del vehículo rebusca en él las llaves con nerviosismo sin dejar de correr. Mira un segundo atrás y un grito de angustia sale de su boca al verlo salir de su casa. El rostro de aquel hombre está desencajado, sólo tiene un objetivo y es dar caza a Paula.

Se centra en encontrar la llave a tientas, escucha el tintineo del llavero dentro del bolso y roza el frío metal con los dedos. Al sacarlas

casi se le caen al suelo. No, esta vez no se le pueden escurrir; si no entra inmediatamente en el coche él la alcanzará.

Desbloquea la puerta a distancia, abre en cuanto la toca, se lanza al interior y en el momento que cierra ve cómo el hombre se le echa encima. Tiene el tiempo justo de bloquear las puertas antes de que una mano abierta se estampe contra el cristal. Está tan cerca que puede ver las venas rojas de ira de sus ojos y el sarro amarillento de sus dientes. El cristal se empaña parcialmente con su terrorífico aliento, es como si el veneno de la rabia se hiciera visible en forma de aquella mancha blanquecina que se produce contra la ventanilla.

El hombre hace un intento de abrir la puerta y por una milésima de segundo Paula duda si la ha bloqueado correctamente. Trata entonces de concentrarse en introducir la llave de arranque, la mano le tiembla y no puede dejar de mirar alternativamente a la ventana y a la zona del salpicadero donde se encuentra la ranura del contacto, ¡pero parece haber desaparecido en la negrura!

De repente deja de ver al hombre, ¿dónde está?, ¿se ha agachado?, ¿qué hace? En el momento en que logra colar la llave y accionarla lo ve levantarse con un adoquín de las obras de la calle. Mete la marcha en cuanto el motor arranca y mientras suelta el pedal del embrague y pisa el acelerador reza para que no se le cale, el adoquín impacta contra su ventanilla transformándola en miles de cristales unidos en un aterrador mosaico.

No le da tiempo a ponerse el cinturón de seguridad, el coche se pone inmediatamente en marcha haciendo derrapar las ruedas, pero del susto Paula da un volantazo más brusco de la cuenta y va directa a estrellarse unos metros más allá contra una valla de obras que hay en la calzada. El impacto no ha sido totalmente frontal y la cabeza de Paula choca lateralmente en el rebote contra el cristal ya resquebrajado de la ventanilla, terminando de desprenderlo de su sitio. El airbag del volante salta y el vehículo queda parado con ella momentáneamente fuera de combate.

En su aturdimiento no lo ve llegar ni meter la mano para desbloquear la puerta a través del agujero que ha hecho su propia cabeza en el cristal. Entre el airbag y el impacto lateral en la sien, está confusa y no procesa bien lo que ocurre a su alrededor. Sólo siente que unos brazos la sacan bruscamente del coche.

Se ve a sí misma moviendo las piernas una delante de otra, con la cabeza inclinada, siendo dirigida a tirones no sabe adónde. Le duelen el brazo del que la agarra y el pelo del que aquel bestia le tira, no puede caer al suelo o ese animal se los arrancará sin miramientos.

Poco a poco va situándose: su vecino la lleva a su casa de nuevo o eso cree, porque están muy cerca de la entrada. Mientras camina como si estuviera ebria, dirige su mano libre a la sien, le duele mucho. Palpa

algo viscoso y cálido con los dedos y siente un fuete escozor en aquella zona. Entre tirón y tirón se ve la mano enrojecida, es su propia sangre la que la mancha, se ha abierto una brecha en la cabeza. Pero se da cuenta de que aquel puede ser un mal menor si el hombre la vuelve a encerrar en la casa fuera de la vista de los vecinos. Los vecinos… no ve a ninguno. ¿Es posible que nadie haya oído el golpe del coche contra la valla ni se haya asomado?

Trata de mirar a su alrededor, pero no logra ver a nadie en su ángulo de visión, el hombre la tiene casi inmovilizada agarrándola del pelo. Aún no está muy en sus cabales y no reacciona gritando para pedir auxilio.

Una vez dentro de la casa no reconoce los muebles. No es la suya, está en casa de su vecino, ¿por qué la lleva allí?, ¿qué piensa hacerle? Dios, esto es el fin, debe pensar en algo, centrarse en escapar como sea, no ha visto a nadie en la calle, ¿nadie los ha visto a ellos? ¿Dónde está Óscar? ¿Y la policía? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que lo llamó? ¿Diez minutos? ¿Cinco?

Está sola.

Su vecino la empuja con fuerza arrojándola al suelo y la deja tirada en mitad del salón. Es todo tan onírico, como si estuviera en una pesadilla de esas en las que intenta correr y sólo consigue ralentizarse más y en la que trata de gritar, pero de su garganta no sale más que aire sordo.

Lo ve dirigirse a la puerta de la calle para cerrarla, momento en el que trata de incorporarse, pero el dolor de cabeza la tiene aún aturdida y tarda algo más de la cuenta en ponerse de rodillas. El hombre llega junto a ella en seguida y le propina una patada en las costillas que la dejan abatida de nuevo contra el suelo sin aliento. Quiere gritar, pero aquella patada le ha vaciado el aire de los pulmones y el sonido no sale de su boca.

Ahora ve que el hombre se mueve rápido, desprende una lámpara de su enchufe y le arranca el cable de un tirón. Por un momento cree que le estampará la lámpara en la cabeza, pero no, el hombre la vuelve a dejar sobre la mesita en la que estaba y con el cable en la mano se acerca a ella. En esos momentos se escuchan las sirenas de un coche de policía acercándose a su calle. Pocos segundos después las luces azules intermitentes se cuelan por las ventanas de la casa rebotando en las paredes.

El hombre no pierde el tiempo, agarra las manos de Paula y se las ata a la espalda con el cable de la lámpara.

Apenas puede moverse, a duras penas consigue adoptar una posición fetal para protegerse de posibles nuevas patadas en el estómago. Pero en lugar de golpearla ve que sale del salón y se dirige a lo que, adivina, será la cocina. Al poco lo ve agacharse junto a ella,

trae un mugriento trapo de cocina con el que pretende amordazarla. Paula se resiste y un extenuado chillido sale de su garganta, él le cruza la cara de un revés y logra colocarle el trapo bien apretado entre los labios con una parte del mismo dentro de la boca.

Las lágrimas de Paula se escapan de sus ojos mientras intenta gritar a través de la mordaza, pero la bestia no empatiza con ella y el sonido sale ahogado a través de sus mandíbulas casi desencajadas.

El hombre se levanta y se dirige hacia las ventanas. Corre las pesadas cortinas y la casa queda casi en penumbra. Asomado discretamente, observa cómo los agentes de policía local examinan el vehículo siniestrado de Paula. Luego se dirigen a la puerta abierta de la casa de al lado y llaman al timbre segundos antes de entrar uno de ellos echando mano al cinto para agarrar la porra.

En ese instante un coche de la guardia civil frena bruscamente junto al primero que ha llegado. El policía local que ha quedado fuera se acerca a hablar con uno de los guardias civiles. El otro compañero entra también en la casa. Sin duda ya habrán visto la ventana rota de la cocina.

Un minuto más tarde llega un tercer coche, esta vez de la policía nacional. Algún transeúnte curioso se aproxima a ver por qué hay tantos agentes de diferentes cuerpos allí reunidos con tantas luces azules.

Desde su escondite el hombre casi sonríe al ver el desconcierto en las caras de todos ellos. Ninguno sospecha que la solución esté tan cerca. Pero entonces observa que uno de los últimos policías que han llegado se acerca al coche, lo analiza con detenimiento y parece trazar el recorrido que han hecho él y la muchacha gracias a algo que ve en el suelo, ¿una gota de sangre tal vez? Recuerda que la chica se ha herido en la cabeza, «*Maldita perra, tenía que haberle reventado la cabeza allí mismo*». El policía se detiene a mitad de camino entre el coche y su casa, parece no saber por dónde continúa el rastro a partir de ese punto. Panda de inútiles, no le pillarán.

Mira atrás, ella sigue en el suelo con las manos a la espalda y la boca tapada, está controlada. Le parece que se ha desplazado algo, pero no irá muy lejos arrastrándose con las manos a la espalda.

Se centra de nuevo en la escena de la calle, otros dos curiosos más se han acercado y alguno habla con los agentes, pero la cosa sigue tranquila. Aun así, no quiere separarse de la ventana.

Acaba de aparecer otro coche casi derrapando del que sale un tipo enorme con el que no le gustaría toparse. No lleva uniforme, pero se dirige a los agentes con cierta autoridad, de modo que debe de tratarse de algún jefe vestido de paisano. Lo ve desaparecer dentro de la vivienda y al poco salir de ella desconcertado, con la cara pálida, mirando a todos lados.

Ya van cuatro coches, siete agentes y aún puede ver un quinto todoterreno que también llega a toda velocidad.

Se vuelve hacia la chica, la mira con insana curiosidad y por primera vez con un punto de inquietud.

—¿Quién coño eres tú que movilizas a todos los cuerpos de seguridad? ¿Eres la hija de algún ministro o algo? A ver si me ha tocado el gordo de la lotería contigo.

22. Máxima tensión

Paula tiene que hacer algo, con tanta policía en la calle tal vez tenga alguna oportunidad si logra hacer algo de ruido, pero ¿cómo? No puede gritar y apenas puede moverse. Lo que está claro es que si no hace nada la policía no la encontrará y su vecino tendrá tiempo de hacerle lo que le dé la gana, y lo poco que le ha mostrado ha sido demasiado fuerte para ella.

Nadie, nunca jamás, la había agredido antes, ni siquiera de pequeña. Por eso cuando recibió el empujón de Bea en la boda de Cristina, en un primer momento no creyó que fuera intencionado. No lo concebía, nunca se había peleado con nadie. Sus padres no le habían levantado la mano en la vida y en la escuela fue una niña tranquila.

Para ella la violencia sólo existía en las películas, y en tales casos, aun sabiendo que es ficción, nunca se había sentido bien contemplándola, solía cerrar los ojos o mirar para otro lado en aquellas desagradables escenas. No es que haya negado su existencia, es que nunca la había presenciado de primera mano hasta ahora y siempre la había rechazado.

Su amiga Charo le narró esta mañana su terrible historia y lloró con ella. Su vecina también le contó lo que aquel mulo le hacía día sí y día no. Pero en todos esos casos siempre percibió la violencia como algo ajeno a ella.

Tal vez creyó que estaría en su mano no involucrarse, que, si era una persona que la eludía, además de condenarla, a ella no la alcanzaría. Tal vez creyó que el raciocinio tenía algo que hacer frente a la irracionalidad de la violencia.

Pero ahora se da cuenta de que este mal, enquistado en la sociedad, sobre todo la ejercida contra las mujeres por el simple hecho de serlo, no hace distinción entre personas. Se lleva por delante a toda aquella que tenga la mala fortuna de encontrarse en medio.

En la calle, del último coche que ha llegado salta otro hombre que trata de traspasar la barrera policial que han montado los agentes. Quiere entrar en la casa para averiguar qué ha pasado, parece muy asustado.

Martín intenta, sin éxito, convencer al policía que le impide el paso

de que le deje llegar hasta allí. ¿Qué ha sucedido desde que recibió el mensaje de Paula? Se subió al coche en cuanto lo leyó y ha conducido como un loco y cuando por fin llega, se encuentra con aquello. ¿Cómo está Paula?, ¿dónde está?, ¿la ha llegado a tocar?, ¿por qué hay tanta policía en su casa? Oh, Dios, como le haya pasado algo… Grita al policía que tiene delante para que le deje pasar, llamando así la atención de otro agente que se acerca tenso a ayudar, en caso necesario, a su compañero.

Un tipo alto y nervioso como él podría ponerlos en un serio aprieto.

—Señor, cálmese o nos veremos obligados a reducirlo y esposarlo. Échese a un lado y deje actuar a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

—Pero ¿cómo está ella? —pregunta angustiado Martín.

—No lo sabemos, en la casa no hay nadie.

En ese momento Martín reconoce a Óscar junto a la puerta y recuerda su nombre, Paula lo ha nombrado en un par de ocasiones, la última en el restaurante donde la vio con él. Lo llama desde la distancia agitando el brazo para hacerse ver tras los dos agentes que le cortan el paso.

También Óscar lo reconoce. O es un excelente actor o aquel tipo está igual de asustado que él. Lo ve casi forcejeando con los dos agentes para poder pasar. Su desesperación le hace descartarlo como sospechosos, no va a ser el primero en llegar a la escena siendo culpable, y eso que ha sido el número uno de su lista, en realidad el único, no sabe de ninguna persona que pueda odiar a Paula.

Eso casi es peor que tener algún nombre por el que empezar a tirar del hilo. Si se trata de un agresor desconocido, fruto de la desafortunada casualidad, va a ser más complicado localizarla sana y salva.

Vuelve a escuchar la voz de aquel hombre gritando su nombre. No le habría dado importancia si no fuera porque intuye que podría aportarle alguna pista de por dónde empezar a buscarla. De paso comprobará si su hipótesis sobre él es acertada. No suele equivocarse cuando mira a los ojos a una persona.

Han localizado el móvil de Paula en la habitación de arriba gracias a una llamada suya. Probablemente ella hizo lo que él le indicó, pero debió de salir precipitadamente por alguna razón, tal vez porque vio al agresor en el patio y quiso escapar asustada. En la cocina han visto los cristales rotos y un cuchillo en el suelo. Hasta ahí nada de sangre.

En la calle el coche de Paula está empotrado contra una valla de obras y la ventanilla hecha añicos con algo de sangre. Ella está herida. No es difícil recrear la escena hasta ese momento. Un pequeño rastro de sangre indica la dirección que han tomado, pero desaparece a

pocos metros. Por eso tiene sospechas de que puede haber sido introducida por la fuerza en un coche aparcado cerca de allí. Ya ha dado orden a los agentes que llegaron antes que él de que pongan en marcha, con carácter urgente, controles por todas las carreteras de salida del pueblo.

No quiere dejarse llevar por la desesperación. Debe mantener la cabeza fría, analítica, si quiere averiguar lo antes posible dónde demonios está Paula. El tiempo corre en su contra.

Desde que Paula lo llamó hasta que él llegó al lugar de los hechos han transcurrido diecisiete minutos, pero los agentes locales llegaron diez minutos atrás, es decir a los siete minutos desde el aviso de ella, ¿por qué habrán tardado tanto? Calcula mentalmente el minuto de la llamada de Paula, los dos o tres minutos de la suya a los locales —tuvo que explicarles un par de veces quién era él, lo que ocurría y cuál era la dirección— más los cuatro o cinco que han empleado los primeros agentes en llegar. En ese corto lapso de tiempo el agresor no debe de haber llegado muy lejos, si la escena recreada es la que imagina. Tienen que estar cerca, no cree que hayan salido del pueblo y ya no lo harán. Pero ¿por dónde buscar?

La llamada de Martín lo saca de nuevo de sus cavilaciones, parece tener algo que decir y siendo amigo de Paula tal vez pueda aportar algún dato que él desconoce. El tiempo juega en su contra. Se acerca a aquel hombre que parece tan angustiado como él. Hace un gesto con la cabeza a los agentes para que le dejen pasar y Martín casi corre hacia él. Cuando se encuentran Óscar lo tranquiliza, pero sólo en parte:

—Supongo que si estás aquí es porque ella te llamó. —Es una suposición que espera confirmación por parte de su interlocutor. Continúa cuando ve su gesto afirmativo de cabeza—. En la casa no parece que haya habido ningún forcejeo, sólo cristales rotos en una ventana trasera, el agresor debió entrar por detrás. Pero en la huida ella chocó su coche y él la debió de sacar llevándosela a alguna parte. ¿Sabes algo que pueda ayudar?

—Sí, ha sido su vecino ¿habéis mirado en su casa?

Óscar lo mira atónito. ¿Su vecino?, ¿será posible?, ¿cómo lo sabe? Pero deja las preguntas para luego. Se dirige a la puerta que le indica Martín y llama enérgico. Desde fuera no se puede ver nada del interior de la casa, las cortinas están echadas. Vuelve a llamar con insistencia y mira hacia atrás para interrogar con los ojos a quien parece estar muy seguro del dato que le ha proporcionado, encontrando firmeza en su asentimiento.

Martín lo tiene claro, ella le escribió en un mensaje que su vecino estaba aporreando su puerta, además el coche de aquel cabrón está aparcado fuera, Paula le habló de él en cierta ocasión. Nada más leer

aquellas escalofriantes palabras salió corriendo hacia su coche e intentó hablar con ella, pero ya no cogía el teléfono. Se agobió. Y se agobió mucho más al ver a tantos agentes al llegar allí, aquello no era un buen presagio. Pero cuando Óscar le ha informado de que ella no está en su casa y que el agresor ha conseguido entrar, lo ha visto claro.

A pesar de los golpes de Óscar en la puerta, la casa permanece en silencio. Dentro, su vecino se ha retirado de la ventana y se mueve con sigilo. Observa a través de la mirilla al hombre que aporrea su puerta, justo aquel con quien no hubiese querido toparse nunca. Si no responde, antes o después ese hombre —ahora sabe que se trata de un agente de rango superior— se cansará. Pero tiene sus dudas, a través de la ventana ha visto al otro tipo alto hablando con él y señalando en dirección a su casa. No conoce de nada a ninguno, de modo que nada tienen contra él. Será casualidad, sólo debe permanecer callado.

Y entonces sucede.

Paula ha oído los golpes en la puerta y vislumbra algo de esperanza. Aunque el murmullo que trata de abrirse camino a través de la mordaza no consigue traspasar las paredes, no se rinde. Se arrastra como puede hasta las proximidades de la mesilla en la que descansa la lámpara sin cable y de una patada la derriba. Ese golpe tiene que haberlo escuchado desde fuera Óscar, porque sabe que es él, ha reconocido su voz al otro lado de la puerta. Por favor, que él también lo haya oído.

Su vecino la mira, alarmado, y se dirige hacia ella para castigarla por lo que acaba de hacer, pero se queda clavado a mitad de camino al sentir la poderosa y atronadora voz de Óscar diciendo:

—¡Abra la puerta o nos veremos obligados a echarla abajo!

Paula ha conseguido sentarse en el suelo. Sin quitar ojo a su vecino y aprovechando la confusión que en él producen las palabras del guardia civil, con discreción, mete las manos en su bolso, que aún lleva en bandolera, y rebusca a tientas la navaja suiza. La localiza, logra abrirla y, con la dificultad de tener las manos atadas detrás, se afana en seccionar el cable de la lámpara. Al no tratarse de una cuerda resulta difícil, pero no desiste, tiene que intentarlo aún a riesgo de herirse las muñecas. El hecho de llevarlas a la espalda le impide ver cómo cortar, pero también le da la discreción que necesita para que su vecino no se percate de lo que trata de hacer.

Desde fuera Óscar ha escuchado perfectamente el ruido de un objeto al caer, aquello es la confirmación que necesita. Están dentro, aunque el hombre no responda a su amenaza. Tapa la mirilla de la puerta y da instrucciones con gestos a los agentes. Acaban de llegar los refuerzos, esta es una operación de rescate en toda regla. Tiene que

negociar con el agresor, pero debe hacerlo con tiento o ella correrá peligro si la cosa se tuerce.

—Deje que salga la chica y le garantizo que alegaré que no hubo resistencia a la autoridad. Si colabora, el juez será indulgente con usted.

Pero aquel vecino debe pensar que a su amigo el juez no le hará ninguna gracia volver a verlo tan pronto. Han pasado menos de veinticuatro horas desde que le colocaran el maldito dispositivo en el tobillo. No hay que ser muy listo para saber que no le conviene vérselas de nuevo ante aquel mismo juez.

—A la muchacha la soltaré cuando tenga un coche en la puerta con la llave puesta y usted me asegure que nadie me va a seguir. Cuando me vea a salvo la dejaré libre.

Un agente acaba de informar a Óscar acerca de quién es aquel hombre y lo que lleva puesto en el tobillo. No hay tiempo que perder. Prepara la operación de ataque sobre la marcha mientras entretiene al agresor. Le dice que tal vez aquel no sea el mejor plan de huida, que él se ofrece para escoltarlos hasta la salida del pueblo yendo delante con su coche, que se parará entregándole su propia llave cuando deje bajar a Paula, asegurándose así de que no pueda seguirlo.

Mientras el secuestrador se lo piensa, Óscar pide un arma a su subordinado. Ordena con gestos que un agente escale hasta el balcón, otro se aposte junto a la ventana de la cocina en la parte trasera —la casa tiene distribución similar a la de Paula, pueden acceder a través de su patio— y esperen a su señal para entrar con botes de humo. Momento en el que él y otro agente de la policía nacional, el de mayor envergadura, reventarán la puerta con el ariete metálico que han traído los refuerzos.

En el tiempo en que todo esto ocurre fuera, Paula se afana en cortar sus ataduras. Su vecino está muy nervioso, no sabe cómo reaccionará a la presión de verse acorralado y ella se encuentra en medio, además de ser la culpable, para él, de todo aquello.

Pero entonces se desata la tormenta.

El hombre se acerca a la ventana y aparta discretamente la cortina dándose cuenta de que junto a su puerta hay tres agentes que no parecen tener intención de largarse de allí, sino todo lo contrario.

Si van a entrar se rompe el trato de no agresión y él se llevará por delante a dodo el que pueda, incluyendo a la muchacha.

—¡Como pongáis un pie en mi casa me la cargo! —grita dirigiéndose a la cocina.

Paula lo ve regresar de aquella estancia con un cuchillo en la mano. Es la mirada más aterradora que ha visto en su vida y se dirige hacia ella. ¿Qué va a hacer? Lo ve acercarse y alargar el brazo izquierdo

para agarrarla del pelo mientras echa hacia atrás el derecho con el arma blanca para coger impulso. Un fuerte estruendo en la puerta le hace girar un segundo la cabeza en aquella dirección, pero ya la tiene agarrada del cabello apuntándola con el cuchillo. En ese momento Paula saca la mano de detrás de su espalda y le asesta una puñalada con la navaja suiza en el brazo con el que la sujeta. El hombre se echa atrás, soltándola, sorprendido por el agudo dolor. Se escucha un nuevo golpe en la puerta con crujir de madera y ruido de cristales rotos en varios puntos de la casa. Todo ello logra desconcertar a su vecino durante otro par de segundos, pero en seguida vuelve a fijar su atención en ella, poco más de un metro los separa.

Esa mujer va a pagar por todo lo que le ha ocurrido, le importa poco lo que hagan luego con él, pero ella no vivirá para verlo. Algo rueda a sus pies, un bote humeante, la nube formada aún le permite ver dónde se encuentra ella.

Todo sucede a la vez.

Se lanza de nuevo con el cuchillo en alto, la puerta cae al suelo de golpe, alguien grita «*¡Alto!*» y una detonación ilumina por una milésima de segundo la niebla que ya invade casi toda la estancia.

Paula no ve nada, los ojos le pican, siente que su vecino se le echa encima atrapándola contra el suelo, no puede respirar bajo su peso, tiene el pecho oprimido y el poco aire que entra en sus pulmones es espeso e irrespirable provocándole una tos que dificulta aún más la llegada del preciado oxígeno.

De pronto se ve liberada de la presión, pero lo único que respira es humo. Alguien la levanta del suelo y la saca a la calle. Por fin aire fresco, tose varias veces más, pero ya sólo por el picor de garganta, la tiene reseca, como si hubiese comido esparto. Aún no puede abrir los ojos, cuando lo intenta los tiene tan llenos de lágrimas que ve borroso. Parpadea varias veces hasta conseguir ver cómo un par de desdibujados sanitarios apartan con autoridad al hombre que la ha sacado de la casa y la tumban en una camilla. ¿El que se aparta es Óscar? Sí, es él.

—Estoy bien —logra balbucir en un carraspeo antes de que otro ataque de tos le impida seguir hablando.

—Estese quieta —escucha que le dice el del uniforme blanco—, déjenos a nosotros deducir eso.

El sanitario tiene razón, la adrenalina liberada en una situación como aquella es capaz de camuflar temporalmente el dolor de cualquier herida. Siente que le mueven la cabeza a un lado y a otro, le palpan todo el cuerpo y se centran en la de la sien. Uno de ellos le aplica en los ojos unas gotas milagrosas que alivian inmediatamente el intenso picor, permitiéndole observar con claridad toda la escena.

Desde su posición tumbada ve cómo dos técnicos de emergencias

sanitarias transportan a su vecino en una camilla, escoltado por dos policías, hasta otra ambulancia. Una enfermera le abre una vía sin perder tiempo y otro sanitario aprieta con fuerza una gasa contra su pecho. Deja de verlo tras las puertas del vehículo que parte en seguida, en el preciso instante en el que estas se cierran, haciendo sonar la sirena.

Cuando los facultativos que atienden a Paula se convencen de que su vida no corre peligro, la dejan incorporarse y puede ver a los dos hombres en los que tanto ha pensado, uno al lado del otro, con caras muy serias sin apartar la vista de ella.

—Gracias Óscar —dice alargando la mano hacia él.

—No me las des a mí, nena. Gracias a él pudimos localizarte —dice el guardia civil señalando a Martín.

—Yo no he podido hacer absolutamente nada, sólo presenciar desesperado tu rescate —dice un acongojado Martín—. Con cualquier otra persona al mando se podría haber torcido todo, pero este hombre ha logrado sacarte de ahí sana y salva. Le debes la vida a él.

Martín ha notado una punzada en la boca del estómago al oír al guardia civil llamarla “nena” y entrelazar sus dedos con los de ella, sin embargo, se siente agradecido por salvarle la vida a Paula. A pesar de la gravedad de la situación por la que ella acaba de pasar, no puede evitar esas sensaciones encontradas. Pero su sentimiento de alivio supera a cualquier otro más infantil.

Paula los contempla con una sonrisa conmovida. Los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas, esta vez de emoción. Ha estado a punto de morir a manos de un desalmado y ahora sabe que esos dos hombres habrían sufrido mucho por ella, de haber ocurrido.

Pero finalmente todo ha acabado bien y si algún aprendizaje tiene que sacar de todo esto, es que sólo tenemos una vida y una única oportunidad para vivirla. Cualquier día se termina y tienes que haber hecho feliz a los que continúan aquí para poder seguir viviendo un poco más en su memoria. Y sobre todo tienes que irte con la sensación de haberla aprovechado bien, no hay que dejar los sueños para más adelante, ahora es el momento.

Ve las cosas claras, va a exprimir la vida al máximo haciendo lo que desea, con quien desea.

23. Cumplir sueños

Cualquier artista querría retratar aquella estampa.

En un poyete a la sombra del patio, sentada junto a las buganvillas de brillantes colores del cortijo de Zuheros, Paula se siente feliz. Tiene buen aspecto, se ha cortado el pelo y su piel está bronceada por el sol de Córdoba.

Está pensando que ya hace tiempo que no sufre las pesadillas que la atormentaron durante muchos meses después de aquel terrorífico episodio. De vez en cuando le viene a la memoria lo ocurrido, como en este momento. Pero ahora se siente a salvo.

Al final fue Óscar quien apretó el gatillo, le dijo que no lo había dudado ni un segundo. Su vecino murió poco después en el hospital. A pesar de que la ambulancia ya estaba allí cuando recibió el disparo, había perdido mucha sangre y los médicos no consiguieron reanimarlo, de nada sirvieron las transfusiones. Óscar es donante habitual ¿usarían su sangre para intentar salvarlo?

Qué paradojas, la misma persona que le quitó la vida tal vez pudo salvársela. Óscar habría preferido que no muriera, nunca había tenido que usar el arma reglamentaria, en este caso la de un compañero, aunque siempre supo que el día que la desenfundara sería para disparar contra alguien.

Lo pasó mal durante unos meses, había matado a un hombre y eso no se olvida jamás. Sin embargo, no habría actuado de otra manera; de haber podido volver a ese mismo instante habría hecho exactamente lo mismo. La vida de Paula estaba en peligro y fue la mejor opción, la única opción, le ha dicho él siempre.

Pero eso ya pasó, no quiere volver a recordar aquel pasaje. Cuando todo acabó, Paula tuvo muy claro lo que haría con su vida, la aprovecharía al máximo haciendo lo que deseaba, con quien deseaba. Ahora es feliz en su hotelito rural. Ha logrado cumplir algunos de sus sueños.

Su vecina Juani se fue a vivir a Cabra con su hijo Iván y sigue trabajando en la almazara de Martín, tiene un buen sueldo y un puesto asegurado. Fue él quien se ofreció a contratarla, Paula no tuvo ni que pedírselo, es un buen hombre. Con sólo plantearle la situación de Juani, a Martín se le ocurrió esta solución. Debe admitir que ella lo había comentado a propósito, pero no tuvo que insinuarlo de forma

explícita poniéndolo en ninguna situación comprometida, supo que si se lo comentaba, él ayudaría. Y tanto que lo hizo, esa mujer no puede tener mejor jefe.

Paula no se alegra porque el niño se haya quedado sin padre, pero sí porque el monstruo desapareciera de su vida y, sobre todo, de la vida de la madre de aquella criatura.

Junto a las buganvillas mira con dulzura al niño de poco más de dos años que juega a sus pies con cochecitos, le sigue sorprendiendo lo mucho que se parece al padre, es como su copia en miniatura. Sonríe pensando en ese hombre, con su ayuda ha conseguido regentar el hotel rural y no le va nada mal, siempre le estará agradecida.

En ocasiones se van los tres a pasar el fin de semana a Córdoba, al piso que se han comprado allí. La gente suele hacer lo contrario, vivir en la ciudad y salir los fines de semana al campo o a la playa.

Ellos, sin embargo, echan de menos de vez en cuando la vida bulliciosa de la capital, pero sólo de vez en cuando, porque en Zuheros se vive muy bien. Aquel precioso rinconcito se ha convertido en su hogar.

Los clientes que vienen a pasar unos días al hotel suelen ser personas respetuosas en busca de la calma que allí hallan, como la pareja que se está bañando en la piscina en esos momentos.

El patio en el que se encuentran, con vistas a la llanura plagada de hileras de olivos que se pierden en el horizonte, está rodeado de arcos de herradura. Inspirándose en la decoración marroquí, Paula ha colocado lámparas de cristales de colores sobre pequeñas mesas decoradas con teselas formando hermosos mosaicos. Cerca del borde de la piscina, sobre una bandeja de metal repujado a mano, el té con hierbabuena humea en una tetera marroquí plateada y junto a ella reposan los vasos de fino cristal con filo dorado en los que se servirá el aromático elixir.

Los atardeceres en aquel tranquilo rincón del planeta son encantadores. Las velas no están aún encendidas, pues todavía faltan unas horas para que empiece a oscurecer. Pero en cuanto el sol toque el horizonte, el patio se convertirá en un exótico edén lleno de cálidos puntos de luz incandescentes por todos los rincones.

Paula recuerda la fiesta de inauguración. Nada tuvo que ver con la paz que se respira en estos momentos. Por aquel entonces Germán volvió a liarla y organizó un fiestón que le dio más publicidad al hotel que si hubiese puesto un anuncio en la televisión o en la radio local. Vinieron más invitados que a la boda de Cristina y Rubén, y el *boca a oreja* hizo el resto. Menos mal que Germán se encargó de todo, tiene bastante experiencia organizando fiestas.

Contrató a un grupo de música y, como no hay vecinos cerca por encontrarse apartados del pueblo, el exceso de decibelios no debió de

dejar dormir a la fauna autóctona de la zona en toda la noche, llegando la música incluso hasta el centro de Zuheros. Algunos vecinos de la localidad se acercaron pensando que se celebraba una verbena y, ya puestos, se quedaron a la fiesta también.

Los invitados que no pudieron conducir un coche de vuelta se instalaron en las habitaciones del hotel y en las tumbonas de los patios. Otros tantos dejaron eso de dormir para el día siguiente, ocupando más tarde las habitaciones que la primera tanda había dejado libres, al levantarse para ir a pasar la resaca a sus casas.

Por la mañana, para sorpresa de Paula, decenas de manos ayudaron a recogerlo todo, dejando el hotel resplandeciente.

Aquella fiesta fue memorable. A Paula se le pasa por la cabeza que tal vez podría volver a repetirla, pero con menos asistentes, sólo los más allegados que quepan en el hotel. Se echa a temblar sólo de pensar que Germán pueda intervenir y liarla de nuevo.

En ese momento escucha el motor de un coche que se acerca por la solitaria carretera que llega a la finca. El niño levanta la cabeza olvidándose de los cochecitos y dice con emoción:

—¡Es papá!

Lo ve correr hacia la entrada, cuya reluciente reja, ya sin restos de óxido, no alcanza a abrir, de modo que tiene que esperar a que llegue ella. Ambos salen dados de la mano.

—¡Papi! —grita el niño, soltándose en cuanto se abre la puerta del coche.

—Ven aquí, enano ——dice el padre saliendo del vehículo y cazando al vuelo al pequeño, que ya está saltando sobre él.

Con el crío en brazos recorre la distancia que los separa de Paula, se inclina hacia ella y la besa apasionadamente rodeándola con el otro brazo. El niño se tapa la cara y dice:

—¡Ya *tá*, papá!

La pareja sonríe y comienza a besar al niño en ambas mejillas a la vez, haciendo que éste ría de felicidad, pues ahora es él el protagonista. Cuando el chiquillo se cansa de tanto arrumaco pide que lo bajen y sale corriendo hacia el interior de la finca. Los dos adultos lo contemplan alejarse, abrazados, con una sonrisa boba en los labios. Tras verlo desaparecer por uno de los patios, y aprovechando que están solos, se besan de nuevo a gusto junto a la reja.

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunta Paula.

—Bien, deseando volver a casa para veros.

A ella le da cierto remordimiento que él salga tan temprano cada día para ir a trabajar, aunque tampoco tarda tanto en coche hasta su trabajo, sólo media hora.

De todas formas, ella no tiene culpa de disfrutar del mejor trabajo del mundo, ese que le permite quedarse muchos días hasta tarde en la

cama mientras él se levanta casi de noche para ir a trabajar. Además, fue él quien propuso irse a vivir allí.

Y él no se arrepiente, le encanta aquel lugar desde el primer día que lo vio con Paula recorriendo las ruinosas estancias. Desde que están juntos han sido muy esporádicas las veces que han dormido separados. La necesita a su lado, adora a Paula y no está dispuesto a renunciar a ella ni un minuto más de la cuenta, aunque eso implique hacer un desplazamiento mayor para ir a trabajar. Sólo tiene que pensar en la cantidad de gente que cada día tarda más de una hora en llegar al trabajo en transporte público, dentro de sus ciudades, sin quejarse.

Volver a casa le da la vida y Paula es su hogar, la ama, igual que a la familia que han creado juntos.

—¿En qué piensas? —le pregunta Paula sacándolo de sus cavilaciones.

—En que me gustaría que ahora fuéramos a por la niña —dice mirándola a los ojos sin soltarla.

Paula se estrecha aún más contra él, está feliz, no sabe si por la proposición de tener otro hijo o por la de hacer el amor. Le encanta que la siga deseando igual que el primer día. Además, ha descubierto que ser madre es de las cosas más maravillosas que le han ocurrido en la vida.

—¿Y si lo que sale es otro niño? —pregunta mimosa.

—Pues entonces no tendremos excusa para no seguir hasta que la consigamos —le contesta besándole el cuello.

—La verdad es que tu hijo necesita hermanos —dice ella acariciándole los fuertes brazos y dejándose besar.

Él desentierra la cara de su cuello y, mirándola muy de cerca, le dice sorprendido:

—¿Hermanos, en plural? ¿Cuántos quieres tener?

—Yo rellenaría el hotel de *churumbeles*. Aquí tenemos mucho espacio.

Paula tiene que sonreír al ver la cara de asombro de su pareja. Pero él no se achanta e inmediatamente contesta:

—Por mí encantado. ¿Nos ponemos manos a la obra ya?

—Espera, que estamos en la calle y tenemos clientes en el hotel. ¿Podrás aguantar hasta que acostemos al niño después de cenar?

—Mmmm, no sé yo. Me estoy imaginando la mesa en la cena de Nochebuena dentro de unos años y creo que, si no empezamos ya, no nos va a dar tiempo a rellenarla.

Se besan largo y tendido, se han echado de menos a lo largo del día y los reencuentros siempre son así de agradables. Al separar sus labios, caminan abrazados hasta el interior de la finca.

—¿Te he dicho ya lo mucho que te quiero? —dice él.

Y ella, sonriendo de felicidad, le contesta:

—Todos los días varias veces, Martín.

Fin

Postdata:

Si quieres saber algo más acerca de Óscar tendrás que esperar a la siguiente historia. Porque este interesante guardia civil tiene aún muchas cosas que contar. Este no era su momento, pero en su vida va a haber cambios importantes, el destino le tiene reservadas algunas sorpresas que escaparán de su control. Y, quién sabe, tal vez encuentre a quien no busca.

Nos vemos en la próxima entrega.

Martina.

Agradecimientos:

Agradezco a mis padres el esfuerzo que hicieron conmigo por darme la educación que poseo y brindarme la oportunidad de estudiar lo que yo eligiera, a pesar de no ir en la dirección hacia la que apuntaban sus consejos. Pero gracias a la Ciencia, o tal vez por su culpa, soy como soy. ¿Qué habría sido de mí de haber estudiado letras?

Gracias a mis hijos por soportar mis ausencias, por no cuestionarme y por lo mucho que me hacen sentir querida. Gracias por existir, os quiero.

Gracias a mi compañero de vida por su paciencia conmigo, por dejarme mi espacio —no sólo físico— y por quererme desde que éramos casi niños.

Gracias a todas aquellas personas que, de manera altruista, nos enseñan lo que saben, para hacernos la vida más fácil a los que comenzamos la aventura de escribir y autopublicar.

Gracias a los maestros de la fotografía que ofrecen a todo el mundo su obra en internet, su ojo artístico hace que la vida se muestre más hermosa en sus pequeños detalles.

Y finalmente gracias a ti, lectora o lector, por haber llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado del viaje conmigo. Yo lo he hecho con cada frase, aunque a veces también las haya sufrido, he de reconocer. Porque el respeto que te tengo, aunque no te conozca, ha hecho que a veces me invadiera la inseguridad volviendo una y otra vez a determinados párrafos para recolocar mejor las palabras con las que he construido esta novela. Siempre he tenido presente tu buen juicio y espero haber estado a la altura. Ojalá haya logrado transmitirte los sentimientos que quería expresar.

Si te ha gustado la novela te pido, como último favor, que lo menciones en forma de opinión o valoración, así me ayudas a darle visibilidad. No te llevará más de un par de minutos y tus comentarios son muy valiosos para mí, me alientan a seguir escribiendo.

Gracias y hasta la próxima.

[1] M.V.P. puede significar Most Valuable Player “Jugador Más Valioso” o Most Valuable Professional. Es un término que se utiliza sobre todo en baloncesto. En este caso se refiere, en sentido figurado, al invitado que más ha destacado en la fiesta.
[2] Chusmear: en Córdoba, pasar el rato de forma divertida.
[3] Alude a los seguidores de cantantes, celebridades, grupos musicales, deportistas u otros personajes populares, que viajan siguiendo sus conciertos, competiciones, etc., generalmente con la esperanza de llegar a conocerlos.